

COMBATE HACIA LA CONVERSIÓN
Ejercicios Espirituales en 40 días



“La vida del hombre en la tierra es milicia” Job 7,1

P. TONY MIFSUD s.j. In Memoriam

Edita Th. Rhomeo Porto UPB

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	5
La oración ignaciana.....	5
Abrir las manos.....	7
Reconocer el deseo	8
Docilidad y alegría	9
Alma de Cristo	10
SEMANA 1: LO INNEGOCIABLE	14
Día 1: Buscar lo esencial	15
Día 2: Poner orden en la propia vida	16
Día 3: Vuelta a las raíces y condición de creatura	18
Día 4: La pregunta fundamental ¿Quién soy Yo?	22
Día 5: El camino de la humildad y la aceptación	26
Anexo 1: Aceptar la aceptación.....	27
SEMANA 2: MISERICORDIA Y PECADO	33
Día 6: El pecado como desorden	35
Día 7: El pecado como mentira	37
Día 8: El sentido de Dios, Jesús y los pecadores	39
Día 9: El pecado personal, La historia de dos hombres	41
Día 10: Un pecador perdonado, Situaciones de pecado	44
SEMANA 3: LOS DOS CAMINOS	49
Día 11: La parábola del rey temporal	50
Día 12: Pedro convocado, seguimiento y desprendimiento	52
Día 13: El camino de la sabiduría	56
Día 14: Las dos banderas	59
Día 15: Los tres binarios e identidad cristiana	62

Anexo 2: La imposibilidad del Evangelio	65
SEMANA 4: LA ENCARNACIÓN	67
Día 16: La mirada divina y humana	68
Día 17: Hacerse como niño	71
Día 18: Nacer de nuevo y nacimiento de Jesús	72
Día 19: Iniciativa divina y respuesta humana	74
Día 20: La vida oculta	77
SEMANA 5: VIDA PÚBLICA DE JESÚS	80
Día 21: Contemplación de la persona y vida de Jesús	81
Día 22: El Bautismo de Jesús	85
Día 23: Tentado en el desierto, Probado en todo	87
Día 24: Jesús Libera	91
Día 25: Las Bienaventuranzas	94
SEMANA 6: La Pasión de Jesús	99
Día 26: El dolor humano	100
Día 27: Frente al tribunal	102
Día 28: Arriesgarse, ¿Miedo o permanencia?	104
Día 29: La realidad y el escándalo de la Cruz	106
Día 30: El Real Camino de la Cruz	110
Anexo 3: Las Siete Palabras	113
Anexo 4: La presencia de María.....	115
SEMANA 7: RESUCITAR CON EL SEÑOR	117
Día 31: El Misterio de la Resurrección	118
Día 32: Encuentros con el Resucitado	121
Día 33: El Oficio de Consolador	122
Día 34: Recuperar el sentido y Descubrir la alegría	123
Día 35: Aceptación y Reconciliación	126

Anexo 5: La puerta abierta	128
SEMANA 8: CONTEMPLAR PARA AMAR	132
Día 36: El Camino de los Ejercicios	133
Día 37: La Contemplación Ignaciana	133
Día 38: Búsqueda y compromiso	136
Día 39: Los brazos abiertos, y revitalizar la fe.....	138
Día 40: EL Agradecimiento	141
Anexo 6: EL DON DEL PERDÓN.....	145
1.- ¿Por qué perdonar?.....	145
2.- ¿Qué es perdonar?	145
3.- El perdón auténtico	146
4.- El proceso de perdonar	147
Etapas del Perdón	147
5.- La dinámica del perdón.....	151
Actitud Previa:.....	151
6.- A modo de conclusión.....	152
Bibliografía.....	154

INTRODUCCIÓN

La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad. San Ignacio

El propósito de este libro es dar una mirada a la espiritualidad de san Ignacio y a sus ejercicios después de 500 años de escritos y de probados en los cinco continentes con excelentes resultados no solamente por la Compañía de Jesús, sino por muchos otros creyentes cristianos católicos.

El libro consta de 8 capítulos, con 5 temas cada capítulo pensado así para realizar en 40 días seguidos como preparación a la cuaresma o a la navidad o en cualquier época del año.

La oración ignaciana

En la espiritualidad cristiana hay distintos modos y sugerencias para apoyar la oración. Todos son válidos, porque depende de cada cual y de la situación en la cual uno se encuentra. Lo importante es entrar en la presencia de Dios Padre; el resto, los modos de oración, son tan sólo una ayuda para entrar en el proceso de oración.

En la espiritualidad ignaciana, la **estructura** de la oración se divide en cinco partes:

a) Colocarse en la **presencia** de Dios. Es calmarse delante de Dios. Es un requisito esencial porque, ordinariamente, es muy difícil pasar de las ocupaciones y preocupaciones, de las distracciones cotidianas a la oración, sin aquietarse antes, recogerse, callar por un rato.

b) La oración de **petición** (¿qué gracia se va a pedir?). Es el momento de la verdad antes de entrar a la oración al preguntar lo que realmente deseo. Además, pedir es ponerse en estado de recibir (la creatura frente al Creador, la persona frente a Dios), y, por ello, es un acto profundo de fe y de confianza en el Señor

reconociendo que todo es don; pedir aclara los deseos más profundos e implica poner en orden los propios deseos. En el Evangelio, Jesús aparece varias veces preguntando *¿Qué quieres que haga por ti?*

c) El tiempo de la **oración** misma (la meditación o la contemplación). No se trata de hablar sobre Dios sino de hablar con Dios, o mejor dicho ponerse en actitud de escuchar. Es prestar atención a lo que pasa en mí. Es dejar un espacio para que Jesús ora al Padre a través de mi vida.

d) El **coloquio**. Es el tiempo de entablar una relación privilegiada de conversación con el Padre, Jesús, el Espíritu o la Virgen. A veces se cae en un teísmo (un Dios impersonal) y no se acude a un Dios Trinitario que es una comunidad de Personas con las cuales se está invitado a entablar una relación interpersonal.

e) El **examen** de la oración. La oración implica lo que uno hace y lo que en uno se hace; por ello, es importante detectar los movimientos interiores que se han producidos. Suele ayudar mucho anotar lo que se descubre no tan sólo a nivel de ideas sino muy especialmente a nivel de afectividad y las mociones del espíritu. (¿Qué pasó durante el tiempo de la oración? ¿Qué fue lo que más me dio vuelta o cuál fue el sentimiento predominante? ¿Cuál es el estado de ánimo? ¿Qué quiere decir el Señor? ¿Tuve alguna dificultad o alguna angustia? ¿Qué me produjo paz y alegría?)

La metodología ignaciana de la oración no se limita a un simple entender y comprender, sino que se enfatiza el **sentir y gustar internamente**. “En efecto”, nos dice Ignacio, “no es el saber mucho lo que sacia y satisface el alma, más el sentir y gustar las cosas internamente” (Anotación N° 2). La oración no es tanto la búsqueda de novedades cuanto la novedad de ir profundizando lo conocido.

Este es el camino de la **personalización** de la fe que se distingue del aprendizaje de la catequesis. Esta pedagogía cristiana ayuda a madurar en la experiencia de la fe. Por ello, Ignacio, a lo largo de los Ejercicios Espirituales, insiste una y otra vez en la necesidad y la importancia de las repeticiones en las meditaciones y las contemplaciones sugeridas.

Abrir las manos

La oración consiste en ponerse en la presencia de Dios *con las manos abiertas y el corazón dispuesto*. No resulta tan fácil vivir con las manos abiertas porque durante la vida se quedan pegadas muchas cosas. Hay muchas cosas en la propia vida que uno no está dispuesto a soltar: posesiones, trabajo, reputación, ideas, la propia imagen. Cuando se abren las manos, estas cosas se quedan pegadas. ¡Las manos se abren pero estas posesiones no se sueltan! La oración consiste en aprender a abrir las manos y soltar todo. El Señor puede sacar o poner.

La oración no es tanto una búsqueda cuanto una *espera*. La espera subraya la *llegada* del otro. La actitud de espera expresa la propia impotencia, la propia pobreza, la propia necesidad del otro. A todo ser humano le cuesta esperar, pero uno está dispuesto a hacerlo si el otro es importante para uno. Por ello, orar es esperar a Dios. La espera enseña a ser contemplativo porque él que espera aprende a mirar bien para ver llegar al otro.

Muchas veces se insiste en la *utilidad* de la oración recurriendo a distintas razones: Dios escucha la petición, la oración otorga sabiduría, la oración da paz y da fuerza en los momentos difíciles. Todo esto es cierto pero no explican la verdadera naturaleza de la oración, porque la oración no puede entenderse en términos de utilidad.

La oración es *abandonarse* totalmente en las manos de Dios sin desear sacar provecho de ella. siempre llega el momento cuando uno siente que su oración no es escuchada, cuando se considera la oración como una pérdida de tiempo, cuando uno no siente absolutamente nada en la oración. Entonces, las razones presentadas no sirven mucho. La oración es una pérdida de tiempo, o, mejor todavía, una pérdida de uno mismo.

Evidentemente, la auténtica oración produce frutos pero estos no son la finalidad de la oración. En este caso se estaría utilizando a Dios para sentirse bien, para encontrar paz y ánimo. Se recurre a Dios para conseguir Su paz, pero no se recurre al Dios que regala la paz. Se confunde el medio con el fin, el efecto con la causa, el fruto con el Dador. Y usar a Dios es matarlo.

Muchas dificultades en la oración surgen del hecho que uno no desea entregarse, que no hay entrega, que no se abran las manos. La verdadera dificultad se encuentra en el *estilo de vida* y no en la oración misma. El

estilo de vida diaria no concuerda con la oración. ¿Cómo es posible rezar cuando no se está dispuesto a decir sinceramente *que se haga Tu voluntad?*

Reconocer el deseo

En una época de desencanto, la ***ausencia del deseo*** empequeñece el horizonte de la vida, achica el corazón y vuelve mediocre la existencia humana. Otras veces, limitar el deseo al sexo y al éxito reduce la motivación humana a lo inmediato y a la cantidad. Los sueños no están de moda, pero tampoco las ganas de cambiar la sociedad para hacer un hogar de mejor calidad para todos.

Los ideales y los deseos se complementan y se exigen mutuamente, teniendo como resultado el entusiasmo y las ganas. Sin deseos, la persona y la sociedad corren el peligro de encontrarse como muertos en vida. A veces, el dolor, la frustración o la repetición mecánica vacían el mundo de los deseos como manera de protegerse frente a la vida. Es preciso llevar este mundo de los deseos a la oración.

Hacer una experiencia de varios días seguidos de oración supone un primer trabajo de ***entrar en contacto con el propio mundo de los deseos*** porque son los deseos los que ponen en marcha la búsqueda. Los deseos posibilitan, como a Abraham y Sara, abandonar la propia tierra y salir en busca de otra que sólo se concede como ***promesa*** (cf. Gén 12).

En la trayectoria de la auténtica oración se convierte el rumbo del deseo porque es el propio Dios Padre quien sale al encuentro y es Él quien busca y espera. Lo de uno es pensar en Dios porque pensar en uno es asunto de Dios. La oración es sentir que la propia vida es responsabilidad del Otro.

La preparación para la oración es reconocer el propio deseo, pero, sobre todo, llegar a caer un poco más en la cuenta de que el deseo de Dios le procede a uno y le desafía siempre a ensanchar nuevos espacios internos para acogerlo. Dios ***pro-voca*** y ***con-voca*** porque hace salir a Su encuentro mediante su seducción divina. Ponerse a orar es decidirse a cruzar esta frontera y afrontar el peligro de aproximarse a una Presencia que invade. Lo propio es desear sinceramente que se abra la puerta, sabiendo que al otro lado está el Misterio.

María Magdalena busca a Jesús entre los muertos. Se encuentra llena de angustia porque busca un cadáver y no lo encuentra. Se lamenta por una ausencia profunda en su vida. Sólo en el momento que se abre al Misterio (la posibilidad de la Vida) reconoce a Jesús.

Hacerse consciente de las propias búsquedas, con sinceridad y con valentía, revela los propios deseos. ¿Qué es lo que uno desea de verdad? ¿Qué es lo que se anda persiguiendo? ¿Cuáles son las metas del propio proyecto de vida? En la oración uno reconoce sus deseos más profundos, delante del Señor y sin juicios ni censura.

Este es el punto de partida del orante; el punto de llegada es obra de Dios Padre que sabrá purificar y enderezar estos deseos. María Magdalena buscó de manera equivocada, pero de manera sincera y auténtica, porque buscaba entre los muertos al Vivo. Es Jesús quien después tomó la iniciativa acercándose, preguntando y llamando por el nombre.

Una y otra vez aparece Jesús en los Evangelios haciendo la **pregunta** “¿quieres curarte?” (cf. Jn 5, 6 – dirigida al enfermo en la piscina de Betesda) o “¿crees en mí?” (cf. Jn 9, 35 – al ciego de nacimiento después de su sanación). Es una pregunta que depende de una afirmación previa: **si crees en mí, entonces qué quieres que haga por ti**. Jesús se dirige al deseo humano.

Sin embargo, muchas veces, por falta de fe o simplemente por cansancio y desilusión con la vida, uno no expresa el deseo que yace en el propio corazón o, quizás, uno se queda tan sólo con el deseo mínimo de sobrevivir para no hacerse vulnerable frente a otras posibles frustraciones. Pero cuando los deseos son pequeños y las peticiones escasas, es al propio Dios a quien se achica.

Por el contrario, los grandes deseos expresados en forma de petición reflejan la fe en un Dios infinito y misericordioso. Es la situación del leproso que le suplica de rodillas a Jesús: “si quieres, puedes limpiarme”; frente al cual Jesús contesta: “quiero, queda limpio” (cf. Mc. 1, 40 – 42). En este sentido es preciso despertar el mundo de los grandes deseos como señal de la confianza en Dios Padre porque el que pide recibe, el que busca hallará y al que llama se le abrirá (cf. Lc 11, 10).

Docilidad y alegría

Cada uno conoce la gracia que más necesita. Una posibilidad es pedir por la gracia de la docilidad y de la alegría en el ministerio sacerdotal.

La **docilidad** es la capacidad de escoger con libertad, con creatividad, sin miedo a los juicios y a las críticas, sin dejarse condicionar por ellos. La **alegría** es la paz profunda que se opone al sentimiento de agobio por la acumulación de compromisos, incluso pastorales. A veces el exceso de iniciativas, propuestas, peticiones, circulares, reuniones hacen muy pesada la vida del sacerdote y produce desaliento, confusión, angustia y cansancio.

La docilidad y la alegría son las gracias del **discernimiento** porque hace distinguir lo esencial y elegirlo, liberando de los lazos de aquello que oprime pero que resulta secundario. En nuestros tiempos acelerados, todo

parece urgente, pero a los ojos de Dios Padre no todo tiene la misma importancia. La docilidad y la alegría ayudan a reconocer la diferencia entre aquello que es importante, en un ambiente donde todo se presenta como urgente.

Los Ejercicios Espirituales son un tiempo *privilegiado* para encontrar el propio equilibrio en el Señor. “Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados, y Yo les aliviaré. Tomen sobre ustedes mi yugo, y aprendan de mí, que soy humilde de corazón; y hallarán descanso para su alma. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11, 28 – 30).

Estos días de oración pueden ser un tiempo de profunda alegría al depositar el cansancio en las manos de Dios Padre y volver a lo más esencial de la vocación cristiana: Jesús llama para *estar con Él* (Mc 3, 13). Sólo desde esta intimidad con Jesús el Señor procede también el llamado a ir a predicar en Su nombre. Si no se está lo suficiente con Él para conocerlo profundamente y amarlo tiernamente, tampoco se predicará en Su nombre.

Alma de Cristo

En el texto autógrafo, Ignacio encabeza el libro de los Ejercicios Espirituales con la oración del **Alma de Cristo**, una oración antigua medieval (ya aparece en varios códices del siglo XIV) a la que Ignacio tenía una muy especial devoción.

Esta oración puede ayudar al ejercitante a *situarse* en su realidad para que *desde ella* se prepare a comenzar el proceso de los ejercicios espirituales.

Alma de Cristo, santifícame

Los problemas del *alma*, es decir, la falta de aliento, de estancamiento en la vida espiritual, la presencia del cansancio en la propia vida, el desánimo frente a la propia mediocridad. Entonces, *Alma de Cristo, santifícame*.

Cuerpo de Cristo, sálvame

Los problemas del *cuerpo*, cuando uno siente que el cuerpo es un estorbo y una dificultad; cuando se da la contradicción

entre lo que se quiere y lo que se hace, entre lo deseos y la realidad; cuando se comienza a constatar la falta de fuerza física y las correspondientes limitaciones. Entonces, ***Cuerpo de Cristo, sálvame.***

Sangre de Cristo, embriágame

Los problemas de ***tibieza***, de demasiado cálculo en la propia vida, de egoísmo, de búsqueda de comodidad; cuando uno está consciente de la falta de generosidad y de la falta de mayor compromiso en su vida, de la falta de entrega y de la desolación. Entonces, ***Sangre de Cristo, embriágame.***

Agua del costado de Cristo, lávame

El problema del ***pecado*** y de la falta repetida, las mismas recaídas, los malos hábitos, el engaño sobre la propia vida; otras veces, un pasado que pesa demasiado y que aún hace sentir sucio y falso. Entonces, ***Agua de Cristo, lávame.***

Pasión de Cristo, confórtame

Los problemas de ***dolor***, de dificultades exteriores e interiores, propias y ajenas; la dificultad de controlar los propios sentimientos, los miedos, los aburrimientos, las tristezas; el temor frente a las dificultades y el horror frente al dolor. Entonces, ***Pasión de Cristo, confórtame.***

¡Oh buen Jesús, óyeme!

Los problemas de ***oración***, es decir, cuando la misma oración se ha vuelto problema porque la verdad es que no se cree del todo ni a fondo, o porque no se sabe rezar o porque se siente que Jesús no escucha, o porque no se cree en la misericordia. Entonces, ***¡Oh buen Jesús, óyeme!***

Dentro de Tus llagas, escóndeme

Los problemas de la ***superficialidad*** al darse cuenta que no se vive en profundidad, aún más, que uno vive tal como es modelado por otros; que uno está demasiado condicionado, excesivamente esclavo de las circunstancias que lo rodean; que se vive sin coherencia y sólo hacia fuera, sin profundidad y convicción. Entonces, ***Dentro de tus llagas, escóndeme.***

No permitas que me separe de Ti

Los problemas de la *afectividad espiritual* cuando se comprende pero no se siente, cuando se predica pero no se conmueve; cuando la fe se vuelva demasiado fría, excesivamente racional; cuando la Persona de Jesús se ha vuelto un concepto o una idea; quizás hubo un pasado cuando uno gozaba en la presencia de la cercanía divina pero ahora ha entrado la amargura, el cinismo para poder sobrevivir sin dolor y sin demasiadas preguntas. Entonces, ***No me permitas que me aparte de Ti.***

Del maligno enemigo, defiéndeme

Los problemas de una *situación difícil* y agobiante, cuando se siente que los demás se aprovechan de uno, cuando uno se topa contantemente con el egoísmo de otros, cuando da miedo ser el primero y atreverse para no hacer el ridículo; cuando la atracción por el poder, el prestigio, la riqueza se hace muy fuerte. Entonces, ***Del enemigo malo, defiéndeme.***

En la hora de mi muerte, llámame y mándame ir a Ti para que con tus santos te alabe por los siglos de los siglos AMÉN

Con un corazón abierto y vulnerable, con la valentía que da el saberse en la presencia de un Padre Misericordioso, quizás en medio de las dudas que dejan el alma inquieta, colocarse delante de Dios, sin tratar de buscar respuestas ni hacer promesas sino tan sólo estar en Su Presencia desde la sinceridad de uno mismo.

Lecturas bíblicas:

- ‡ Génesis 22, 1- 18: sacrificio de Abraham
- ‡ 1 Samuel 3, 1 – 18: llamada de Dios a Samuel
- ‡ Salmo 23: el Señor es mi Pastor
- ‡ Salmo 42-43: Sed de Dios
- ‡ Salmo 63: Búsqueda de Dios
- ‡ Salmo 139: Yahvéh, Tú me conoces
- ‡ Lc 11, 1 – 13: Señor, enséñanos a orar
- ‡ Jn 20, 11 – 18: María Magdalena busca a Jesús

Preguntas:

1.- Rezar desde la **propia realidad** (no es posible hacerlo al margen de ella)

¿Cuál es mi situación actual?

¿Estoy aburrido, triste, irritado o más bien tranquilo y feliz?

¿Estoy contento en mi ministerio?

¿Tengo algunas preocupaciones que me pesan?

2.- Hacer consciente mi **deseo** más profundo

+ ¿Qué deseo durante estos días?

¿Qué cosa voy a pedir?

¿Qué voy a pedir por las personas con quien estoy apostólicamente comprometido?

3.- **Ordenar** los días de oración

+ ¿cómo voy a ordenar mi tiempo para oración y descanso

San Ignacio sugiere que una vez que el ejercitante establece su horario, entonces que sea fiel a el sin acortar el tiempo por ningún motivo de aridez o cansancio (muestra de total disponibilidad a la acción de Dios en uno sin condiciones)

El libro que tienes en manos es una adaptación para Colombia de la obra de Tony Mifsud¹ de la Compañía de Jesús del año 2000 titulada: “En todo amar y servir” que originalmente fue un retiro espiritual de 8 días para sacerdotes del sur del continente americano, fue adaptada, revisada y preparada para hacerse en 40 días de combate espiritual y humano en este camino de conversión que todos llevamos.

+ In Memoriam

¹ * Malta 1949 + Chile 2022. Destacado pensador en el campo de la Ética y la Moral. A lo largo de su vida religiosa, el doctor en Teología Moral, fue director de la revista Mensaje e investigador del Centro de Ética y Reflexión Social de la Universidad Alberto Hurtado. En el campo de la pastoral, el jesuita recién fallecido trabajó en diferentes parroquias y acompañó las comunidades de Vida Cristiana (CVX), siendo un destacado predicador de Ejercicios Espirituales. También trabajó durante algunos años en el Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam), específicamente en su Instituto Teológico-Pastoral para América Latina (Itepal), del cual fue su director. En su momento, el Itepal fue el Centro de Formación del Celam, labor que hoy continúa el Cebitepal.

SEMANA 1: LO INNEGOCIABLE



“Al que recibe los ejercicios mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad”

Ejercicios Espirituales

Día 1: Buscar lo esencial

Hay personas profundamente felices en la vida, es decir, personas que han acertado con la orientación de su propia vida y que están en paz con ellos mismos; por ello, tales personas irradian sentido, alegría, paz. Cada uno puede evocar momentos en la propia vida cuando se ha sentido bien ubicado en la existencia, respirando una paz profunda por estar acertando con lo mejor de uno, de estar haciendo lo propio y a la vez cumpliendo con la voluntad de Dios.

En el Nuevo Testamento encontramos al Samaritano (Lc 10, 25 – 37) y a María de Betanía (Lc 10, 38 – 42) que sabían perfectamente lo que tenían que hacer porque estaban motivado por un deseo claro y, entonces, podían elegir correctamente en el diario vivir. En ambos casos, Jesús confirma su comportamiento: (Ve y haz tú lo mismo” (en el caso del Samaritano) y “María ha elegido la mejor parte”.

Su actitud contrasta con los otros personajes que les acompañan en la narración. En el primer caso, se encuentra el escriba que está confundido y pregunta “¿Qué tengo que hacer?”, mientras el sacerdote y el levita están preocupados por acudir al culto y no tienen tiempo para con el hombre herido. En el segundo caso, Marta anda muy ocupada y preocupada.

Todos estos personajes está distraídos y dispersos en sus propios proyectos, planes y reflexiones, representando la búsqueda de la eficacia, la realización, la actividad. El problema está que sus búsquedas y afanes no les permite vivir centrados en lo esencial: en el primer caso, atender al hombre herido, en el segundo caso escuchar a Jesús.

La actividad y el ir corriendo de una parte a otra forma parte de la vida moderna. En el espacio de la oración vale la pena preguntarse si este correr tiene un rumbo. A veces uno corre pero se olvida el por qué está corriendo. ¿Tiene un centro la propia vida? Otras veces todo parece urgente, pero es preciso preguntarse si todo tiene la misma importancia. La urgencia se define a partir de lo que uno considera importante. Sólo a partir de lo importante en la propia vida se puede jerarquizar lo urgente.

En el fondo, es la pregunta por lo esencial. **¿Qué es lo que da sentido a la propia vida? ¿Cuáles son las prioridades? ¿Qué es esencial y qué es secundario?**

Día 2: Poner orden en la propia vida

San Ignacio propone como **finalidad** de los Ejercicios Espirituales *preparar y disponer el alma para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de la vida para la salud del alma* (Anotación N^o 1).

Por consiguiente, para hacer los Ejercicios Espirituales se requieren tres **condiciones** básicas:

- + un deseo sincero de **abrirse** a Dios, de dejar espacio en la propia vida para acoger su Palabra sobre ella;
- + un deseo sincero de **ordenar** la propia vida, lo cual no se limita a hacer una buena confesión sino la disposición interna de colocarse en la perspectiva del Evangelio; en palabras de Ignacio “para vencer a uno mismo y ordenar la vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea” (Anotación N^{os} 16);
- + y un deseo sincero de, por una parte, **buscar** la voluntad de Dios, y, por otra parte, de **aceptarla**.

Si el primer objetivo es la **purificación del corazón**, el segundo es **buscar y hallar la voluntad de Dios**. Pero ambos objetivos presuponen la **fe** en un Dios capaz de convertirnos y el **deseo** de disponerse para dejar a Dios tocar el corazón y llegar a lo más profundo del propio ser. Es la actitud de la creatura frente a su Creador.

Por ello, hay que acercarse a los Ejercicios Espirituales desde la condición más básica: seres humanos y creaturas. Al colocarse en la presencia de Dios Padre, se propone la invitación de hacerlo desde esta condición básica de ser hombres, provenientes de una familia concreta, llamados a servir el pueblo de Dios como sacerdotes. Pero es desde el corazón humano, sin llenar las manos con cargos y preocupaciones pastorales, que hay que presentarse frente a Dios Padre.

Desde esta identidad más básica brota el interrogante por la búsqueda de la voluntad de Dios sobre la propia vida. Es una pregunta radical porque consiste en devolverle a Dios el protagonismo sobre la vida. Conscientes de los condicionamientos sociales, culturales, tradicionales, y asumiendo los desgastes afectivos, como también la respuesta fácil del “siempre se ha hecho así”, sale la llamada a confrontarse con el Evangelio, más allá de las propias comodidades, costumbres, y falta de creatividad.

Confianza en la fuerza del Espíritu, se requiere la valentía de enfrentarse con la Libertad en Persona para que pronuncie Su palabra sobre las propias vidas. Para hacer los Ejercicios Espirituales se presupone de parte del ejercitante el deseo sincero de buscar y hallar libremente la voluntad de Dios en la organización de la propia vida.

Durante estos días de oración es preciso no tomar por supuesto este deseo. Por ello, se sugiere que uno se coloca en la presencia de Dios Padre desde su condición de creatura para que la propia vocación no sea un obstáculo a contestar con demasiada rapidez.

Día 3: Vuelta a las raíces y condición de creatura

La palabra **principio** significa una premisa inicial de cualquier ciencia que no es propiamente deducible ni demostrable, y de ella se derivan las otras verdades y conclusiones. Este principio inicial es también **fundamental** porque se supone que está en la base de toda posterior construcción y, entonces, siempre está implícita en toda reflexión.

*El hombre es **creado** para alabar, hacer reverencia, servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre el haz de la tierra son creadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es creado.*

*De donde se sigue que el hombre **tanto** ha de usar de ellas, **cuanto** le ayuden para su fin y tanto debe quitarse de ellas cuanto para ello le impidan.*

*Por lo cual es menester hacernos **indiferentes** a todas las cosas creadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido; en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos creados.*
(Ejercicios Espirituales N° 23)

En esta afirmación central para la vida de un cristiano, Ignacio establece tres **principios** básicos:

π La **finalidad** de la persona humana y, por consiguiente, el sentido fundante de su existencia es el de alabar, hacer reverencia y servir a Dios. La salvación, es decir, la plenitud de vida, depende de ello.

π Toda cosa creada es un medio para conseguir este fin. De la proclamación de fe se sigue una aplicación ética que subordina los medios al fin, estableciendo el **tantum quantum** que distingue entre aquello que ayuda y aquello que obstaculiza alcanzar el fin.

π Por consiguiente, la persona humana tiene que hacerse **indiferente**, es decir, tener una libertad interior, para poder realizar las opciones más acertadas en su camino de salvación.

La persona humana, en su opción fundamental de ser coherente con su condición de creatura, tiene que adquirir una profunda libertad interior frente a todo lo creado para poder encaminarse hacia el Creador. Esta indiferencia cristiana es bastante **radical** porque Ignacio la plantea en términos de salud y enfermedad, riqueza y pobreza, honor y deshonor, vida larga y vida corta; además, se subraya que la opción se dirige bajo la perspectiva del **más**, probablemente hoy se diría **mejor**.

No se establece una simple relación de medios a fin, que de por sí no requiere un más ni un mejor sino tan sólo una adecuación entre ambos. No obstante, ya desde el comienzo de los Ejercicios Espirituales se ofrece la dinámica que no se contenta con el mínimo ni con lo suficiente porque plantea una relación que busca lo mejor posible entre distintas alternativas.

“Les exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcan sus cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será su culto espiritual. Y no se acomoden al mundo presente, antes bien transfórmense mediante la renovación de su mente, de forma que puedan distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rom 12, 1 – 2).

La salvación no consiste tanto en salvarse del infierno cuanto en estar con el Hijo, vivir el amor. La dinámica del amor busca el ser más semejantes a Jesús y escoger el mejor camino en Su seguimiento. El ser humano no ha sido llamado tan sólo para asegurar la entrada en la vida eterna, limitándose a buscar lo conveniente, sino el ser humano ha sido convocado a actuar como un hijo que busca identificarse lo más y lo mejor posible a Jesús. La relación entre Creador y creatura no se plantea en términos de esclavitud (lo mínimo posible) sino en el horizonte de *filiación* (lo mejor posible).

“Miren qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a Él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos” (1 Jn 3, 1- 2).

La condición de creatura

El *Principio y Fundamento* no contiene una visión ética y pragmática, limitándose a distinguir entre las obras malas y aquellas buenas, sino busca el *seguimiento radical* del discípulo de Jesús. Es una elección de **vida**, de dirección de la propia existencia. No se trata tanto de lo que uno tiene que *hacer* sino más bien cómo tiene uno que *ser*. A partir de la identidad más profunda del ser cristiano, la persona está llamada a buscar la voluntad de Dios Padre. El hacer ético es consecuencia del ser espiritual. No es la entrega de obras sino el poner la propia vida a disposición de Dios Padre.

En el episodio del joven rico (Mc 10, 17 – 27) esta radicalidad de entregar la propia vida al Señor está claramente subrayada en las palabras de Jesús: “sólo una cosa te falta: vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme”. En el seguimiento de Jesús, no basta la satisfacción legalista de haber cumplido los mandamientos porque el seguimiento implica entrega de la propia vida al servicio del Señor.

El joven se entristece porque tenía muchas riquezas que entorpecían la entrega de su libertad a Dios, o, mejor dicho, para devolver su libertad a Dios Creador. Es

difícil servir a Dios con corazón puro cuando se tienen riquezas, no tan sólo materiales sino también humanas, culturales, espirituales y eclesíásticas. Las riquezas, en este sentido, llegan a ser el fundamento de la propia vida y se pierde la perspectiva de que todo es regalo de Dios Padre para entregarlo a los demás. La libertad necesaria para el seguimiento se enreda y se pierde porque la creatura no acepta su condición de total dependencia de Dios Creador.

Las palabras de Jesús son lapidarias: “¿Qué difícil será que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!”. Estas palabras sorprenden a los mismos discípulos y preguntan: “pues, ¿quién se podrá salvar?”. La respuesta de Jesús no echa píce para atrás tampoco matiza lo afirmado con anterioridad. Jesús contesta que “para los hombres es imposible, mas no para Dios, porque todo es posible para Dios”.

En nuestra época, y todos somos hijos de nuestra época, el sentido de la *condición de creatura* no es evidente; aún más, puede resultar hasta extraño debido al contexto de materialismo (sólo es real lo que se ve y sólo tiene valor aquello que se compra) y las conquistas humanas mediante la ciencia y la tecnología (hasta se manipula la configuración genética del ser humano). El sentido del *misterio* se ha desplazado por el horizonte pragmático. No se entiende con facilidad que la humanidad no es dueña del jardín, sino tan sólo ha sido colocada para custodiarlo y administrarlo.

Vale la pena preguntarse cómo recuperar y promover este sentido de ser creatura, cómo rescatar el sentido del misterio y la actitud contemplativa, el situarse con *reverencia* ante la vida. La reverencia significa el reconocimiento de un Creador, el saber que en toda creación hay que descubrir un reflejo del mismo Dios Creador. La reverencia frente a la creación es una auténtica forma de orar en cuanto expresa la dependencia del Dios Creador y el reconocimiento que todo es don y todo lo esperamos de Él.

En medio de tantas preocupaciones, se corre el peligro de olvidar lo más importante, aquello que da el sentido más profundo a la propia vida. Se puede llegar a ser profesional de la fe, reduciendo la vocación (el ser llamado) a un trabajo (una tarea que cumplir), perdiendo la relación personal con Aquel que envía y en nombre de Quien se realiza el servicio.

La actitud de reverencia frente a la creación, descubriendo en ella la misma presencia de Dios Creador, ayuda sobremanera a no desviarse del camino y a no perder el entusiasmo inicial. En palabras del profeta Miqueas, la actitud de reverencia consiste en caminar humildemente por la vida en la presencia de Dios, practicando la justicia y amando con ternura (cf. Miq 6, 8).

La pregunta sobre la *propia felicidad* (¿soy feliz?) no es otra que la coincidencia entre el hacer lo que uno piensa que *tiene* que hacer (el debo) con el hacer lo que uno *quiere* hacer (el quiero). Cuando uno hace lo que *tiene* que hacer porque

quiere hacerlo libremente, sólo entonces encuentra la auténtica felicidad, el *estar* feliz y no el mero soy feliz.

Por el contrario, el desajuste entre estas dos experiencias (el debo y el quiero) provoca una experiencia de vacío y de esclavitud, y, por consiguiente, desaparece la felicidad y entra la amargura y el sin sentido.

La aceptación de ser creatura de Dios y que el sentido más profundo de la vida consiste en el servicio hacia el otro en nombre de este Dios es la verdad sobre el cual se construye la vida a partir de la fe. Pero el rebelarse frente a la condición de creatura, queriendo que los demás le sirvan a uno, le alaben a uno, le hagan reverencia a uno es tan sólo *auto-engaño*.

El problema humano es el de la *inseguridad*. El ser creatura implica la experiencia de la propia limitación y, así, al no aceptar esta condición se busca por todos los medios cubrir esta inseguridad y aliviarla. Entonces, nace la ambición humana, el ser como Dios (el pecado original), cuyo producto es la ansiedad constante para probar lo que uno no es y no pocas veces se llega a oprimir al otro para sentirse poderoso.

Pero la verdad fundamental sobre el ser humano no es tanto su condición de creatura cuanto que esta creatura es infinitamente *amada* por Dios. Aceptar la condición de creatura, sabiendo que es amado por el Creador, abre un horizonte de seguridad que se expresa en el servicio hacia el otro, porque este otro no es un competidor sino también una creatura amada por Dios.

Día 4: La pregunta fundamental ¿Quién soy Yo?

Esta verdad fundamental que marca la vida de todo cristiano es que en definitiva Dios lo ha escogido y lo ama de manera totalmente gratuita. Jesús dice: “No me han elegido ustedes a Mí, sino que Yo les he elegido a ustedes” (cf. Jn 15, 16). Esta elección es básicamente una de amor, porque “nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (cf. Jn 15, 13). Por tanto, este Dios Creador se acerca a la creatura haciéndose humano en el Hijo y no se comunica con ella en términos de servidumbre sino de amistad (cf. Jn 15, 15).

El ser humano es el sueño de Dios desde la eternidad. Dios no se arrepiente de su creación y lo único que sabe hacer es amarla (Sb 11, 21-26). Dios no quiere a la persona porque es buena sino simplemente la quiere. Dios no condiciona su amor a la creatura sino que la ama sin condiciones. San Pablo dice “la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rom 5, 8).

Esta es la verdad fundamental sobre la vida de toda persona humana. Es una verdad que no se comprende porque el amor del ser humano conoce límites. Pero Dios ama tan sólo como un dios sabe amar. Jesús exclama que no ha venido a salvar a los justos sino a buscar y a amar a los pecadores.

En el Evangelio, cuando Jesús es criticado porque comía con los pecadores y publicanos, Jesús declara: “No necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Mc 2, 17). Dios quiere misericordia, no sacrificios (cf. Mt 9, 13). Es desde la situación de pecador que el ser humano hace la experiencia inédita de saberse amado por Dios; es desde esta experiencia de saberse amado que el ser humano es llamado a la conversión (Lc 15).

Sólo desde la *gratuidad* se hace comprensible esta lógica divina. No obstante, especialmente en nuestros días cuesta comprender esta lógica porque el individuo se mueve dentro de la racionalidad de la eficiencia, la competencia, la realización personal a toda costa. La racionalidad contemporánea es una de cálculo, de medir la propia fuerza, de mérito y éxito. La gratuidad ya no tiene hogar entre nosotros.

Pero es justamente la gratuidad, y sólo ella, la que hace posible creer en el amor. Este es el contenido básico de la Buena Noticia, una noticia que trae la salvación porque permite reconocer a la vez el pecado en la propia vida y el ser amado. Desde el reconocimiento de esta verdad se encamina el proceso de la conversión.

Por consiguiente, cada uno tiene una *historia personal* del Principio y Fundamento. Vale la pena preguntarse cómo se ha mostrado la iniciativa gratuita

de Dios en la propia vida y cómo ha sido la respuesta personal frente a esta iniciativa divina.

¿Quién soy?

La mayoría de las personas no se aman tanto a sí mismas y, por ello, necesitan la constante afirmación ajena, así como mimarse mucho, para compensar esa falta de amor. En la fe, hacerse consciente de la mirada amorosa de Dios sobre la propia vida es fundamental y ayuda a una serena aceptación de uno mismo.

Dios lo sabe todo acerca de las propias tinieblas, lo cual ayuda a aceptar e integrar el lado oscuro de la propia vida. Naturalmente se siente angustia si se tiene que exponerse al riesgo de no ser comprendido. Este temor puede inducir a jugar un juego con el que se espera protegerse: esconderse detrás de una máscara para buscar una cierta seguridad frente al otro.

Delante de Dios no se necesita esta máscara porque el Santo conoce a su creatura. Con Dios se puede ser completamente honesto sin ninguna reserva. Esta es una de las gracias de la oración: no necesita ser piadosa, pero puede y *debe* ser honesta. Es vital que en la oración uno lo ponga todo ante Dios: lo bueno, lo malo y lo mediocre. *Todo* ha de quedar expuesto a la mirada de Dios.

Cuando uno se siente confuso o indeciso, se puede obtener un gran consuelo de que alguien “lo sabe todo acerca de uno” (cf. Salmo 139), que ve realmente a través de uno con absoluta claridad y que nunca decepcionará, sino que siempre, con una fidelidad inmovible, le apoyará a uno tal como es (no como debería ser).

Al sentirse sobrestimado por los demás, uno se siente incómodo y tenso porque tiene miedo de no poder vivir según tales expectativas; por otra parte, cuando uno se siente subestimado, entonces se siente ofendido. Cuando Dietrich Bonhoeffer estuvo encarcelado en la prisión Nazi de Berlin-Tegel, expresó esta lucha interior en forma de poema.

¿Quién soy?

*¿Quién soy? Me dicen a menudo
que salgo de mi celda
sereno, risueño y firme,
como un noble de su palacio.*

*¿Quién soy? Me dicen a menudo
que hablo con los carceleros
libre, amistoso y francamente
como si mandase yo.*

*¿Quién soy? Me dicen también
que soporto los días de infortunio
con indiferencia, sonrisa y orgullo,
como alguien acostumbrado a vencer.*

*¿Soy realmente lo que los otros dicen de mí?
¿O bien sólo lo que yo mismo sé de mí?
Intranquilo, ansioso, enfermo, cual pajarillo enjaulado,
pugnando por respirar, como si alguien me oprimiese la garganta,
hambriento de colores, de flores, de cantos de aves,
sediento de buenas palabras y de proximidad humana,
temblando de cólera ante la menor arbitrariedad o agravio,
agitado por la espera de grandes cosas,
impotente y temeroso por los amigos en la infinita lejanía,
cansado y vacío para orar, pensar y crear,
agotado y dispuesto a despedirme de todo.*

*¿Quién soy? ¿Éste o aquél?
¿Seré hoy éste, mañana otro?
¿Seré los dos a la vez?
¿Ante los hombres un hipócrita y ante mí mismo un ser despreciable,
quejumbroso y débil?
¿O bien lo que aún queda en mí asemeja el ejercito abatido que se retira
desordenado ante la victoria que tenía seguro?
¿Quién soy?
Las preguntas solitarias se burlan de mí.
Sea quien sea, Tú me conoces, tuyo soy, ¡oh Dios!
(Resistencia y Sumisión, Salamanca, Sígueme, 1983, pp. 243 – 244)*

La mirada amoroso de Dios no sólo otorga el sentido del propio auténtico valor sino que también crea un sentimiento de seguridad que permite cruzar una y otra vez nuevas fronteras. La mirada de Dios, que todo abarca, intensifica los propios dones y capacidades, que, de no ser por ello, permanecerán en estado latente.

La seguridad que Jesús experimentaba en su unión con el Padre le hizo extremadamente abierto y le permitió relacionarse con los demás de manera abierta, acogedora, amorosa. A veces, hasta discrepar de ellos y mantenerse fiel en el conflicto. Pero todos sus encuentros tenía el propósito de sacar a la luz lo mejor de las personas.

En la mirada de Dios se encuentra el amor: el amor de Dios que creó a todo ser humano. En el Libro de los Cantares se dice: “Yo soy de mi amado y él me busca con pasión” (7, 11). Abrirse con fe y creer que Dios lo busca a uno con pasión, asumirlas de manera muy personal, conduce a una amplitud y profundidad que proporcionan plenitud y auténtica liberación.

En Oseas, Yahvéh dice: “Mira, voy a seducirla, llevándomela al desierto y hablándole al corazón” (Os 2, 16). La palabra seducir significa hacer de todo lo posible para suscitar el amor de la otra persona, pero sin coaccionarla. ¡Dios quiere conseguir el amor del ser humano! Esto significa que a Sus ojos todo ser humano es valioso y deseable. Para Dios cada uno significa muchísimo.

Jesús *hace visible el modo de mirar de Dios*. Al mirar al joven rico, Jesús lo amó (cf. Mc 10, 21). La mujer pecadora, antes de que Jesús le dirigiera una sola palabra, sólo por sus ojos, supo que no la condenaba y que ante Él podía quitarse su máscara, y eso fue lo que libremente hizo (cf. Lc 7, 36 – 50). Cuando Jesús le preguntó a la mujer sorprendida en adulterio si alguien le había condenado, y después añadió: “Tampoco Yo te condeno” (cf. Jn 8, 1 – 11), ella debió de ver en Sus ojos la imagen del propio cielo.

La mirada de Jesús también puede desencadenar el arrepentimiento. “El Señor se volvió y miró a Pedro; éste recordó lo que la había dicho el Señor: antes de que cante el gallo, me negarás tres veces. Salió fuera y lloró amargamente” (Lc 22, 61 – 62).

La mirada del Señor no es indiferente. Frente a la pregunta del ¿quién soy?, lo mejor es colocar este interrogante en las manos del Señor y dejarse mirar por Él.

Día 5: El camino de la humildad y la aceptación

Evidentemente, la humildad no debe confundirse con los sentimientos de inferioridad, con una baja autoestima o con la timidez. Todas estas cosas apuntan más bien a una falta de humildad. La humildad es algo más que la conciencia y el reconocimiento de la propia debilidad.

La humildad significa *centrarse más en Dios o en Jesús que en uno mismo*. La humildad implica percibir el abismo que le separa a uno de Dios y, al mismo tiempo (sin ignorar ese abismo), el amor que le une con Dios. La humildad es el deseo sincero de que Dios sea Dios en la propia vida y, por ello, no aferrarse al yo ni al éxito propio ni a las frustraciones personales ni tampoco a la alegría o al pesar.

Por consiguiente, la auténtica humildad jamás se desalienta sino que es fuente de confianza, de valor, y de perseverancia flexible e incansable. Esta perseverancia es el polo opuesto de la testarudez, la obstinación, la rigidez, el fanatismo. Se caracteriza por la paz y la fidelidad, y su sello de autenticidad es la confianza y el abandono. El orgullo, y sólo el orgullo, es susceptible de desánimo. La humildad también está dispuesta a aceptar la contradicción si forma parte de la misión. Donde falta esta disposición, la amargura se encuentra cercana porque el desaliento y la amargura son la antítesis de la humildad.

La humildad se opone tanto a la auto-desprecio como a la auto-suficiencia. Ser humilde es *no hacer comparaciones*. Comparar es, en realidad, dar vueltas alrededor de uno mismo, convirtiendo al otro en un satélite del propio ego, haciendo perder de vista a Dios. La persona humilde nunca es un rival para nadie.

En la parábola del fariseo y del publicano (cf. Lc 18, 9 – 14), Jesús se dirige a aquellos que se tienen por justos y desprecian a los demás. El fariseo se compara a sí mismo con el publicano, mientras que el publicano no se compara en absoluto porque simplemente se centra en Dios.

La humildad no tiene nada que ver con la cobardía o el respeto humano, la ansiedad o la inseguridad. Por el contrario, la auténtica humildad libera de una dependencia malsana y del temor a la opinión ajena, precisamente porque mira a Dios.

A lo largo de la vida pública de Jesús, de vez en cuando se ve entre los discípulos tristes ejemplos de ambos tipos de debilidad. Durante el proceso contra Jesús, mientras Él es objeto de todo tipo de escarnios, Pedro cede al respeto humano y dice a los que se encuentran con él alrededor del fuego: “¿No lo conozco!” (Lc 22, 57). Después de la tercera predicción de la Pasión, los hijos de Zebedeo (Santiago y Juan), en un alarde de insensibilidad, sucumben al arribismo y le piden a Jesús

ocupar los primeros puestos en el reino venidero (cf. Mc 10, 35 – 40). Casos semejantes de debilidad ha sido una constante a lo largo de la historia del cristianismo.

La Escritura enseña que Dios obra a pesar de la falla humana; más aún, obra en ella; y así es como continúa la actividad creadora de Dios. Pero, aún así, la falta de humildad daña la credibilidad de la Iglesia y ocasiona mucho sufrimiento innecesario, cuando no una injusticia manifiesta.

Un anciano franciscano resumía de manera elocuente cómo el hecho de **colocar la propia carga ante Dios** y centrarse en Él, en lugar de hacerlo en uno mismo, abre a una vida completamente nueva.

“En cierta ocasión escuché a un anciano, sabio, bueno, perfecto y santo hermano decir: ‘Si sientes la llamada del Espíritu, trata de ser **santo** con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas. Pero si, por debilidad humana, no consigues ser santo, procura entonces ser **perfecto** con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas. Si, a pesar de todo, no consigues ser perfecto, por culpa de la vanidad de tu vida, intenta entonces ser **bueno** con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas. Si, con todo, no consigues ser bueno, debido a las insidias del Maligno, trata entonces de ser **sabio** con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas. Si, al final, no consigues ser santo, ni perfecto, ni bueno, ni sabio, a causa del peso de tus pecados, procura entonces **llevar esta carga delante de Dios** y pon tu vida en manos de la divina misericordia. Si haces esto sin amargura, con toda **humildad** y con jovialidad de espíritu, movido por la ternura de Dios, que ama a los ingratos y a los malos, entonces comenzarás a sentir lo que es ser **sabio**, aprenderás en qué consiste ser **bueno**, lentamente aspirarás a ser **perfecto** y, finalmente, anhelarás ser **santo**. Si haces todo esto día a día, con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas, entonces, hermano, te aseguro que estarás en el camino de san Francisco y no te hallarás lejos del reino de Dios” (Leonardo Boff, San Francisco de Asís: ternura y vigor, Santander, Sal Terrae 1994⁶, pp. 185 – 186).

Anexo 1: Aceptar la aceptación

Una de las necesidades básicas de todo ser humano es la de ser **apreciado**. Todos necesitan ser amados, pero ¿qué significa ser amado? Fundamentalmente, sentirse amado implica **sentirse aceptado por lo que uno es**. El bebé que es rechazado en sus primeros días de vida tiene una existencia marcada por la no aceptación; el alumno que no es aceptado por su profesor no aprende nunca.

La aceptación otorga un sentido de *auto-estima*, un sentimiento de dignidad, una sensación de que la propia vida es valiosa. Frente a la aceptación del otro, el individuo tiene el lujo de ser uno mismo, sin recurrir a ninguna máscara ni sentirse aprisionado en su pasado. Por el contrario, frente a la aceptación del otro, el individuo gana un espacio donde crecer y se le abre el horizonte de la segunda oportunidad.

La aceptación permite al individuo desarrollar sus *potencialidades* porque el otro cree en él. Sólo ante la aceptación del otro puede el individuo llegar a ser uno mismo. Cuando alguien es apreciado por lo que *hace*, entonces deja de ser único porque alguien más puede venir y hacer lo mismo o, quizás, hasta mejor; pero cuando es amado por lo que *es*, entonces llegar a ser único e irremplazable. Aceptar a la otra persona no significa negar sus *defectos* ni idealizarla. Por el contrario, la aceptación implica aceptar a la persona tal como es, con lo bueno y lo malo, con sus defectos y virtudes.

Aquellas personas que no sienten aceptados por otros, y por otros que son importantes en su vida, suelen recurrir a mecanismos de *sustitución* para compensar el vacío que les ahoga: (a) *el alarde* para conceder a sí mismo la alabanza que otros no les otorga; (b) *la rigidez* como expresión de una falta de seguridad y miedo frente a todo lo novedoso; (c) *el complejo de inferioridad* porque no creen en sus capacidades; (d) *el auto-erotismo* para conseguir el placer que es negado por otros; (e) una actitud exagerada de *auto-afirmación* mediante una estructura autoritaria, la necesidad de imponerse sobre los demás, una constante sospecha de los motivos de otros, etc.

Dios acepta al individuo tal como es, tal como es y *no como debiera ser*. El individuo jamás es lo que debiera ser sino es simplemente lo que es. Una y otra vez se ha repetido que lo importante es el amor de Dios hacia el individuo. Es verdad. Pero más importante aún y lo estrictamente esencial es que *Dios ama al ser humano*. San Juan afirma: “En esto consiste el amor: *no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó*” (1 Jn 4, 10). En su último discurso antes de la pasión, Jesús le pide al Padre que el mundo conozca “que los has amado a ellos como Me has amado a Mí”, “para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos” (Jn 17, 23 y 26).

Realmente, parece increíble el poder afirmar que Dios ama al ser humano *igual* que a Su propio Hijo Jesús. Es que Dios sólo puede amar como un dios, es decir, amar totalmente o no amar. El amor humano no conoce un amor del ciento por ciento porque es un amor que se cansa, que se frustra y que también da miedo. El ser humano *tiene* amor, pero Dios *es* amor. El amor divino no es una actividad sino *Su manera de ser*.

La fe es *el coraje de aceptar la aceptación divina* (Tillich). Pero, ¿por qué se necesita *coraje* para aceptar la aceptación? En primer lugar, porque cuando la vida se pone pesada uno se pregunta por qué Dios lo permite y se comienza a dudar del amor divino. No es tan simple confiar *siempre* en Dios, pase lo que pase. En segundo lugar, el amor divino es *infinito* y, por ello, imposible de comprender, mucho menos de controlar.

Y, por último, es mucho más fácil creer en un amor en general (Dios ama a todos los seres humanos), pero resulta incomprensible creer en el amor de Dios hacia uno en concreto porque surge la pregunta *¿por qué Dios me ama a mí?* La auto-aceptación delante de Dios no puede basarse en las propias cualidades, en las propias obras, sino simplemente en la total gratuidad. Dios ama al individuo porque sí. Si Dios acepta al individuo tal como es, entonces la *fe* significa aceptarse.

El hecho de que uno puede ser sí mismo se debe a Dios porque Él es el Creador. Por consiguiente, el alejamiento de Dios produce un problema profundo de *identidad* porque uno sólo puede ser sí mismo en cuanto se reconoce creatura. Alejarse de Dios es desconocerse a sí mismo. En los momentos de desconcierto espiritual, el problema no es Dios sino uno mismo. Dios está más cerca de uno que uno mismo (San Agustín). Por ello, el verdadero problema se encuentra en uno mismo: es la ruptura interior la que produce una desconfianza en Dios, considerándolo como una amenaza.

Dios es la *fuentes* original de la propia vida; la amenaza es uno mismo. Dios está siempre en el mismo lado de uno mismo porque Él es fiel a Su palabra. Dios desea el crecimiento y la realización más plena de Su creatura, pero cuando el individuo lo considera como una amenaza, entonces se pierde el fundamento más sólido de la propia vida. Dios no es una amenaza para el individuo sino la única garantía para que sea auténticamente él mismo.

Jesús vivió en una actitud de *total abandono* en las manos de Dios Padre. Su vivencia de Dios no fue una de sentirse amenazado sino, por el contrario, una de total confianza. Jesús afirma que Dios sabe todo sobre las necesidades humanas e invita a confiar plenamente en Él. La presencia de Dios elimina la presencia de las preocupaciones en la propia vida.

“¿Quién de ustedes puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida? (...) Ya sabe su Padre celestial que tienen necesidad de todo eso. Busquen primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se les darán por añadidura. Así que no se preocupen del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo” (Mt 6, 25 – 34).

En la vida diaria existe el *peligro* de una falsa autonomía, de desentenderse de las raíces más profundas de la propia vida. Algo en cada uno se rebela frente a esta dependencia de Dios y surge el deseo de “ser como dioses” (Gén 3, 5). Inconscientemente, el individuo a veces desea ser su propio dios, no tanto en la teoría cuanto en la práctica, porque en el momento en que Dios deja de ser lo más importante en la propia vida, en ese mismo instante Dios deja de ser importante. Dar a Dios el segundo lugar es no dejarlo ser Dios en la propia vida, porque si es Dios sólo le cabe el primer lugar.

Dios amó a todo ser humano antes de que existiera. Dios creó al ser humano porque lo amó. Dios no ama al ser humano por lo que es, sino que uno es lo que es *porque Dios lo ama*. El hecho de que el amor de Dios es gratuito significa que jamás puede ser destruido. No se puede perder este amor porque no se debe a ningún logro del individuo. “En esto consiste el amor de Dios”, dice San Juan, “no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó” (1 Jn 4, 10). El amor de Dios es un regalo, totalmente gratuito.

La figura del *fariseo* en el Nuevo Testamento es una de auto-complacencia. El fariseo está convencido de su *propia rectitud*. En la parábola del fariseo y el publicano, aquel se declara tan distinto de otros hombres que son rapaces, injustos, adúlteros, mucho menos como el publicano (cf. Lc 18, 11). Además, *la opinión de los demás* le resulta muy importante. Jesús dice sobre los fariseos que todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres, y que buscan los primeros puestos en los banquetes y en las

sinagogas (cf. Mt 23, 5 – 7). El fariseo está tan preocupado de su **propia imagen** que hasta utiliza la oración para ser bien considerado (cf. Mt 6, 5).

El fariseo está totalmente centrado en sí mismo y se considera salvado porque cumple todas las leyes. La iniciativa es la suya. Es él quien se salva a sí mismo porque considera que merece la salvación. Dios tiene que salvarlo porque ha cumplido. Por ello, es su fuerza y sus logros las que le consiguen el amor de Dios. Dios lo ama por lo que hace.

Jesús enseña todo lo contrario. Dios salva de manera gratuita. En la parábola del fariseo y el publicano, es el publicano que se considera un pecador y que pide misericordia. Jesús advierte que el publicano encontró la salvación “porque todo el que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado” (Lc 18, 14). Es que “cuando han hecho todo lo que les fue mandado, digan: somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer” (Lc 17, 10).

La fe es reconocer la **iniciativa** de Dios, es **reconocer** el amor de Dios en la propia vida, es obrar de manera **consecuente**. La verdadera interrogante no consiste en preguntarse si Dios está feliz con la propia vida, sino en preguntarse si lo más importante en la propia vida es que Dios sea Dios y que Él me ama. La oferta del amor gratuito no se consigue sino se acepta o se rechaza.

Lecturas bíblicas:

- Gén 1 – 2: la Creación
- Jeremías 18, 1 – 12: el alfarero
- Salmo 39: La propia pequeñez ante Dios
- Salmo 103: Dios es amor
- Salmo 139: El Dios que me conoce profundamente
- Isaías 45, 6 – 25: Yo soy el Señor, no hay otro
- Lc 10, 38 – 42: Marta y María
- Mt 6, 24 – 34: no se puede servir a dos señores
- Mt 7, 21 – 27: el verdadero discípulo
- Lc 15, 25 – 32: el hijo mayor que no cumple por amor
- Mt 21, 28 – 31: Parábola de los dos hijos
- Ef 1, 3 – 14: Himno de bendición

Preguntas:

- 1.- ¿Estoy con la suficiente libertad para buscar y hallar la voluntad de Dios en la ordenación de mi vida? ¿De qué tengo miedo?
- 2.- En toda honestidad, ¿qué es lo que da sentido a mi propia vida? ¿Cuál es mi principio y fundamento?
- 3.- ¿Cuál es mi proyecto de vida?

SEMANA 2: MISERICORDIA Y PECADO



A la luz de la misericordia del Padre y por la gracia del Espíritu Santo, el camino del seguimiento de Jesús el Cristo exige una profunda reflexión sobre el pecado. La predicación de Jesús comienza con una llamada a la conversión: “conviértanse y crean en la Buena Noticia” (Mc 1, 15). Asimismo también la predicación de Pedro: “conviértanse y que cada uno de ustedes se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de sus pecados; y recibirán el don del Espíritu Santo” (Act 2, 38).

Petición de Gracia

Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio: cómo de Creador ha venido a hacerse hombre y de la vida eterna a la muerte temporal y así a morir por mis pecados.

Otro tanto mirando a mí mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo y lo que debo hacer por Cristo, y así viéndole tal y así colgado en la cruz expresaré los sentimientos que se me presenten. (Ejercicios Espirituales N° 53)

Pedir tres cosas: la primera, para que sienta interno conocimiento de mis pecados y aborrecimiento de ellos; la segunda, para que sienta el desorden de mis operaciones, para que, aborreciendo, me enmiende y me ordene; la tercera, pedir conocimiento del mundo, para que, aborreciendo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas (Ejercicios Espirituales N° 63).

Lo importante y lo salvífico no es tanto el considerar que soy un pecador cuanto en percibirme, por la gracia de Dios, que soy un pecador **perdonado**. Lo central de la meditación no es el pecado sino la misericordia de Dios Padre y el amor de Jesús el Cristo que por amor a la humanidad termina colgado en la cruz. Sin este horizonte, el pecado no se comprende. Sólo al fijarse en Cristo Crucificado se entiende el significado del pecado.

Día 6: El pecado como desorden

San Ignacio presente el pecado en términos de un *desorden* debido a la desobediencia, al rechazo de nuestra condición de creaturas, al desprecio del don y de la filiación; este desorden invade el mundo y la historia, pervirtiendo su rumbo y fundamentos. Por ello, se presentan los pecados de los ángeles y de los primeros padres.

El significado del pecado y sus consecuencias para la humanidad se encuentran en las primeras páginas de la Sagrada Escritura. En los primeros cuatro capítulos del Génesis encontramos una descripción dramática del rechazo de la humanidad a someterse a su Creador. El ser humano decide ser él mismo criterio del bien y del mal, de aquello que le conviene y no le conviene, asumiendo un papel divino que no le corresponde porque es creatura y no creador.

Este rechazo al plan de Dios introduce un desorden en la historia. Este desorden está señalado en términos de la triple relación del individuo con Dios, con los demás y con la naturaleza. En el momento de la creación esta relación era armónica.

π La relación de la persona con Dios era una creatural de dependencia filial, de confianza por lo cual Dios se complace en ella y camina con ella; por su parte, la persona no siente miedo frente a la presencia del Creador.

π La relación entre personas es de mutuo apoyo, de intercambio, de complementariedad, de sinceridad (no tienen vergüenza de caminar desnudos).

π La relación de la persona con la naturaleza es una de un ambiente acogedor y el trabajo es el desarrollo de esta relación armónica.

Sin embargo, este cuadro presentado en los primeros dos capítulos sufre un cambio drástico cuando los primeros padres optan contra el plan de Dios para con ellos.

π El ser humano se *esconde* de Dios y le tiene miedo (cf. Gén 3, 10) y así nacen las degeneraciones religiosas que se construyen sobre el miedo a Dios.

π En las relaciones interpersonales la complementariedad se cambia en *división*, así comienzan las acusaciones mutuas (Adán acusa a Eva en Gén 3, 12) y no se toleran las diferencias llegando al asesinato (Caín mata a Abel en Gén 4, 8).

π La naturaleza se hace *enemiga* de lo humano (el diluvio en Gén 6 – 8) y el trabajo requiere de la fatiga (cf. Gén 3, 17 – 19).

La desobediencia, el afán de querer ser dios y la no aceptación de la condición de creatura, introduce la muerte en la historia. La historia conducida por Dios entrega vida porque él es su autor, pero cuando lo humano no hace caso introduce la destrucción. Por tanto, el camino de la muerte es el rechazo de la confianza filial que hace perder todas las relaciones que constituyen al individuo como persona humana en el trato con Dios, con el otro y con la naturaleza.

Día 7: El pecado como mentira

Al no aceptar la condición de creatura, con los correspondientes límites, el ser humano entra en una profunda *inseguridad* que puede llegar a ser intolerable. De allí, para superar la inseguridad, el ser humano se piensa dios y rechaza su ser creatura. Entonces se intenta fundarse mediante el *tener*, el *poseer*, y también el *aparentar*. Es decir, al no aceptar ser lo que realmente es vive aparentando mediante el tener y el poseer. La existencia se torna un engaño y la mentira su fundamento.

Pero el pecado no es tan sólo un acto sino más importante aún llega a ser una *actitud*. El pecado no es sólo acto que se comete sino es una actitud que está dentro de uno y alrededor de uno. No sólo *hago* pecado, sino que *soy* pecado y *vivo* en medio del pecado. Por lo tanto, no se ha luchar no tanto contra actos, contra hechos aislados, contra fallos o resbalones, sino se ha de lucha contra una *tendencia* muy profunda: esa tendencia a resistir, a no aceptar lo que se realmente es.

San Pablo lo expresa claramente: “Realmente, no comprendo mi proceder: pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco. (...) Ya no soy yo quien actúa, sino el pecado que habita en mí” (Rom 7, 15.17). Es la realidad del pecado, como actitud básica, que a veces contradice hasta los propios mejores deseos.

Por ello, al meditar sobre el pecado no se trata tanto de confeccionar una lista de pecados para prepararse para la confesión. Más bien, es una invitación para descubrir en la propia vida, el pecado, la mentira existencial, que es la raíz de la posterior actuación. Y no es fácil encontrar ese pecado porque hay que llegar a las propias inseguridades y vencer el miedo para abandonarse en las manos de Dios Padre.

Los grandes pecados del pueblo de Israel, tal como los encontramos en el *Antiguo Testamento*, son expresiones de esta mentira existencial: la idolatría, la infidelidad, y la injusticia.

En el ambiente del Antiguo Testamento, la pregunta no era si existe Dios sino cuál es el verdadero Dios. Por ello, la historia del pueblo de Israel es la constante opción entre Yahvéh y los otros dioses de los otros pueblos. Yahvéh interviene activamente en la historia de Israel y su actuación es testimonio de Su palabra: “Yo soy Yahvéh tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre” (Dt 5, 6). Pero, el pueblo de Israel una y otra vez cae en la *idolatría* y fabrica su propio dios, aunque sea en la forma del becerro de oro (cf. Ex 32, 1 – 10). La idolatría no ha desaparecido en la historia humana y vale la pena preguntarse cuáles son los ídolos fabricados por las propias manos para encontrar seguridad.

La historia del pueblo de Israel narra, por una parte, la fidelidad de Dios y, por otra parte, la *infidelidad* del pueblo hacia Él. Una y otra vez este pueblo no respeta la alianza y se olvida de sus compromisos para con Yahvéh. Frente a esta infidelidad se alza la voz de los profetas. En la canción de la viña, el profeta Isaías coloca en la boca de Yahvéh el dolor frente a la infidelidad de Su pueblo: “esperaba de ellos justicia, y hay asesinatos; honradez, y hay alaridos” (Is 5, 7). Vale la pena preguntarse sobre la propia historia de salvación y considerar las propias infidelidades; no mirar ya tan sólo con criterios solamente humanos sino desde Aquel que es fiel y ha sido siempre fiel.

En el inicio de la historia humana se encuentra el asesinato como fruto de la envidia. Caín mata a su propio hermano, rebelándose contra Dios: ¿soy yo acaso la niñera de mi hermano? (cf. Gén 4, 1 – 16). La *injusticia* es la no aceptación del otro en términos de apoyo mutuo (cf. Gén 2, 18); es el rechazo de un Dios que se presenta como Padre de todos y, por ende, hermanos los unos de los otros. Caín mata a su propio hermano, mientras que Jesús se identifica con la humanidad desde aquellos que son marginados de ella (cf. Mt 25, 31 – 46). Vale la pena preguntarse sobre la propia justicia en la vida diaria, más allá de los discursos.

En la idolatría se vive la mentira sobre el propio fundamento de la vida; en la infidelidad se vive la mentira de los propios compromisos; y en la injusticia se vive la mentira de proclamar a Dios como Padre de todos.

Día 8: El sentido de Dios, Jesús y los pecadores

Se lamenta que en la sociedad *se ha perdido el sentido del pecado*. Sin embargo, existe una viva conciencia de que las cosas no marchan bien (corrupción política, degradación del medio ambiente, presencia de los pobres, aumento de la violencia, confusión valórica, soledad creciente, etc.). Por consiguiente, habría que afirmar más bien que lo que se ha perdido es *el sentido de Dios*.

Lamentablemente, hay situaciones auténticamente *infernales* en nuestra sociedad, cuando alguien se cierra a Dios y al otro, odiando a todo y todos, aún a sí mismo; las degradaciones morales por la droga van en este sentido de rechazo total hacia toda relación y de infelicidad terrible; también hay necesidad de excitaciones continuas a fin de hallar un mínimo de razón para sobrevivir. Hoy se podría hacer la meditación sobre el infierno, insistiendo menos en los elementos visivos, cosmológicos, y más en términos antropológicos: la angustia, la soledad, la frustración, la desesperación. Sentimientos que cada uno conoce y que son todo lo contrario al plan de Dios sobre la humanidad, que consiste en la felicidad, la plenitud, la paz.

El desorden es evidente, pero la conciencia de la *raíz* de ese desorden se ha perdido. Lo que falta es más bien tomar conciencia de que este desorden nace básicamente de la oposición humana al amor y al plan de Dios, como también de la propia complicidad en esta desconfianza en Dios Padre. Los obispos latinoamericanos, al señalar en Puebla (1979) y en Santo Domingo (1992) que la causa principal de las injusticias en el subcontinente es el pecado, afirman una gran verdad. Con ello, no se torna piadosa la crítica social sino se señala la gravedad de una injusticia proveniente de sociedades que se consideran a sí mismas cristianas.

El problema es que se ha ofuscado la conciencia de la propia fragilidad pecadora frente a la desmedida, rebosante, misericordia divina. Este sentido de misericordia divina es escaso porque no se parte del conocimiento real de la propia falta de correspondencia, sino se banaliza la fragilidad humana o se reduce a puros condicionamientos, y además se desconoce el carácter de ofensa a la misericordia de Dios, de impedimento a la potente acción del Espíritu.

En las parábolas sobre la misericordia de Dios Padre (Cf. Lc 15), Jesús presenta al Dios lleno de misericordia y solícito por el destino humano. No se presenta un Dios legislador, dispuesto a condenar y encontrar culpa humana, sino, por el contrario, expectante y esperando la vuelta del pecador.

En el Salmo 32 se reza: “Mi pecado te reconocí, y no oculté mi culpa; dije: ‘Me confesaré a Yahvéh de mis rebeldías’. Y Tú me absolviste mi culpa, perdonaste mi pecado” (Salmo 32, 5). Frente al pecado no cabe la represión

de la propia falta sino la apertura al perdón delante de Dios. “Dichoso el que es perdonado de su culpa y le queda cubierto su pecado” (Salmo 32, 1).

Sólo en la fe se encuentra el coraje para admitir el propio pecado. Pero, en el momento de reconocer el propio pecado y aceptar el perdón de Dios se descubre una nueva dimensión en el amor de Dios. La Buena Noticia consiste en que se hace la experiencia de que el amor de Dios no tiene límites porque Su amor es más grande que el propio pecado.

Jesús *buscó* a los pecadores y, con ello, escandalizó a muchas personas de su tiempo. El ángel del Señor le dice a José que el nombre del hijo por nacer será Jesús “porque Él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 21). Y Jesús proclama que “no he venido a llamar a justos sino a pecadores” (Mt 9, 13) porque “no necesitan médico los que están fuertes sino los que están mal” (Mt 9, 12). Jesús lo repite: “el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19, 10).

La curación de enfermos y el perdón de los pecados constituyen dos actividades de Su misión. No obstante, es interesante observar que Jesús sanaba a aquellos enfermos que le llevaban, pero no los buscó. Por el contrario, Jesús buscó a los pecadores; Él tomaba la iniciativa para demostrar su auténtica aceptación y acogida. Se hizo amigo de los publicanos y de las prostitutas; lo vieron en la presencia de pecadores; cenaba con ellos.

Una persona sólo puede ser curada en el momento que reconoce su enfermedad. Asimismo, sólo cabe la salvación cuando se confiesa la necesidad de ser salvado. Dios respeta la libertad humana. “Si decimos: ‘No tenemos pecado’”, escribe San Juan, “nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia. Si decimos: ‘No hemos pecado’, le hacemos mentiroso y Su Palabra no está en nosotros” (1 Jn 1, 8 – 10).

Jesús jamás relativizó el pecado tampoco negó su consecuencia pero siempre perdonó. “¿Nadie te ha condenado?”, pregunta Jesús a la mujer adúltera. Y frente a la respuesta negativa, Jesús sigue diciendo: “Tampoco Yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más” (Jn 8, 10 – 11). Es que “si somos infieles, él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo” (2 Tim 2, 13). Su fidelidad es la propia salvación.

Día 9: El pecado personal, La historia de dos hombres

El pecado *personal* se sitúa dentro de este contexto más grande del desorden introducido en la historia por un inicial rechazo humano al plan de Dios. Al respecto, Ignacio sugiere al ejercitante pedir por la gracia de *sentir un profundo e intenso dolor y lágrimas por mis pecados*. Este es un don porque no es algo que se pueda conseguir por la pura fuerza o la sola voluntad humana. Sólo cuando el propio pecado se enfrenta con la inmensa bondad de Dios Padre, sólo entonces pueden correr las lágrimas.

A veces se reduce la fe a un conocimiento intelectual, pero Ignacio insiste en la importancia del desarrollo de la afectividad espiritual. No hay que confundir el vacío y efímero sentimentalismo con la dimensión afectiva de todo ser humano. La fe abarca a todo el ser humano y, por ello, tiene una clara e imprescindible dimensión afectiva. El cultivo de esta dimensión es de singular importancia en la vida de los célibes. El amor a Jesús el Cristo no es tan sólo un ejercicio mental como tampoco una afirmación intelectual, sino también un amor con todo el corazón.

El pecado individual es el resultado del rechazo de la filiación y del proyecto del Padre en la propia vida. Ignacio sugiere tres contextos a la hora de hacer memoria del propio pecado: (a) el lugar y la casa donde he habitado, (b) la conversación que he tenido con otros, y (c) el oficio en que he vivido (Ejercicios Espirituales N° 56). La visión sobre la propia vida debe ser integral y, por ello, se abarca el ambiente, las relaciones interpersonales y el trabajo.

No se trata tanto de enumerar algunos actos pecaminosos sino de considerar la falta de correspondencia personal al plan de Dios sobre la propia vida y como esto ha tenido consecuencias sobre otros. En otras palabras, se sugiere que se haga, en la presencia misericordiosa de Dios, una lectura del propio itinerario de *responsabilidad* partiendo de la propia vocación primaria, de lo que Dios ha llamado y de aquel nombre especialísimo con el que Dios se ha inclinado sobre uno desde la eternidad, desde el bautismo hasta la ordenación sacerdotal.

No se trata de alimentar la propia culpabilidad como fenómeno puramente psicológico, sino de pedir la gracia de tener viva conciencia de la propia desconfianza, del propio descuido, de la propia negligencia y pereza frente al plan del Padre sobre la propia vida. De esta manera, a través del auto-conocimiento más profundo de la propia vida - en su pobreza, fragilidad y debilidad -, descubrir y conocer mejor el misterio de Dios, de la Cruz, el propio misterio de Cristo que suple, llena, supera, y destruye con su misericordia toda ruptura, todo desorden en la propia vida. No interesa un sentido de amarga culpabilidad ni una reseña fría y pesimista de la propia condición, sino descubrir una profunda admiración por este

misterio infinito e indecible de la misericordia divina que se pronuncia diariamente sobre la propia vida.

El *fruto* de una oración sobre el pecado es el descubrimiento del amor de Dios Padre sobre la historia de la humanidad y la propia vida. Por consiguiente, este reconocimiento conduce al aborrecimiento del pecado, es decir, aquella actitud interna de repugnancia a la ofensa contra Dios, un disgusto instintivo por el pecado debido al amor por el plan de Dios y al deseo profundo de ser hijos y de no romper por ningún motivo el vínculo de la filiación.

Dios no tiene miedo al pecado porque ama profundamente al pecador. La contemplación del pecado nos pone, por tanto, frente a los pecados más crueles del mundo, pero en la óptica de Dios Padre, que no teme a nada, que sabe tomar todo en su mano y retornarlo a la gracia, que sabe transformar el mal en bien. A esta profunda, consoladora y salvífica verdad quiere llevarnos en la primera semana: una meditación sobre la misericordia divina y sobre el propio pecado.

Hubo dos hombres que amaron a Jesús de un modo especial porque le *siguieron* radicalmente, llegando a dejarlo todo para seguir sus pasos. Cristo también los amó de modo especial y a cada uno le confió una *misión especial*. A uno le hizo *jefe* y responsable del grupo (cf. Mt 16, 18; Jn 1, 42); al otro le encargó la *administración* de la parte material (cf. Jn 13, 29).

Sin embargo, estas mismas misiones crearon una *sombra* en el corazón de ambos hombres. El uno, al saberse jefe, empezó a sentirse superior a los otros, a confiar demasiado en sí mismo, y a aliviar su inseguridad falsamente apoyándose en el dominio sobre los demás. El otro, al tener dinero, se apegó a él, buscando en eso su seguridad, buscando el tener.

Esta sombra de pecado, que al principio fue pequeña, va creciendo en el corazón de estos hombres, hasta que un día dejar de estar oculta y se manifiesta abiertamente. El uno *protesta* cuando Jesús lo *compara* a los demás en el abandono, cuando no le distingue ni hace excepción con él, poniéndolo a la misma altura de debilidad de los otros (cf. Mt 26, 33). El otro protesta porque una mujer *derrama* un perfume caro a los pies de Jesús ya que pudo ser dinero del que él dispusiera a su manera (cf. Jn 12, 5).

Ese pecado va creciendo hasta llegar a transformarse en una ofensa directa, personal, contra Jesús, el Maestro del cual son discípulos. Uno lo *niega* tres veces, abandonándolo cuando más lo necesitaba Jesús (cf. Lc 22, 54 – 61); el otro lo *vende* a sus adversarios y precisamente por dinero (cf. Lc 22, 3 – 6).

Pero la respuesta de Jesús ante esta ofensa es igual para ambos: una respuesta de *amor* y un *reproche*. Cristo mira a Pedro en la noche de su Pasión, en la casa de Anás (cf. Lc 22, 61). Cristo habla a Judas, le llama amigo, le reprocha el que con un beso, con una mentira, le entregue a sus adversarios (cf. Mt 26, 49 – 50).

La reacción ante este gesto de Jesús va a ser igual en los dos: el **arrepentimiento**. Pedro llora amargamente (cf. Mt 26, 75). Judas se arrepiente, devuelve el dinero y proclama la inocencia de Jesús (cf. Mt 27, 3 – 4).

Pero aquí este paralelismo entre Pedro y Judas llega a su término, porque el final de ambos es totalmente **distinto**. Pedro **vuelve** al lado de Cristo y será cabeza de Su Iglesia (cf. Jn 21, 15 – 17); Judas se **ahorca** desesperado (cf. Mt 27, 5). Este es el terrible misterio del corazón humano, fruto del ejercicio de la libertad.

Frente al **fracaso**, el ser humano se siente humillado, rebajado ante sí mismo, sin encontrar nada en sí que le sirva de apoyo; es el momento cuando uno se siente despreciable y despreciado. En esta situación hay dos salidas: (a) abrirse al amor del otro y pedir **perdón**, o (b) quedarse **encerrado** y obstinado y desesperado con el yo amargado porque se queda con la sentencia de la auto-condena.

Día 10: Un pecador perdonado, Situaciones de pecado

Aquel que sólo se queda con su pecado cae en un abismo de culpabilidades, remordimientos insanos, y vueltas inútiles a su propia imagen. Por otra parte, aquel que pretende sentirse perdonado sin pasar por el reconocimiento humilde del propio pecado se queda muy lejos de su verdad. Sólo la experiencia del **pecador perdonado** permite un auténtico encuentro con Dios Padre, y se abre el horizonte de futuro en la posibilidad de emprender el camino de reconstrucción, sanación y recreación de su propia vida en un acto de profundo agradecimiento.

El saberse perdonado, después de haber reconocido el propio pecado, abre a la dinámica de una profunda comprensión del otro en una actitud de “disculparlo todo, creerlo todo, esperarlo todo y soportarlo todo” (1 Cor 13, 7). En el perdón recibido uno descubre el significado más profundo del **amor** al sentirse aceptado tal como es, en su realidad más honda, y a la vez encuentra la fuerza para reconstruir su vida.

El camino del perdón es fecundo y vale la pena, aunque en él amenacen **peligros** y a veces se rondan precipicios de falsas culpabilidades, narcisismos heridos y vueltas inútiles en torno a la propia imagen. Una ayuda indispensable en este camino consiste en lo **relacional**: fuera de la referencia a un Dios personal, a la conciencia de haber defraudado su amor, de no haber respondido a su llamada, de haber rehusado su oferta de una vida plena, no existe una experiencia **sanante** del pecado.

El episodio del encuentro de David con el profeta Natán (cf. 2 Sam 11 – 12) narra el **paso** de la culpabilidad al arrepentimiento. David se encapricha de Betsabé, la mujer de Urías, mientras éste está en la batalla; la lleva a su palacio y se acuesta con ella. Cuando después ella le hace saber que espera un hijo, la reacción de David es propia de una **culpabilidad narcisista** porque él se siente culpable por haber quebrantado una ley y su propia imagen está en peligro. Por eso manda llamar a Urías e intenta por todos los medios que éste regrese a su casa y así aparecer que el hijo fuera suyo. Pero David no lo consigue y entonces ordena que pongan a Urías en un lugar de máximo peligro en la batalla, y allí muere. De esa manera queda a salvo la fama de David y el rey se casa con Betsabé. Cuando el profeta Natán se presenta en el palacio y le cuenta la historia de atropello de los derechos de un pobre que tuvo lugar en su reino, David reacciona con cólera, proyectando una **culpabilidad ética**. David sentencia que “este hombre merece la muerte”.

Pero Natán aclara que “Tú eres ese hombre” y comienza a recordarle la historia de su vida con Yahvéh. Es Dios mismo quien toma la palabra a través de su profeta: “Yo te ungué rey de Israel (...), yo te libré (...), yo te di (...), y, en cambio, tú (...)”. David es introducido en el ámbito del encuentro y de la relación personal, y sólo entonces aparece la palabra **pecado** en la boca de David: “He pecado contra el Señor”.

La experiencia del pecado se comprende dentro de la dinámica de un Dios que pregunta, llama, manifiesta su amor, invita pero **no recibe respuesta**. En el Antiguo Testamento, Dios pregunta a **Adán** *¿dónde estás?*; Adán responde *tuve miedo porque estoy desnudo y por eso me escondí* (cf. Gén 3, 8 – 11). A **Caín**, Dios le pregunta *¿dónde está tu hermano?*; a la cual Caín contesta *No lo sé. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?* (cf. Gén 4, 9)

En ambos casos el narrador bíblico describe **la decepción de Dios**, el fracaso de sus expectativas de relación personal con el ser humano (‘adam) que ha creado *a su imagen y semejanza* y, por tanto, capaz de comunicación, de diálogo, de amor. La respuesta del ‘adam es la huida, el miedo, el rechazo del encuentro, la ausencia de la cita. Tampoco se recibe la respuesta adecuada a su otro proyecto sobre el ser humano: una actitud de cuidado, de atención fraterna, de defensa mutua. Por el contrario, Caín se desentiende, rechaza hacerse hermano, se niega a la solidaridad que pide el comportamiento fraternal, y de ahí nace el impulso que le llevará a darle muerte a su propio hermano.

Reconocer el propio pecado delante de Dios abre **un camino nuevo** en la propia vida. En primer lugar, crea un **sano crecimiento en autoestima**, porque las parábolas que se encuentran en el capítulo quince de san Lucas vuelven sobre el mismo tema: eres pertenencia de Dios (su moneda, su oveja, su hijo) y, por ello, muy valioso en Sus ojos; Dios no soporta perderte y emprende la búsqueda ; no descansa hasta encontrarte; y este encuentro lo produce a Dios una gran alegría. Esta conciencia de pertenecer a Dios, esta aceptación más allá de la propia imaginación y expectativa, tiene el poder de arrastrar viejas culpabilidades y complejos.

Además, esta experiencia del perdón **cambia el nivel de relación** con Dios Padre debido a la situación de pérdida y re-encuentro. En el caso de la oveja y de la moneda no existe esta conciencia. Pero en el caso del hijo perdido y encontrado existe una vuelta a la casa: es otra manera de estar junto al padre, nace una actitud de disponibilidad total, el deseo de corresponder a la acogida incondicional paterna. El encuentro con lo perdido no restablece una situación anterior sino que crea una diferente. Es la transformación dictada por la gratitud.

Por último, la propia experiencia anima a **no dar por perdido irremisiblemente a nadie**. En esta escuela de Dios Padre se aprende a no desanimarse en la búsqueda de hermanos perdidos, a imaginar nuevos caminos de reconstrucción de relaciones, a ser creativo en considerar posibilidades de reconciliación.

Aceptar la propia aceptación de ser aceptado por Dios Padre desde la gratitud del amor divino es fruto de la gracia. El ser aceptado por alguien más grande cuyo nombre apenas se conoce significa aceptar simplemente el hecho de ser aceptado. Esto no es el resultado de un esfuerzo moral sino la bondad de Dios Padre para con su creatura.

En la sexta regla, correspondiente a los criterios de discernimiento de Segunda Semana, Ignacio señala que “cuando el enemigo de la naturaleza humana fuere sentido conocido de su cola serpentina y mal fin a que induce, aprovecha a la persona que fue de él tentada mirar luego en el discurso de los buenos pensamientos que le trajo, y el principio de ellos, y cómo poco a poco procuró hacerla descender de la suavidad y gozo espiritual en que estaba, hasta traerla a su intención depravada; para que con la tal experiencia conocida y notada se guarde para delante de sus acostumbrados engaños” (Ejercicios Espirituales N° 334).

En la vida del *misionero* existen situaciones de pecado que pueden iniciarse con comienzos pequeños, incluso a veces con las mejores intenciones, pero que terminan ahogando el mismo ministerio. A veces, para desempeñar bien la misión encomendada se entra en un ritmo de trabajo sin descanso. Esta entrega no necesariamente se encuentra sin el deseo de tener éxito apostólico, pero de todas maneras se cae en el cansancio que hasta llega a afectar el propio carácter y con altas cuotas de intolerancia. Lo primero que se deja suele ser la oración.

Ciertamente, el *activismo*, el cansancio y la desazón inciden negativamente en el ejercicio del ministerio y se va perdiendo el sentido de Dios, en nombre de quien se ejerce el mismo ministerio y por quien se entrega al mismo trabajo. El resultado final es un estado de mediocridad espiritual del cual resulta difícil salir con posterioridad. La vida diaria sigue pero con una débil motivación espiritual detrás del actuar y el hablar.

En esta situación el misionero se olvida de sus limitaciones humanas y, como todo ser humano, precisa de momentos de descanso. Realmente, en estas situaciones existe una total contradicción entre lo que se critica en la vida acelerada de la sociedad, la falta de tiempo para orar y contemplar, y la vida concreta de aquel que presenta esta crítica.

Otra situación común en la vida misionera es el *individualismo* en el trabajo apostólico porque se tiene la impresión de que resulta más efectivo y mejor. Detrás de este individualismo habría que preguntarse si existe también una actitud de auto-suficiencia, en el sentido de definirse más a partir del propio trabajo y las obras concretas que de la misión. En otras palabras, existe el peligro de encontrar la propia seguridad en un trabajo más que en el seguimiento de Cristo que envía a la misión.

Otras veces se tiende a *criticar* a los demás sin amor ni misericordia. Una cosa es ser crítico y buscar siempre lo mejor, pero desde dentro y con cariño, otra cosa totalmente distinta es fijarse tan sólo en los defectos de los otros, observar tan sólo lo negativo, y encontrar casi una satisfacción inconsciente en constatar lo lejos que se está de la meta. Más bien, se tiene que hacer el esfuerzo de animar al otro y felicitarlo frente al bien que se hace, porque demasiadas veces se tiende tan sólo a ver lo negativo.

Otra situación de pecado es la de un ingenuo *sentimentalismo* o la de jugar con los sentimientos de otros y otras. También es fácil perder la disciplina del cuerpo o no darle el descanso necesario mediante una vida ordenada en la hora de acostarse, las comidas y las bebidas.

La *formación permanente* es un deber para con la comunidad a la cual uno está enviado. La falta de información sólida (más allá de lo que se comenta) y dejar la lectura teológica dificultan una aproximación seria a los nuevos problemas que surgen en el trabajo pastoral. Llevado al extremo, esto tiene el peligro de hacer de la acción pastoral una actividad irrelevante cuando no se sabe dar respuestas a las preguntas reales de la gente. Las respuestas de ayer no siempre coinciden con las preguntas de hoy.

Una *creciente distancia* entre la palabra y la acción concreta perjudica la propia identidad misionera y hace perder credibilidad frente a la comunidad. Se puede llevar una vida buena, vivida en un ambiente de compromiso, pero también ir perdiendo el ideal religioso y la motivación sacerdotal. Si no se enfrenta esta situación se corre el peligro de acostumbrarse a ella e ir secularizando la vida sacerdotal.

Paul Claudel escribió: “Señor, si necesitas vírgenes, si necesitas valientes bajo tu estandarte, ahí está Domingo y Francisco; Señor, ahí está Lorenzo y santa Cecilia, (...). Pero si necesitas, por acaso, de un perezoso y de un imbécil, de un orgulloso y de un cobarde, de un ingrato y de un impuro, de un hombre cuyo corazón estuvo cerrado y cuyo rostro fue duro, cuando todos te falten me tendrás siempre a mí”.

La santidad de los santos no residía tanto en sus buenas acciones cuanto en creer que Dios era capaz de hacer grandes cosas a través de ellos a pesar de sus limitaciones. No se trata de gloriarse de las propias limitaciones como tampoco de resignarse frente a ellas, sino de confiar que la fuerza de Dios es superior a ellas.

Por ello, san Pablo confiesa que Dios “ha escogido lo necio del mundo para confundir a los sabios; y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte” (1 Cor 1, 27). Es que “llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros” (2 Cor 4, 7). San Pablo revela su propia experiencia cuando le fueron reveladas las palabras del Señor, “Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza”, y concluye “por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte” (2 Cor 12, 9 – 10).

Al considerar el propio pecado es aún más importante meditar como Dios es el *alfarero* que va trabajando con el barro humano para manifestar en él su gloria (cf. Jer 18, 1 – 6). Su modo propio de obrar con el barro es modelarlo, incluso deshaciéndolo y rehaciéndolo, a fin de que aparezca en la humildad su ser misericordioso. Dios Padre recupera siempre lo bueno e incluso lo malo, para que aparezca la imagen de Su Hijo en el barro frágil que es el ser humano.

Si alguien siente la gracia de acercarse al sacramento de la reconciliación, podría ser muy significativo si en la oración va pensando en qué sugerir al confesor como una penitencia adecuada, qué gesto pudiera ser como signo de ir a la raíz del mal que hay en uno. ¿Qué proponer como signo de auténtica conversión en la propia confesión?

Lecturas bíblicas:

- Éxodo 32, 1 – 10: el becerro de oro
- Isaías 5, 1 – 7: Canción de la viña
- Ezequiel 16: historia simbólica de Jerusalén
- Salmos Penitenciales 6, 32, 38, 51, 102, 130, 143
- Salmo 51: el Miserere, destacando la confesión del pecado y la alabanza frente a tanta misericordia
- 2 Samuel 11 – 12: David y el profeta Natán
- Miqueas 6, 1 – 8: Pleito de Dios contra Israel
- Isaías 5, 1 – 8: El viñedo como imagen de Judá
- Mt 25, 14 – 30: la parábola de los talentos
- Lucas 15: las parábolas de la oveja pérdida, del dracma pérdida y del Padre misericordioso
- Juan 8, 1 – 11: la mujer adúltera

Preguntas:

- 1.- Lo que más me aparta de Dios no son tantos mis pecados cuanto la no aceptación de mi ser pecador y necesitado de Su misericordia. ¿Es cierto?
- 2.- ¿Siento el perdón de Dios sobre mi vida?
- 3.- Con toda honestidad, ¿creo que existe algo que Dios no me puede perdonar?
- 4.- ¿He sido capaz de perdonar?

SEMANA 3: LOS DOS CAMINOS



*El ejercitante se encuentra frente a un llamado: en la **organización** de la propia vida **conforme** a la voluntad de Dios Padre se abre a la **llamada** de Jesús que llama a cada uno directamente y por nombre. No es una meditación sobre el Reino, sino una contemplación sobre la Persona de Jesús en el acto de **llamar** a seguirlo; es decir, todo apunta a motivar una **respuesta de parte del ejercitante**.*

Petición de Gracia

Pedir a nuestro Señor la gracia de no ser sordo a su llamada, sino dispuesto y solícito a cumplir su santísima voluntad (Ejercicios Espirituales N° 91)

DIA 11: La parábola del rey temporal

El primer punto es poner delante de mí un *rey humano*, elegido de mano de Dios nuestro Señor, a quien hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos los hombres cristianos.

El segundo punto es mirar cómo este rey habla a todos los suyos, diciendo: mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por tanto, quien quisiere venir *connigo* ha de ser contento de comer *como yo*, y así de beber y vestir, etcétera; asimismo ha de trabajar *connigo* en el día y vigilar en la noche, etc.; porque así después tenga parte *connigo* en la victoria como la ha tenido en los trabajos.

El tercer punto es considerar qué deben responder los buenos súbditos a rey tan liberal y tan humano; y, por consiguiente, si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero.

La segunda parte de este ejercicio consiste en aplicar el sobredicho ejemplo del rey temporal a *Cristo* nuestro Señor, conforme a los tres puntos dichos.

En cuanto al primer punto, si tal vocación consideramos del rey temporal a sus súbditos, cuánto es cosa más digna de consideración ver a Cristo nuestro Señor, rey eterno, y delante del todo el universo mundo, al cual y *cada uno en particular* llama y dice: mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir *connigo* ha de trabajar *connigo*, porque, *siguiéndome* en la pena, también me siga en la gloria.

El segundo punto es considerar que todos los que tuvieren juicio y razón, ofrecerán todas sus *personas* al trabajo.

El tercer punto es los que *más se querrán afectar* y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, más aún haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán *oblaciones de mayor estima y mayor momento*, diciendo: (...) ya quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de *imitarle* en pasar todas injurias y todo vituperio y toda *pobreza*, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado. (Ejercicios Espirituales N^{os} 92 – 98)

Con respecto a esta contemplación sobre la llamada del Rey temporal, hoy en día resulta muy difícil imaginar una situación en la que jueguen la lealtad, el reconocimiento de tipo feudal, la audacia caballescaca, la fidelidad a un monarca, la reverencia a una empresa aprobada por Dios. Tal situación es prácticamente inexistente porque se viven días inciertos, llenos de desencanto. Las ideologías de la década de los sesenta han caído y la utopía parece una ilusión.

Por ello, quizás sea más apropiado colocarse frente a Jesús, Hijo único del Padre, Mesías de la humanidad, que se ha entregado por cada uno y que, por ello, es el auténtico centro de la historia colectiva y personal.

El punto central es que el llamado para *servir* implica *elegir* el estilo, porque el servicio no es de cualquier manera sino *como Cristo* se puso al servicio del Padre y de la humanidad. Cristo es también el *camino*.

En esta contemplación habría que resaltar tres aspectos claves:

ρ La *relación personal* en el servicio porque se reitera una y otra vez el venir *conmigo* y el comer, beber, vestir *como Yo*. La primera llamada de Cristo es a *estar con Él*; la segunda, a *imitarle* y *seguirle*. Por ello, el llamado es estrechamente personal. La persona es inseparable de la misión y es la persona que se entrega ella misma en la misión.

ρ El estímulo del magis en el servicio porque el ejercitante ya ha aceptado su condición de creatura y dejar de lado la mentira del pecado. Ahora el llamado de Cristo va a provocar el más y el mayor servicio en el seguimiento. Se trata de sacar fuerzas de flaqueza dando de sí lo que más pueda, pero desde su verdad y sin falsas ambiciones. La ansiedad de la mentira se convierte en el deseo del seguimiento. Es decir, en la espiritualidad cristiana se coloca el ser humano en su sitio para después estimularle al mayor servicio. Por tanto, la humildad no es aceptar humillaciones o rebajarse como persona, sino colocarse en el propio sitio, conociendo y aceptando la propia condición humana.

ρ La desposesión, hasta la de perder la propia vida, en el servicio porque es el camino de Cristo, al estilo de Jesús. Es la más radical desposesión de las propias seguridades, a no tener nada. Es la experiencia del pueblo de Israel liberado de Egipto; la gran experiencia espiritual del desierto; es confiar en la omnipotencia misericordiosa de Yahvéh durante cuarenta años. Es la experiencia de Jesús en el desierto durante cuarenta días, en la que el Padre le invita a la desposesión: ni comida ni poder. La suma pobreza de Cristo no es el pesebre, el no tener donde reclinar la cabeza, sino la *Cruz*, cuando sale el grito ¿por qué me has abandonado? (cf. Mc 15, 34). Es la desposesión tan absoluta que ni siquiera se puede “poseer a Dios” porque se vive tan sólo pendiente de la misericordia que se entrega en las manos del Padre y sólo en Él se confía plenamente.

El llamado de Cristo es personal y personalizante, entrando en el servicio con generosidad, y en una actitud de desposesión para confiar plenamente en el Padre.

Día 12: Pedro convocado, seguimiento y desprendimiento

La propuesta del Evangelio es la de seguir a Jesús, estar con Él, participar en su empresa. En el Evangelio se encuentran muchos textos relacionados con la llamada. Son los textos vocacionales. Se puede tomar el de Pedro que se encuentra en Lucas 5, 1 – 11.

“Estaba Jesús a la orilla del lago Genesaret y la gente se agolpaba sobre él para oír la Palabra de Dios, cuando vio dos barcas que estaban a la orilla. Los pescadores habían bajado de ellas, y lavaban las redes. Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y, sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: *Boga mar adentro, y echen sus redes para pescar.* Simón le respondió: *Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes.* Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse. Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas, que casi se hundían.

Al verlo Simón Pedro, cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: *Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador.* Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado. Y lo mismo de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: *No temas. Desde ahora serás pescador de hombres.* Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron. (Lc 5, 1 – 11)

En este episodio Pedro vive diferentes sentimientos en su relación con Jesús.

π Ante todo, se siente privilegiado por la confianza de Jesús que escoge su barca para predicar. La gente se congregaba para escuchar a Jesús y Pedro fue el escogido.

π Además, ciertamente se siente premiado por aquella confianza que le prestó a Jesús, cuando éste le pide echar de nuevo las redes. A pesar de su sentido profesional de pescador, decide hacerle caso a Jesús y termina con una cantidad enorme de peces en la barca.

π Pedro es un hombre honesto y se da cuenta que está frente a algo divino y milagroso. Por ello, reconoce su identidad más profunda y su total ineptitud frente a este hombre Jesús. En efecto, mientras en un primer momento lo reconoce como *Maestro* (uno entre muchos), al final lo declara *Señor* (único).

π Otra vez Pedro es premiado más allá de sus expectativas, porque su confianza en la palabra de Jesús es respondida mediante la invitación para

colaborar en una empresa mucho más grande de lo que pudiera pensar, una empresa que estimula su entusiasmo mesiánico.

En Pedro se puede proyectar la propia condición de cristiano absuelto, perdonado, digno de confianza y llamado por Jesús, invitado al camino del seguimiento y de la salvación.

La **vocación** es la experiencia de **todo** cristiano, siendo personal y diferente para cada uno. El trabajo pastoral tiene que ayudar al encuentro con esta experiencia, explicitarla y fecundarla en acciones concretas. ¿No deberían la catequesis y todas las pastorales dirigirse a esta experiencia de los miembros del pueblo de Dios? Sólo entonces se puede hablar de una comunidad cristiana adulta que se reúne en torno a la celebración de la experiencia de su fe y da testimonio de ella en su vida cotidiana.

Nadie se llama a sí mismo. La iniciativa viene de Dios y no tiene que ver con los propios méritos ni cualidades porque no tiene presupuestos. El único requisito es el de estar dispuesto a responder a la llamada divina, confiando en Su fuerza para sacar partido de la propia mediocridad. Al principio se tiene la impresión de que la respuesta se juega en una intersección entre la generosidad y la decisión arriesgada de fiarse del proyecto que Dios tiene sobre uno. Hay algo de verdad en ello, pero, con el pasar del tiempo, se sobrepone la verdad más profunda del Magnificat (cf. Lc 1, 46 – 55).

La aceptación y la renovación constante de la propia vocación se encuentran con **resistencias**. Esta experiencia de resistencia a la propia vocación está muy presente en los distintos relatos bíblicos.

π La vocación de Abraham y Sarah choca con el hecho de su vejez, pero Yahvéh promete la descendencia (cf. Gén 18, 10 – 15).

π La llamada de Moisés para enfrentar al faraón encuentra la dificultad de su tartamudez (cf. Ex 4, 10 – 12).

π Gedeón es enviado a la batalla contra los madianitas a pesar de ser el más débil (cf. Jueces 6, 14 – 16).

π Jeremías se queja de su propia inmadurez frente a la misión que Dios le encarga (cf. Jer 1, 4 – 10).

ρ Jonás huye a Tarsis, “lejos del rostro de Yahvéh”, es tirado al mar y estuvo tres días en el vientre de un pez (Jonás 1 – 2).

π María no comprende cómo puede ser madre cuando no ha conocido ningún hombre (cf. Lc 1, 26 – 38).

π Pedro se siente indigno de la misión por ser un pecador (cf. Lc 5, 8 – 10).

π Pablo perseguía a los cristianos y, no obstante, es llamado a ser un apóstol (cf. Act 9, 1 – 9).

En todos los casos, la clave reside en depositar la propia confianza en Aquel que llama. María no dice que quiere hacer la voluntad de Dios sino que **la voluntad de Dios se haga** en ella (cf. Lc 1, 38). Si Dios es el protagonista de la vocación, la respuesta humana es la confianza en Aquel que es capaz de llevarla a cabo. San Pablo recuerda que Dios ha escogido lo insignificante de este mundo para confundir a aquellos que se creen sabios y para que nadie presume delante de Dios (cf. 1 Cor 1, 26 – 31).

La vocación es siempre una **misión**. No es un privilegio sino una responsabilidad para participar en el plan de Dios sobre la historia de la humanidad. Por ello, la vocación es también una **convocación** porque el individuo es llamado junto con otros (cf. Mc 3, 13 – 19).

La vocación se vive más por vía de la **seducción divina** que la del razonamiento o la del voluntarismo. La única condición que se exige es la confianza en Aquel que llama. Por otra parte, la fidelidad a la propia vocación conlleva una promesa de recompensa abundante. “Les aseguro que todo el que deje (...) por Mí causa, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna” (Mt 19, 29).

El **desprendimiento** (pobreza y humildad) sólo cobran sentido cuando la finalidad es el **seguimiento**. Sin desprenderse de lo propio (cosas, personas, ideas) no hay seguimiento de otro posible. Sólo en el deseo profundo de seguir a Cristo encuentra sentido el desprendimiento porque llega a ser una condición de coherencia y consecuencia.

Las meditaciones de las dos banderas y de los tres binarios tienen esta finalidad de estar dispuestos a seguir a Jesús, de identificarse con Él, de estar **con Él y como Él**. Es la oración de la consecuencia radical, llegando a las profundidades del mismo **deseo**. No es el ámbito de la normatividad legal ni disciplinaria sino en el horizonte del amor, o, mejor dicho, del enamorado, porque se sabe perdonado e invitado a participar en la construcción del Reinado de Dios. El seguimiento de Jesús es inseparable de la **identificación** con Él. Por el contrario, un seguimiento que no genere un mayor desprendimiento resulta sospechoso en su autenticidad.

Los Ejercicios Espirituales son una escuela en **la educación para la libertad cristiana**, para escoger siempre lo que agrada a Dios Padre y al estilo de Su Hijo Jesús, sin apegos ni prejuicios ni simpatías advenedizas. El desprendimiento total (de los bienes, de la propia fama, de uno mismo) pretende lograr la libertad filial en el camino del seguimiento de Cristo para colocar la propia vida al servicio y ser instrumento de Dios en la salvación de la historia.

Este **don** de la libertad para poder estar al servicio del Reinado de Dios es el trasfondo de la oración ignaciana, es el reconocimiento de la creatura frente a su Creador, del hijo que confía en el Padre Dios, el seguidor fiel de Jesús en la

historia, el dócil a la acción del Espíritu en la obra de liberación y salvación de la humanidad.

Toma Señor y recibe toda mi libertad mi memoria, mi intelecto, mi voluntad, todo lo que tengo y poseo. Tú me lo has dado; a Ti Señor te lo devuelvo.

Todo es Tuyo: en todo dispone según Tú voluntad.

Dame tu amor y tu gracia y esto sólo me basta (Ejercicios Espirituales Nº 234).

En este seguimiento de Jesús, el Evangelio ofrece **criterios** claros sobre el estilo de vida del discípulo:

+ El **desprendimiento**: “Si quieres ser perfecto”, le dice Jesús al joven rico, “vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven, y sígueme” (Mt 19, 21).

+ La actitud del **compartir**, en contraposición al poseer y acumular. Es la experiencia de la bolsa común (cf. Jn 12, 6) entre los discípulos y el estilo de vida de la primera comunidad (cf. Hechos 2, 44 – 45; 4, 32).

+ Una **hermandad** que se construye en torno a Jesús el Cristo: “Ustedes, en cambio, no se dejen llamar Rabí, porque uno solo es su Maestro; y ustedes son todos hermanos. Ni llamen a nadie su Padre en la tierra, porque uno solo es su Padre: el del cielo. Ni tampoco se dejen llamar Preceptores, porque uno solo es su Preceptor [persona que enseña]: Cristo” (Mt 23, 8 – 10).

+ El discípulo observa una jerarquía de **servicio**: “el mayor entre ustedes sea su servidor” (Mt 23, 11); “el que quiera ser el primero entre ustedes, será su esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar la vida” (Mt 20, 26 – 28; cf. Mt 18, 1 – 4; Jn 13, 13 – 15).

+ El discípulo está llamado para **anunciar** el Evangelio y **sanar**: “y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar” (Lc 9, 2; cf. Mc 3, 13 – 15).

Al discípulo Jesús le promete una profunda **alegría**, aunque no exenta de **persecuciones**. Cuando el joven rico se aleja, “Pedro se puso a decirle: *Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido*. Jesús respondió: *Yo les aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora al presente, casa, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones; y en el tiempo venidero, vida eterna*” (Mc 10, 28 – 30).

Día 13: El camino de la sabiduría

“No andan preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe su Padre celestial que tienen necesidad de todo eso. Busquen primero su Reino y su justicia, y esas cosas se les darán por añadidura” (Mt 6, 31 - 33).

En Jesús se muestra lo que puede ser una persona cuando Dios es verdaderamente Dios en su vida. El Reinado de Dios – corazón de la Buena Noticia – adquiere en Él su forma perfecta. La visión que Jesús tiene de la vida es una que da una prioridad absoluta e incondicional a la **voluntad de Dios**. “Yo hago siempre lo que a mi Padre le agrada” (Jn 8, 29). “Mi alimento es hacer la voluntad del que Me ha enviado y llevar a cabo su obra” (cf. Jn 4, 34).

No se puede reducir la voluntad de Dios a un formato de bolsillo o a un medio práctico y eficaz para tratar de alcanzar, junto con otros medios, los propios fines. La voluntad de Dios es, en definitiva, el **criterio** que mide todo el resto; y como ella lo trasciende todo, no puede estar sometida a ningún valor humano, cualquiera que sea. **Que Dios sea Dios**, es decir, **dejar a Dios ser Dios**, es una prioridad absoluta: su reinado y su justicia ocupan el primer lugar, y todo lo demás es secundario.

Jesús muestra que el Reinado de Dios no se establece nunca a costa del ser humano, sino que, por el contrario, constituye su única felicidad. La voluntad de Dios no es más que esto: que el ser humano sea plenamente **humano**. La soberanía intangible del Padre es la única garantía que tiene el ser humano de poder ser realmente él mismo. El Reinado de Dios revela algo de Dios y algo del ser humano: de Dios en su relación con la humanidad y del ser humano en su relación con el fundamento más profundo de su existencia y, por consiguiente, de su sentido.

Esta alianza se renueva y se hace definitiva en Jesús el Cristo. “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo” (Heb 1, 1 – 2). Por ello, una espiritualidad que intenta renovarse, que quiere ser radical y auténtica, debe poner siempre su foco **central** en Jesús, y todas las ramificaciones, por numerosas que sean, no debe alejarse jamás de Él, sino ponerle más y más de relieve.

Jesús no sólo predica el Reinado de Dios sino que lo anticipa en **Su Persona**, dando testimonio de la verdad (cf. Jn 18, 37). Jesús es la encarnación de la verdad, es decir, del amor y la solicitud de Dios Padre para con la humanidad. Jesús es la revelación definitiva del ser de Dios, porque en Él, Su Hijo, el Padre se expresa enteramente tal como es (cf. Jn 14, 9 – 11).

La vida del ser humano se encuentra muchas veces dividida entre lo que quiere y lo que debe, entre el sentido y el sin sentido, entre el bien y el mal. Pero Cristo es la vida. Por ello, vivir Su Vida resulta la única manera de vivir auténticamente la propia y ser uno mismo. Es lo que San Pablo dice: “y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20). El hombre viejo, dividido, falseado y, sin embargo, tan real, se opone a la vida de Cristo en el ser humano, a pesar de que la necesita absolutamente. Esta *oposición* debe ser mortificadora (darle muerte). Asumir a Cristo en la propia vida implica trabajo, oscuridades, purificación porque hay que pasar por el proceso de la conversión. Este dolor es producto de la dureza del corazón humano.

La apertura a Jesús permite comprender qué significa ser persona humana y aprender también qué es lo que da realmente sentido a la vida. Jesús manifiesta claramente lo que significa ser persona humana y muestra claramente el camino de su realización. Dios Creador es el *fundamento* más profundo de la existencia humana, el misterio más íntimo de su ser, el corazón de su yo. Ahora bien, Dios se ha hecho hombre en Jesús. Por ello, en Jesús se desvela y se hace accesible el misterio más profundo de la vida humana.

En la vida de Jesús existen características que iluminan el *sentido* profundo de la existencia humana.

π Jesús fue un hombre totalmente *disponible*, un hombre vivía realmente para los demás, un hombre que era propiedad de los demás. En Él había lugar para todos y cualquier que se acercara a Él se veía afectuosamente acogido. Aceptaba al otro tal como era y para Él nadie carecía de importancia.

Uno se pregunta cómo lo logró Jesús. Pues bien, Él mismo entrega su secreto en cada página del Evangelio: *su total orientación al Padre*. El Padre lo era todo para Él. Su relación con Él era la fuente de donde brotaba Su vida. Tenía tal certeza del amor del Padre que no albergaba preocupación alguna por sí mismo. Esta cercanía con el Padre le permitía entregarse completamente a los demás. El amor que recibía de Su Padre era el secreto de Su propia caridad para con los demás.

π Jesús enseña que *el ser humano no es el centro* de su propia vida. “Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por Mí, la encontrará” (Mt 16, 25). Cuando se acepta a Cristo como el centro de la propia vida, todo ocupa su lugar adecuado y se adquiere perspectiva, armonía y paz.

Esta afirmación resulta ciertamente revolucionaria e inaudita porque el ser humano tiende a centrarse en sí mismo, rechazar su condición de creatura. Hoy se habla

mucho de auto-realización, de autodeterminación, de confianza en uno mismo, de autoestima, etc. En enfoque de Jesús es totalmente distinto porque es literalmente *ex-céntrico*.

Jesús no se puso a Sí mismo en el centro de Su propia vida. Por el contrario, para Él el crecimiento se produce no ocupándose de uno mismo; el triunfo se alcanza poniéndose en el último lugar; es dándose uno mismo como se recibe; la vida brota de la muerte (cf. Jn 12, 24); la gloria surge de la cruz; para vivir y desarrollarse hay que morir. Estas paradojas superan y exceden la capacidad de la comprensión humana.

La vida del ser humano, de cualquier ser humano, sólo se logra de veras cuando *se asemeja a la de Jesús*. Esta es nuestra fe, esta es la fe y la esperanza del discípulo de Jesús. El Padre no quiere la mediocridad sino que se viva en plenitud y esa plenitud sólo se encuentra en la *con-formación* con Cristo. “Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera Él el primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8, 29).

Si no se consigue asemejarse a Cristo, se fracasa ante Dios y ante los demás. Gandhi solía decir que a él le gustaba Cristo pero que no le gustaban los cristianos, porque se le parecían muy poco. Un joven africano comentó: “estamos hartos de tantas personas que no tienen más que a Cristo en su boca, pero nos gustaría enormemente encontrar a alguien que fuera verdaderamente como él”.

El célebre psicoanalista suizo C. G. Jung decía que un tercio de sus pacientes no sufría de neurosis o psicosis alguna, sino de una incapacidad para dar sentido a su vida. También Victor Frankl, psiquiatra judío nacido en Viena y que pasó tres años en los campos de concentración de Auschwitz y Dachau, basa toda su logoterapia en la búsqueda de una razón para vivir por parte del ser humano, y su tesis fundamental es que la principal fuerza motriz del ser humano es el deseo de encontrar una razón para vivir.

La vida del cristiano será comparada con la de Cristo y de esa confrontación se decidirá su autenticidad. *Cristiano* es quien ha encontrado el sentido de su existencia en Cristo, en su imitación y seguimiento, y en un crecimiento cada vez mayor en Él.

Día 14: Las dos banderas

En la tradición cristiana, la **conversión** se presenta en términos de una elección entre **dos caminos**.

- + En el **Deuteronomio** (cf. Dt 11, 26 – 28) es la elección entre la **bendición** (fidelidad a los mandamiento de Dios) y la maldición (desobediencia).
- + En el **Salmo 1** es el desafío de escoger entre dos **caminos**, el camino de los impíos y el camino de los justos.
- + **Jesús** (en Mt 7, 13; Lc 13, 24) habla de la **puerta** estrecha, que lleva a la Vida, y la puerta ancha, que conduce a la perdición.
- + **Juan** (cf. Jn 1, 8 – 9; 3, 19 – 21; 5, 35; 8, 12; 11, 9 – 10; 12, 35 – 36.46) distingue entre los hijos de la **luz** y los hijos de las tinieblas.
- + **Pablo** (cf. 1 Cor 15, 50; Rom 8, 21; Gál 6, 8) distingue entre el camino de la **corrupción** y aquel de la incorrupción, porque lo primero (lo terrenal) es caduco y conduce a la muerte.
- + San **Agustín** habla de la **ciudad** terrenal y la ciudad celestial (amor de Dios).

San Ignacio también ofrece dos meditaciones programáticas para profundizar en la **elección** o la **reconfirmación** del estado de vida: la meditación sobre las **dos banderas** (Ejercicios Espirituales N^{os} 136 – 147) y aquella sobre los **tres binarios** (Ejercicios Espirituales N^{os} 149 – 157).

Petición de Gracia

Pedir al Señor conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para defenderse de ellos, como también conocimiento de la vida auténtica que muestra el sumo y verdadero capitán y la gracia para imitarlo (Ejercicios Espirituales N^o 139).

En esta meditación se enfrentan dos banderas, la una de Cristo y la otra de Lucifer. En el camino del seguimiento de Cristo no se desconoce el **conflicto** inherente a la vida cristiana. Justamente, esta experiencia cotidiana de la vida espiritual requiere de la purificación y de la conversión como proceso que nunca acaba.

La vida cristiana no consiste en un simple, tranquilo y progresivo itinerario de asimilación a la Persona de Jesús el Cristo, sino, por el contrario, se tiene la experiencia diaria de hacer lo que no se quiere y no hacer lo que se quiere. “Realmente”, dice san Pablo, “mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino hago lo que aborrezco. (...) Querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero” (Rom 7, 15 – 19).

Es la experiencia cotidiana de la lucha espiritual en este camino que se ha aprendido del seguimiento de Cristo. Estas dos fuerzas contra opuestas que se

encuentran en cada uno, Ignacio los presenta en términos de dos programas totalmente opuestos. No se trata de dos propuestas, una de las cuales vale más que la otra, sino de dos propuestas que se *contradicen*, y, por ello, se requiere optar por una de las dos.

Se tiende a considerar la vida espiritual, como también la situación pastoral, en un aspecto *lineal*: evolutivo o progresivo cuando se trata del mal al bien y del bien a lo mejor, e involutivo o regresivo cuando se va del bien al menos bien y hasta llegar al mal. Aún más, se tiende a frustrarse cuando tal desarrollo no ocurre o cuando se presenta muy lento. Así, se denuncia la decadencia de la fe, de la frecuencia dominical, y se añora los tiempos pasados.

Pero la vida cotidiana del cristiano no responde a este esquema simplista, porque la vida espiritual es una constante lucha contra la atracción de los ídolos. El camino cristiano se mide no sólo con el metro de la senda recorrida, sino también con el de los obstáculos superados y de los asaltos a los cuales se ha resistido.

Por ello, un juicio sobre la vida de fe resulta muy complejo. No es suficiente valorar los indicios sociológicos, el índice de frecuencia a los actos religiosos o la importancia dada en los cuestionarios a la figura de Jesús con respecto a otras figuras. Un juicio sobre la vida de fe se valora teniendo presente la lucha, a veces dramática, por la fe y el Evangelio, que todo cristiano debe sostener diariamente en el deseo de continuar creyendo, de tomar decisiones correctas y según el Evangelio.

Al contrastar la figura de Jesús con la del mal caudillo en la meditación sobre las dos banderas, Ignacio describe la acción del **mal** espíritu en términos de “echar redes” (esclavizar) mediante la triple tentación progresiva de la codicia por las *riquezas*, el vano *honor* (vanidad) para terminar en la *soberbia*. La riqueza, el honor y la soberbia inducen a todos los otros vicios (cf. Ejercicios Espirituales N° 142). Por el contrario, la acción de **Jesús** se dirige a la libertad de la persona, recomendando la *pobreza* contra la riqueza, el estar dispuesto a sufrir *oprobios* contra el honor mundano, y la *humildad* contra la soberbia, porque ellos conducen a todas las otras virtudes (cf. Ejercicios Espirituales N° 146).

La *vanagloria* se contrapone al auténtico honor que consiste en la dignidad del ser, porque la vanagloria basa el ser de la persona en trivialidades que la rebajan y, por ello, traicionan su propia dignidad. Por el contrario, la *humildad*, que viene de la palabra latina *humus* (tierra), significa aterrizar, volver a la tierra, es decir, fundarse en la realidad y en la verdad. Ser humilde significa ser auténtico con uno mismo.

La referencia de Ignacio a la disposición por parte del seguidor de Cristo para recibir *oprobios* sólo se entiende en un contexto *apostólico* para subrayar la profunda *libertad* del discípulo. No se trata de masoquismo sino el estar dispuesto

a no ser comprendido y hasta criticado en la misión de anunciar el Evangelio. El individuo se va *construyendo* como persona adhiriéndose y conformándose a un *sistema de valores* que van creando el estilo personal. El horizonte de valores define a la persona porque son sus propias metas, la razón de sus esfuerzos, su manera de comprender el mundo y de actuar en la sociedad.

Los valores de la *sociedad* actual son las metas que cuentan, aquello por lo que se estima a las personas. Estos valores giran en torno a la riqueza, el honor, el prestigio, el poder. Frente a estos valores, *Jesús* ofrece los suyos: la sencillez, la pobreza, la misericordia; la opción por los más pequeños, los marginados, los desamparados.

Hay tres personajes, tres pequeños, en el Evangelio que ayudan a reflexionar sobre los valores de Jesús: *Zaqueo* (cf. Lc 19, 1 – 10), el *Publicano* (cf. Lc 18, 9 - 14), y la *Viuda* (cf. Mc 12, 41 - 44).

Zaqueo es un hombre rico que, oyendo que Jesús iba a pasar, sale a verlo, pero tiene poca estatura y el gentío que rodea a Jesús se lo impide. A veces el entorno humano *impide* llegar hasta Jesús; hasta los que se dicen amigos y seguidores son como una muralla que también dificultan el acercarse. Pero Zaqueo se sube a un árbol, sin cuidarse de hacer el ridículo, porque su deseo es sincero. Jesús lo ve y acepta comer en su casa. La visita de Jesús produce una profunda conversión en Zaqueo, quien se compromete a entregar la mitad de lo que tiene a los pobres y restituir cuatro veces más a aquellos a quienes ha engañado.

En la parábola del fariseo y del *publicano*, Jesús presenta, por una parte, un hombre satisfecho de sí mismo porque cumple la ley pero que le falta compasión y comprensión. Es aquel que se cree poseedor de la verdad, que lo tiene todo muy claro, y, por consiguiente, desprecia a los otros porque ni cumplen ni trabajan. Por otra parte, está el publicano, un pobre hombre que se pone de rodillas sin atreverse a levantar la cabeza, sólo pidiendo misericordia. Jesús opta por el publicano.

Por último, está la *viuda*, una mujer pobre y discreta, quien, sin ser vista por nadie, echa su moneda en el cepillo y entra en el Templo. Nadie se fija, nadie la ve; salvo Jesús. Pasan los ricos con sus limosnas, pero Jesús se fija en la pobre viuda.

Día 15: Los tres binarios e identidad cristiana

Ignacio propone una narración de tres hombres enfrentados con una decisión fundamental porque de ella depende su salvación. El cuento pretende profundizar en la motivación espiritual que orienta la vida del cristiano.

Tres hombres habían adquirido, de manera ilícita, una suma considerable de dinero y desean actuar no tan sólo correctamente sino buscando lo mejor según la voluntad de Dios (cf. Ejercicios Espirituales N^{os} 149 – 157). Ellos desean tranquilizar su conciencia y ponerse en paz con Dios. En el primer binario se encuentran las personas que desean desprenderse del dinero para salvarse pero no ponen los medios hasta la hora de la muerte. El segundo binario decide deshacerse del dinero pero no llega a poner en práctica lo propuesto. En el tercer binario las personas están dispuestos a desprenderse del dinero y logran ser indiferentes porque tan sólo buscan cumplir la voluntad de Dios.

Lo que se plantea en esta parábola ignaciana no es tanto el desprenderse físicamente de un objeto material cuanto el apego a las cosas que impide hacer no tan sólo lo correcto sino lo mejor a los ojos de Dios. No es la búsqueda de una perfección legalista (ética) sino el caminar hacia una profunda libertad (espiritualidad) para poder elegir según la voluntad de Dios. No es cumplimiento sino seguimiento. No es la decisión entre el bien y el mal sino la adquisición de una libertad interior para poder elegir según la mentalidad de Dios Padre y al estilo del Hijo Jesús.

“No andan preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe su Padre celestial que tienen necesidad de todo eso. Busquen primero su Reino y su justicia, y esas cosas se les darán por añadidura” (Mt 6, 31 - 33).

En Jesús se muestra lo que puede ser una persona cuando Dios es verdaderamente Dios en su vida. El Reinado de Dios – corazón de la Buena Noticia – adquiere en Él su forma perfecta. La visión que Jesús tiene de la vida es una que da una prioridad absoluta e incondicional a la **voluntad de Dios**. “Yo hago siempre lo que a mi Padre le agrada” (Jn 8, 29). “Mi alimento es hacer la voluntad del que Me ha enviado y llevar a cabo su obra” (cf. Jn 4, 34).

No se puede reducir la voluntad de Dios a un formato de bolsillo o a un medio práctico y eficaz para tratar de alcanzar, junto con otros medios, los propios fines. La voluntad de Dios es, en definitiva, el **criterio** que mide todo el resto; y como ella lo trasciende todo, no puede estar sometida a ningún valor humano, cualquiera que sea. **Que Dios sea Dios**, es decir, **dejar a Dios ser Dios**, es una prioridad absoluta: su reinado y su justicia ocupan el primer lugar, y todo lo demás es secundario.

Jesús muestra que el Reinado de Dios no se establece nunca a costa del ser humano, sino que, por el contrario, constituye su única felicidad. La voluntad de Dios no es más que esto: que el ser humano sea plenamente *humano*. La soberanía intangible del Padre es la única garantía que tiene el ser humano de poder ser realmente él mismo. El Reinado de Dios revela algo de Dios y algo del ser humano: de Dios en su relación con la humanidad y del ser humano en su relación con el fundamento más profundo de su existencia y, por consiguiente, de su sentido.

Esta alianza se renueva y se hace definitiva en Jesús el Cristo. “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo” (Heb 1, 1 – 2). Por ello, una espiritualidad que intenta renovarse, que quiere ser radical y auténtica, debe poner siempre su foco *central* en Jesús, y todas las ramificaciones, por numerosas que sean, no debe alejarse jamás de Él, sino ponerle más y más de relieve.

Jesús no sólo predica el Reinado de Dios sino que lo anticipa en *Su Persona*, dando testimonio de la verdad (cf. Jn 18, 37). Jesús es la encarnación de la verdad, es decir, del amor y la solicitud de Dios Padre para con la humanidad. Jesús es la revelación definitiva del ser de Dios, porque en Él, Su Hijo, el Padre se expresa enteramente tal como es (cf. Jn 14, 9 – 11).

La vida del ser humano se encuentra muchas veces dividida entre lo que quiere y lo que debe, entre el sentido y el sin sentido, entre el bien y el mal. Pero Cristo es la vida. Por ello, vivir Su Vida resulta la única manera de vivir auténticamente la propia y ser uno mismo. Es lo que San Pablo dice: “y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20). El hombre viejo, dividido, falseado y, sin embargo, tan real, se opone a la vida de Cristo en el ser humano, a pesar de que la necesita absolutamente. Esta *oposición* debe ser mortificada (darle muerte). Asumir a Cristo en la propia vida implica trabajo, oscuridades, purificación porque hay que pasar por el proceso de la conversión. Este dolor es producto de la dureza del corazón humano.

La apertura a Jesús permite comprender qué significa ser persona humana y aprender también qué es lo que da realmente sentido a la vida. Jesús manifiesta claramente lo que significa ser persona humana y muestra claramente el camino de su realización. Dios Creador es el *fundamento* más profundo de la existencia humana, el misterio más íntimo de su ser, el corazón de su yo. Ahora bien, Dios se ha hecho hombre en Jesús. Por ello, en Jesús se desvela y se hace accesible el misterio más profundo de la vida humana.

En la vida de Jesús existen características que iluminan el *sentido* profundo de la existencia humana.

π Jesús fue un hombre totalmente *disponible*, un hombre vivía realmente para los demás, un hombre que era propiedad de los demás. En Él había lugar para todos y cualquier que se acercara a Él se veía afectuosamente acogido. Aceptaba al otro tal como era y para Él nadie carecía de importancia.

Uno se pregunta cómo lo logró Jesús. Pues bien, Él mismo entrega su secreto en cada página del Evangelio: *su total orientación al Padre*. El Padre lo era todo para Él. Su relación con Él era la fuente de donde brotaba Su vida. Tenía tal certeza del amor del Padre que no albergaba preocupación alguna por sí mismo. Esta cercanía con el Padre le permitía entregarse completamente a los demás. El amor que recibía de Su Padre era el secreto de Su propia caridad para con los demás.

π Jesús enseña que *el ser humano no es el centro* de su propia vida. “Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por Mí, la encontrará” (Mt 16, 25). Cuando se acepta a Cristo como el centro de la propia vida, todo ocupa su lugar adecuado y se adquiere perspectiva, armonía y paz.

Esta afirmación resulta ciertamente revolucionaria e inaudita porque el ser humano tiende a centrarse en sí mismo, rechazar su condición de creatura. Hoy se habla mucho de auto-realización, de autodeterminación, de confianza en uno mismo, de autoestima, etc. En enfoque de Jesús es totalmente distinto porque es literalmente *ex-céntrico*.

Jesús no se puso a Sí mismo en el centro de Su propia vida. Por el contrario, para Él el crecimiento se produce no ocupándose de uno mismo; el triunfo se alcanza poniéndose en el último lugar; es dándose uno mismo como se recibe; la vida brota de la muerte (cf. Jn 12, 24); la gloria surge de la cruz; para vivir y desarrollarse hay que morir. Estas paradojas superan y exceden la capacidad de la comprensión humana.

La vida del ser humano, de cualquier ser humano, sólo se logra de veras cuando *se asemeja a la de Jesús*. Esta es nuestra fe, esta es la fe y la esperanza del discípulo de Jesús. El Padre no quiere la mediocridad sino que se viva en plenitud y esa plenitud sólo se encuentra en la *con-formación* con Cristo. “Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera Él el primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8, 29).

Si no se consigue asemejarse a Cristo, se fracasa ante Dios y ante los demás. Gandhi solía decir que a él le gustaba Cristo pero que no le gustaban los cristianos, porque se le parecían muy poco. Un joven africano comentó: “estamos hartos de tantas personas que no tienen más que a Cristo en su boca, pero nos gustaría enormemente encontrar a alguien que fuera verdaderamente como él”.

El célebre psicoanalista suizo C. G. Jung decía que un tercio de sus pacientes no sufría de neurosis o psicosis alguna, sino de una incapacidad para dar sentido a su vida. También Victor Frankl, psiquiatra judío nacido en Viena y que pasó tres años en los campos de concentración de Auschwitz y Dachau, basa toda su logoterapia en la búsqueda de una razón para vivir por parte del ser humano, y su tesis fundamental es que la principal fuerza motriz del ser humano es el deseo de encontrar una razón para vivir.

La vida del cristiano será comparada con la de Cristo y de esa confrontación se decidirá su autenticidad. **Cristiano** es quien ha encontrado el sentido de su existencia en Cristo, en su imitación y seguimiento, y en un crecimiento cada vez mayor en Él.

Anexo 2: La imposibilidad del Evangelio

En el Evangelio, el joven rico le pregunta a Jesús: “Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?” (Mc 10, 17). La respuesta dice relación a los **Mandamientos**, concretamente cómo servir a Dios a través de los demás. Es decir, una pauta de comportamiento en la cual se respeta al otro (no matar, no cometer adulterio, no robar, no dar falso testimonio, no ser injusto, honrar a los padres).

El joven no queda conforme con la respuesta porque quiere **más**. Jesús, dice el Evangelio, lo mira con cariño y lo amó (cf. Mc 10, 21). Entonces, le ofrece una **invitación**, no un Mandamiento. Como un regalo muy especial “Sólo una cosa te falta: vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme” (Mc 10, 21).

Sólo en la **pobreza** Dios llega de verdad a ser **todo**. Sin embargo, Jesús toca al joven en su punto **vulnerable**. Este es el radicalismo del Evangelio, porque siempre es específico, ya que la invitación de Cristo es **personal**. La pobreza es una condición del seguimiento: “cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío” (Lc 14, 33).

En la medida que se reduce el Evangelio a una generalidad, entonces se queda en la impersonalidad y no causa absolutamente ningún problema. Pero, entonces, no es el Evangelio. La palabra del Evangelio está dirigida concretamente a cada uno porque la invitación es personal.

Jesús subraya el peligro de las **posesiones** porque los bienes tienden a poseer a la persona. Frente al rechazo del joven rico, Jesús insiste: “Que difícil será que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios” (Mc 10, 23). No era común que un joven, rico y con educación, se presentara a ser discípulo de Jesús. Sin embargo, Jesús no hace concesiones porque la verdad es una y su invitación es auténtica.

Los discípulos quedan asombrados y sorprendidos (cf. Mc 10, 24). Jesús trata de hacerles comprender que uno no pueden tener dos señores en la vida. Lo determinante es si el encuentro con Cristo conduce a una **elección radical**: reconocer a Jesús como el único Señor y, por ello, no dejar que nada ni nadie más comparta este señorío.

Los discípulos se asombran aún más porque se preguntan entre ellos sobre quién podrá salvarse (cf. Mc 10, 26). Sólo cuando se es consciente de la **imposibilidad** del Evangelio, sólo entonces se comienza a vivirlo, porque en verdad es imposible vivirlo. Sólo se comienza el camino del seguimiento cuando se hace la experiencia de la **necesidad** de la gracia para poder asumir el Evangelio como un estilo de vida, porque en ese momento se comienza a confiar en Dios y no en la propia fortaleza.

Al no estar consciente de la imposibilidad del Evangelio, se corre el grave peligro de acomodarlo, de matizarlo, de debilitarlo para poder vivirlo. Reducir el Evangelio a la medida humano de lo posible niega el espacio y la oportunidad a Dios de ser Dios sobre la propia vida.

Jesús concluye con mucha claridad: “para los hombres es imposible, mas no para Dios, porque todo es posible para Dios” (Mc 10, 27). Sólo construyendo sobre la **fuerza** de Dios se hace posible la realización del Evangelio como estilo de vida. Él llevará a cabo su obra de salvación en la medida que uno esté dispuesto a abandonarse en Sus manos y dejar que Él actúe a través de la propia vida.

Lecturas bíblicas:

- Mc 10, 17 – 22: el Joven Rico Lc 1, 46 – 55: Magnificat
- Lc 5, 1 – 11: la llamada de Pedro Lc 9, 18 – 26: la profesión de Pedro
- Lc 19, 1 – 10: Zaqueo Lc 18, 9 – 14: el Publicano
- Mc 12, 41 – 44: la Viuda Jn 10, 1 – 18: el Buen Pastor
- Rom 7, 14 – 25: la lucha espiritual

Preguntas:

- 1.- Escribir el propio Magnificat
- 2.- ¿Todavía me entusiasma mi vocación?
- 3.- ¿Qué es lo que me impide vivir plenamente mi vocación?
- 4.- ¿Cuáles son mis recuerdos de haber vivido plenamente mi vocación?
- 5.- ¿Qué experiencia en mi vida me ha hecho sentir triste y vacío?
- 6.- ¿Qué experiencias me han hecho feliz, más pleno y auténtico?
- 7.- ¿Qué personas admiro profundamente?

Ignacio invita al ejercitante a contemplar (oír, ver, tocar – cf. 1 Jn 1, 1 – 4) el misterio de la Encarnación, es decir, cómo las Tres Personas Divinas miraban el mundo y todos sus habitantes, y cómo, viendo que todos descendían al infierno, se determina desde la eternidad que la Segunda Persona se haga hombre para salvar el género humano (cf. Ejercicios Espirituales N° 102).

El ejercitante es invitado a entrar en la conciencia de Jesús, en su corazón de Hijo, en el modo en que él vive su misión mesiánica de salvación. Contemplar a la Persona de Jesús para identificarse a Él por medio de una compenetración afectiva que nace de una mirada de amor. En la contemplación hay que dar un espacio para que el mismo Jesús modele el corazón humano según sus elecciones y sus caminos. Es ser como Jesús, *pero a partir de él mismo* y no según las proyecciones humanas.

Día 16: La mirada divina y humana

La visión ignaciana presenta las Tres Personas de la Trinidad mirando la historia humana *con ojos compasivos*. Si en la creación la decisión divina fue la de hacer al ser humano a propia imagen y a semejanza, ahora hay una opción de iniciar un proceso de *re-creación* de la humanidad mediante la encarnación del Hijo. El inicial “hagamos” se convierte ahora en “salvemos”.

Dios, por amor a la humanidad, sale de sí mismo asumiendo la condición humana. Dios re-crea la humanidad desde ella misma, asumiendo la fragilidad y las limitaciones, para ofrecer su proyecto de salvación y auténtica liberación al hombre y a la mujer. Ignacio subraya que esta opción divina, una opción que incluye nacer “en suma pobreza, y al cabo de tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en Cruz” (Ejercicios Espirituales N° 116), esta opción es “para mí”.

Hay distintas maneras de mirar la humanidad y la historia, pero para la creatura la visión decisiva es la de su Creador. Y Dios mira la humanidad desde su fragilidad, desde su pecado, para regalar salvación. Dios no se desanima tampoco se arrepiente de su creación sino, por el contrario, renueva su compromiso y su alianza con la humanidad.

En la compañía de Dios Padre Creador, en presencia de Jesús encarnado, y abierto a la inspiración del Espíritu Santo, el ejercitante está invitado a mirar su mundo, la *realidad* que lo rodea, con ojos *compasivos* y llenos de esperanza. Una esperanza que no brota como resultado de una negación de la realidad sino nace al reconocer que Dios se la puede con la humanidad. Una esperanza que se fortalece porque en la mirada hay capacidad de compadecerse frente a lo malo pero también animarse frente al bien presente.

Desde Dios el ejercitante está invitado a asombrarse frente al *pecado*: la pobreza, la desigualdad escandalosa, el deterioro del medio ambiente que cada día afecta más a todos los habitantes, la droga, el SIDA, el clasismo, el racismo, el crimen organizado, la corrupción, la creciente violencia, la incapacidad de enfrentar el pasado con verdad y justicia, el alcoholismo, la dificultad de acceso a una buena educación y la salud, y un lamentable y largo etc.

Pero también uno conoce tantas personas generosas en su pobreza, abnegadas en su entrega cotidiana, sacrificadas para dar a otros lo que ellas mismas jamás tuvieron. Lamentablemente, tanto *bien* y tanta santidad en lo cotidiano no llega a ser noticia, ni siquiera es reconocido por otros. Saber reconocer el bien y alentar esta vida oculta de tantas personas constituye un auténtico deber cristiano.

La mirada predominante en la sociedad sobre la humanidad es radicalmente *distinta*, porque la sociedad piensa de otra manera.

En una ocasión, Oscar Wilde (1854 – 1900) dijo que “vivimos en una sociedad que sabe muy bien el *precio* de todo pero no conoce el *valor* de nada”. Precios y valores. Una sociedad en la que predomina la preocupación por la lista de precios y se tiende a olvidarse de las tablas de los valores. Si, por una parte, el *precio* es la *cantidad* en que se estima, se tasa, una cosa, por otra parte, el *valor* es el alcance de la *significación* o importancia de una cosa.

En la sociedad actual de precios se olvida la escala de valores y lo trágico es que son los valores los únicos que pueden dar *sentido* a la vida. Se está buscando más el *gusto* que el sentido; el *cómo* que está desatendiendo el *por qué*. Es el placer del momento y de lo inmediato por encima del significado del momento a largo plazo.

Nunca una sociedad caminó tan de *prisa* hacia *ningún* sitio, porque preocupa el *cómo* se vive pero no se pregunta por el *por qué* se vive. Albert Einstein (1879 – 1955) comentó que en las épocas anteriores, el ser humano tenía claridad de metas pero pobreza de medios, mientras que en la sociedad actual existe abundancia de medios pero ausencia de metas.

Si la vida pierde sentido, un sentido que da coherencia y profunda en el existir, de poco sirven los esfuerzos para mejorarla. Una sociedad sin valores entra en un camino sin rumbo. Se está ganando en comodidad, en rapidez, en abundancia, pero se está perdiendo el alma de la sociedad, es decir, el sentido profundo de la vida y de las cosas.

Sólo los valores (las metas) otorgan sentido a la vida. Los precios sólo indican el poder adquisitivo, el *cuánto* cuesta, pero jamás señala su valor, si vale la pena, el *por qué* y el *para qué*. Sólo el valor da peso y orientación a lo que se *hace* como expresión de lo que se *es*.

El ser cristiano, el ser misionero, no exime de esta mirada humana. En primer lugar, uno es persona humana e hijo de su época. No se está hablando de otros sino de uno mismo. Esta mirada está muy presente dentro de cada uno porque hemos nacido en ella y hemos crecido en ella. La pregunta es si se está *contagiado* por esta mirada; pero no es fácil responder con honradez. A veces la cabeza piensa de una manera debido a la formación recibida, pero el corazón se dirige por otra manera ya que somos ser humanos.

Muchas veces uno se descubre adulto según los criterios humanos de preparación y capacidad, pero totalmente niño al ser confrontado por las palabras del Evangelio. Una posibilidad es debilitar el significado del Evangelio para acomodarse al modo de pensar de la sociedad, pero otra alternativa es abrirse al Evangelio y dejarse cuestionar por su palabra.

San Pablo, en la Carta a los Romanos, advierte: “no se acomoden al mundo presente, antes bien transfórmense mediante la renovación de su mente, de forma que puedan distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rom 12, 2). Por ello, invita a que se tenga “los mismos sentimientos de Cristo” (cf. Fil 2, 5).

Día 17: Hacerse como niño

Se dijo que “de nada te sirve que Cristo viniera un día en la carne, si no nace hoy de nuevo en tu corazón” (Orígenes). Al contemplar el gran misterio de la Encarnación es preciso dejar un espacio para que Dios pueda encontrar un espacio dentro de cada uno. Desde este espacio en cada uno la Trinidad puede seguir mirando con compasión y actuando con generosidad. ¿No es esto el auténtico cristianismo?

Al mirar al Niño Jesús cabe preguntarse: ¿Qué necesita este niño de mí? ¿Qué es lo que le puedo dar? ¿Qué es lo que le quiero dar? Al compenetrarse en la escena del Nacimiento, se puede contemplar el cariño y la ternura de María al mirar y abrazar su Hijo. El Obispo Fulton Sheen, norteamericano muy conocido por sus escritos sobre espiritualidad durante la década de los sesenta y setenta, dijo: “Nadie puede amar algo a menos que pueda rodearlo con sus brazos”.

Al contemplar la escena en Belén uno se encuentra con la *inseguridad*. María y José tienen que marcharse desde Nazaret en Galilea a Belén en Judea, a pesar de la condición en la cual se encontraba María. En Belén tampoco encuentran alojamiento y María da a luz en un pesebre. Tampoco vienen los familiares a visitar a María y José sino unos pastores que estaban en la misma comarca.

Esta situación de inseguridad le permite a uno reflexionar sobre su propia inseguridad, aprendiendo a convivir con ellas, a escucharlas con sinceridad, a relativizarlas en lo posible. En la presencia de Dios Padre es una ocasión privilegiada para vaciarse de las falsas seguridades, compartirlas, crecer con ellas, trabajar con ellas y esperar desde ellas. Como dice la antropología básica de san Agustín: Conócete, Acéptate y Supérate.

Día 18: Nacer de nuevo y nacimiento de Jesús

A veces, el paso de los años parece definirse como el acumulo de dolores (ver la figura de Job): (1) La *pérdida de la infancia*: el anhelo de la inocencia, el cansancio frente a la responsabilidad de proteger en vez de ser protegido, la aparición de las cicatrices, la ambigüedad de la realidad en contraposición a la claridad del juego. (2) La *pérdida de la juventud*: el desencanto del sueño frente a la complejidad de la vida real, la progresiva acomodación que pelagra la coherencia y el entusiasmo, el reconocimiento y la aceptación de las propias limitaciones.

Duele profundamente la desaparición del niño y el envejecimiento del joven que se ha producido dentro de uno. ¿Y qué decir del dolor que atormenta cuando se recuerdan los fracasos en una sociedad donde sólo cabe el éxito? Y ¿cómo olvidar el dolor que entraña la aceptación de hechos que han configurado y recreado a lo más propio de uno?

El re-encuentro con el niño que cada uno lleva adentro para acercarse al Niño Jesús ayuda a recuperar esta dimensión de la propia vida. En la contemplación del **Nacimiento** de Jesús ayuda el hacerse como niños (cf. Mt 18, 3) al acercarse para adorar, agradecer y maravillarse frente a este misterio tan grande. Este *hacerse como niño* implica tres actitudes básicas:

+ *Aprender de los niños* en cuanto su incapacidad para disimular su fragilidad y su confianza en la mano del que lo lleva.

+ *Reconocer al niño que se lleva dentro* porque significa creer en la propia posibilidad de crecimiento y de cambio como también en la de los demás; implica dar tiempo y espacio para que esto pueda suceder; es la capacidad de no asombrarse de la propia debilidad ni de la de otros; es la valentía de manifestar sentimientos y de demostrar ternura.

+ *Acoger al Dios que se acerca con un Niño en la mano* porque este Dios no se acerca con poder sino con debilidad; no

se impone sino que llama a la puerta; no habla desde el Sinaí sino desde un pesebre.

Jesús le dice a Nicodemo: “En verdad, en verdad te digo: ‘el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios’. Nicodemo contestó: ‘¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer de nuevo?’” (Jn 3, 3 – 4).

Nicodemo expresa todos los escepticismos y reticencias del “hombre viejo” que no cree posible vivir de adulto las actitudes que el Evangelio llama “hacerse como niños”, es decir, confiar, abandonarse, ser sencillo, tener capacidad de asombro, saberse querido, seguridad de estar en buenas manos, etc.

Día 19: Iniciativa divina y respuesta humana

La Revelación es una *invitación* a entrar en el misterio de Dios, no sólo mediante la comprensión intelectual, sino, sobre todo, mediante una *respuesta* profunda de todo nuestro ser, mediante un sí radicalmente personal. Esta complementariedad entre la iniciativa de Dios y la respuesta de la persona es el fundamento de la vida cristiana, y, por ello, aparece en cada uno de los misterios de la vida de Jesús, aunque quizás en ningún momento con tanta claridad como en el misterio de la Encarnación.

Contemplar este misterio es intentar comprender *quién* es realmente Jesús, para llegar a ese íntimo conocimiento que sólo puede crecer en una *relación personal* con Él. Uno no aprende a conocer a otra persona a base de estudiar un libro sobre ella, sino viviendo y compartiendo con ella las alegrías, los deseos y las decepciones de la existencia. Esta es la clase de *conocimiento* de Cristo que se busca: no sólo una serie de lugares comunes que valen para todo el mundo, sino una *experiencia* profundo, personal, de Él, a fin de amarle, seguirle y convertirme, por así decirlo, en otro Cristo, de modo que otras personas reciban ayuda para comprender su Persona y el porqué de Su venida.

La Encarnación es fruto totalmente gratuito de la *iniciativa* divina. Dios es el Pastor que cuida a su rebaño (cf. Jn 10, 11 – 15) y el Padre solícito (cf. Lc 15, 11 – 32) que se conmueve frente a la miseria humana. Dios no desea que el hombre y la mujer sufran porque su gloria consiste precisamente en que el ser humano se realice plenamente. En la experiencia de la Creación fue la presencia del pecado que introdujo el dolor, es decir, la negación humana frente al Creador (cf. Gén 3, 14 – 24).

El ser humano rechaza su condición de creatura y quiere hacer las cosas a *su* manera, introduciendo con ello grandes rupturas en sí mismo y en su relación con otros. Dios viene a proponerle la liberación, ofreciéndole el perdón. Con ello, Dios quiere hacerle comprender que a pesar de sus faltas y pecados, siempre es amado por él.

Esta gran verdad está contenida en la parábola de los viñadores homicidas. Después de haber enviado a sus siervos (los profetas), el dueño de la viña envía a su propio hijo (cf. Mc 12, 6). En su diálogo con Nicodemo, el mismo Jesús explica su misión: “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él” (Jn 3, 16 – 17).

Dios no envía un mensaje sino que Él mismo *se hace* el mensaje en la Encarnación. El Hijo de Dios, hecho hombre, transmite el mensaje no sólo con palabras sino con su propia vida. Esto implica la *kenosis* (el anonadamiento) porque “siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó

de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte en cruz” (Flp 2, 6 – 8).

La existencia de Jesús consistió en vivir ese anonadamiento original, ese despojo por el que se convirtió en hermano nuestro y, de ese modo, transformó este mundo que Él había creado de manera admirable y que restauró de manera más admirable aún.

En este camino de salvación, Dios sigue esta lógica del anonadamiento. Ante Él tenía todo el imperio romano con toda su cultura y en toda su extensión, pero Él no escogió los bulliciosos centros de la técnica o del arte, de la política o de la ciencia, sino un recóndito rincón de aquel inmenso imperio romano: el territorio ocupado de Palestina. Los dominadores romanos no tenían mejor opinión de los judíos que la habitaban. De hecho, Tácito los describe como un rebaño de esclavos de los más miserables y como un pueblo repugnante. Sin embargo, Dios escoge a ese pueblo.

Pero su elección va más lejos: dentro de Palestina se fija precisamente en la región más despreciada y atrasada, Galilea, y, dentro de Galilea, la aldea de *Nazaret* que ni siquiera tenía historia y era tan ignorada que su nombre no aparece ni en el Antiguo Testamento. La Encarnación es *el misterio del último lugar*.

La irrupción de Dios en la historia humana tampoco se realiza mediante la imposición sino *invitando* y dirigiéndose a la libertad humana. El respeto divino por la libertad de su creatura es total, incluso cuando se trata de la misión esencialmente vital de ser la Madre de Su Hijo, Dios deja a la joven de Nazaret plena libertad para reaccionar como desee.

En la *Anunciación* (cf. Lc 1, 26 – 38), el ángel (el mensajero de Dios) toma la iniciativa y María responde. El silencio de María es una elocuente respuesta de asombro. La respuesta de María es también una colaboración desde un anonadamiento: ella no se estima capaz de llevar a cabo por sí misma esa obra divina. La duda de Zacarías conduce a la mudez y rompe el diálogo (cf. Lc 1, 20), la pregunta de María la introduce más profundamente en el misterio que Dios le está revelando. Zacarías duda de la acción de Dios, María tan sólo de su capacidad para llevarla a cabo.

Vivir el Evangelio es absolutamente imposible porque nadie puede seguir a Cristo perfectamente ni cumplir plenamente lo que él exige. Pero las palabras del ángel a María aportan la clave: *nada es imposible para Dios* (cf. Lc 1, 37). Sólo sobre esta base se puede construir la respuesta humana: *hágase en mí según Tu Palabra* (cf. Lc 1, 38). María confiaba en la acción de Dios sobre su vida y su pariente Isabel reconoce su fe: “¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (Lc 1, 45).

El comienzo del misterio de la Encarnación puede resumirse en las tres fases de este diálogo:

- + Dios toma la *iniciativa* y se acerca; el ser humano *duda*
- + Dios *propone*; el ser humano *pregunta*
- + Dios *actúa*; el ser humano se *arriesga*

María se arriesga y se hace fecunda, con la fecundidad misma del Espíritu Santo, que excede toda fuerza humana. Con María también el creyente puede pronunciar su Magnificat y creer que Dios puede servirse también de uno, ya que tan a menudo escoge débiles instrumentos cuando aceptan servir y pronunciar su humilde *fiat*. Sólo en un sí a Dios puede la propia vida ser realmente fecunda y edificar el Reinado de Dios.

Por el sí de María, el Hijo de Dios, se hizo hombre y compartió la vida humana, experimentando lo que significa ser humano. Sabe lo que es tener un cuerpo, padecer limitaciones, ser dominado, sufrir injusticias. Sabe lo que significa la sumisión a leyes que no están perfectamente adaptadas; conoce el sufrimiento de vivir en un ambiente que no puede transformar. Todas estas cosas las conoce por experiencia porque forman parte de la condición humana. Si el Hijo de Dios ha escogido la vida humana, la vida humana vale la pena.

Pero Jesús no compartió tan sólo la condición humana sino también *el don de la filiación divina*, compartió lo que era propio suyo, es decir, el amor de su Padre. Mucho más que simples hombres y mujeres, somos hijos de Dios, hermanos y hermanas de Cristo, templos del Espíritu Santo, testigos de su verdad y de su amor. Y gracias a estos dones se puede comunicar vida y calor a los demás.

La Encarnación tuvo lugar en un momento preciso de la historia, pero también se puede decir que es un *proceso permanente*. En cada momento de su existencia, Jesús es plenamente Él mismo, pero en Nazaret se hizo carne en el seno de María, en Belén se hizo visible, en Nazaret creció... Después de la Resurrección Cristo sigue siendo vida en nosotros y desea crecer en cada uno. Su cuerpo místico sigue extendiéndose en la historia (cf. Ef 1, 22 – 23; Gál 3, 27 – 28; Col 1, 18 – 19). “Y “cuando hayan sido sometidas a Él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a Aquel que ha sometido a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo” (1 Cor 15, 28).

En cierto sentido, no hay más que un solo acontecimiento en este mundo: la *Encarnación* porque Cristo ha asumido en sí a toda la humanidad, se ha revestido del universo como de un manto y se entrega así al Padre. De María se aprende la total disponibilidad, mediante la cual esa encarnación total puede continuarse en cada uno de nosotros y, a través de nosotros, a otros. Vale la pena ponderar las palabras de Orígenes cuando comenta ¿de qué sirve que Dios se encarnó si no puede nacer en cada uno de nosotros?

Día 20: La vida oculta

El Evangelio cuenta que Jesús bajó con sus padres a Nazaret y “les estaba sujeto” y, mientras tanto, el niño Jesús “crecía en edad, en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres” (Lc 2, 51 – 52).

Estas palabras recuerdan que el crecimiento del Reinado de Dios está escondido; que el silencio y la pobreza son tesoros ocultos; que las cosas de Dios se conocen desde el corazón y en la fidelidad; que el propio Hijo se acostumbró a ser hombre en la oscuridad de lo cotidiano, desde el trabajo anónimo en una aldea pequeña y perdida.

Esta opción divina arroja otro significado a la eficacia, modera frente a las tentaciones de dominar el tiempo, y motiva en medio de la monotonía del trabajo diario. Lo maravilloso y lo novedoso se encuentran en que el mismo Dios ha querido plantar su tienda en lo oculto de lo cotidiano. ¿No es este el milagro más grande?

El *noventa por ciento* de la vida de Jesús (treinta de treinta tres) transcurrió en la insignificante aldea de Nazaret. San Lucas es explícito al respecto (cf. Lc 2, 39 – 40 y 51 – 52). Los Evangelios no cultivan el gusto por el misterio sin más. Por tanto, hay en Nazaret un mensaje que se debe descifrar y actualizar de una u otra manera porque constituye una invitación a compartir más íntimamente la comprensión que Cristo tiene de Su misión y a prolongarla cuidadosamente en la propia vida.

Una de las características más evidentes de Nazaret es su *insignificancia*: no era más que un pueblo pequeño atrasado, desligado de los centros del mundo de aquel tiempo. A la vez, las gentes de Nazaret no tenían la menor idea de los grandes centros metropolitanos. Jesús pasó muchos años en Nazaret, en medio de una población cuyo conocimiento del mundo prácticamente no iba más allá de donde podía alcanzar la vista.

Jesús practica las virtudes ocultas, sometándose a una autoridad, viviendo en dependencia. Es una vida simple, en muchos aspectos monótonos y aburridos, donde lo sensacional o lo apasionante no aparecen por ningún lado. Y Jesús, dice el Evangelio, vivió *sometido*. Jesús vivió en Nazaret el heroísmo de lo ordinario, a esa rutina cotidiana que exige su propia forma de coraje.

Jesús, en Nazaret, *crece* y se llena de sabiduría. Probablemente, desde su condición de persona humana, fueron años a lo largo de los cuales descubrió quién era Él mismo: niño, hijo, Hijo único de Su Padre. Esos años no sólo le sirvieron para unirse a los hombres o para hablar un idioma que les fuese comprensible, sino sobre todo para conocer quién era Él mismo y para tomar progresivamente

conciencia de que Dios era Su Padre. Uno necesita tiempo para crecer, para descubrir quién es y para profundizar en la misión que Dios le ha confiado.

Uno se pregunta si estos años fueron una pérdida de tiempo, si no había cosas más importantes que hacer. Pero, ¿no puede también esta pregunta reflejar el error de no descubrir lo más importante en la vida? Lo fundamental en la vida del creyente es *permanecer en Dios* (cf. Jn 15, 4) y todo lo demás está subordinado a ello. Si se pierde este horizonte vital, todo lo demás carece de valor. Los judíos le preguntan a Jesús, ¿qué hemos de hacer para realizar las obras de Dios? y Él les responde: “La obra de Dios es que crean en Quien Él ha enviado” (Jn 6, 29). El talento fundamental es creer en Cristo.

La lección de Nazaret es que Dios recibe realmente la prioridad en todo y para esto se necesita tiempo. Se necesita estar en el último lugar durante un cierto tiempo para dejar que crezca en mí la convicción de que Dios es lo verdaderamente importante en la propia vida. Para ello, hay que retirarse al propio Nazaret.

Durante los años vividos en Nazaret, aparentemente sólo ocurrió una cosa digna de ser mencionada: su estancia en el Templo sin que lo supieran sus padres (cf. Lc 2, 41 – 50). Sin embargo, tiene un claro significado: la personalidad de Jesús no puede ser comprendida a partir del medio en el que nació y fue educado, sino *sólo a partir de su relación con Dios*, al que Jesús llama Padre. El centro de Su vida y de Su misión era Su Padre. Viene del Padre y sólo para Él vive.

En Cristo no hay sombra de interés propio, porque sabe que Su Padre cuida de Él. Está absolutamente seguro del favor de Su Padre. Al no preocuparse por sí mismo, toda su atención y todo su amor se orientan hacia los demás. Si Jesús no hubiera asimilado intensamente este abandono en la soledad con Su Padre, no habría podido unirse a los demás tan libremente como lo hizo.

En su respuesta en el episodio del Templo se encuentra todo el núcleo del misterio de Nazaret: “¿Por qué me buscan? ¿No sabían que Yo debía estar en la casa de Mi Padre?” (Lc 2, 49). María comprende que la preocupación dominante en la vida de Jesús es *Dios*, a quien Él llama Padre. En el momento en que María encuentra a su hijo, precisamente en ese instante ella lo pierde para siempre porque Jesús es mucho más el Hijo del Padre que su propio hijo.

María va aceptando a Jesús tal como era, lo cual significa que le recibió como diferente; pero no diferente como lo es cualquier ser humano con relación a otro, sino completamente diferente: como el Hijo de Dios, en el sentido pleno de la palabra.

Cuando Jesús abandona el Templo de Jerusalén se lleva el templo consigo. La casa de Su Padre está siempre allí donde Jesús vive, incluso en Nazaret. La conciencia constante que tiene de estar en comunión íntima con Su Padre hace

que toda su vida sea semejante a un templo. Puesto que vivía continuamente en Su Padre, Jesús era realmente un templo viviente.

Lecturas bíblicas:

- Lc 1, 26 – 38: Anunciación
- Lc 1, 46 – 56: el Magnificat
- Lc 2, 1 – 21: Nacimiento
- Lc 2, 22 – 28: Presentación en el Templo

Preguntas:

- 1.- ¿En qué necesito nacer de nuevo?
- 2.- ¿Miro la realidad y a las personas con los ojos de Dios?
- 3.- ¿Ánimo a otros o tan sólo exige que me animen a mí?
- 4.- Escribir el propio Magnificat (cf. Lc 1, 46 – 56)

SEMANA 5: VIDA PÚBLICA DE JESÚS



*En el relato de la creación Dios dice “hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza” (Gén 1, 26). En la venida de Jesús el Cristo, Dios **re-crea** la humanidad. San Pablo escribe que “el que está unido a Cristo es una nueva creación” (2 Cor 5, 17). Este es el milagro que subyace a todos los milagros del Evangelio: Dios reconcilió a la humanidad mediante la muerte y resurrección de Su Hijo. Lo viejo pasó porque se ha convertido en algo nuevo (cf. 2 Cor 5, 17); la reconciliación obrada por Jesús el Cristo ha inaugurado una situación nueva. Al contemplar la vida pública de Jesús uno se hace parte de los episodios, pasando paulatinamente de espectador a protagonista, de un atento comprender y respetuoso asistir hasta llegar a ser interpelado por las palabras y las acciones obradas por Jesús. De esa manera, uno pasa del conocimiento interno de Jesús a un amor por Él que se expresa en un deseo sincero de seguirlo cada vez más de cerca.*

Petición de Gracia

Se sigue pidiendo el conocimiento interno del Señor para mejor amarlo y mejor servirlo (cf. Ejercicios Espirituales N° 109).

La cercanía con Jesús renueve el llamado a seguirlo y con Él y por Él traducir este amor en un compromiso concreto del servicio hacia los demás, dejándole que imprima su sello en la propia vida.

La contemplación es el camino para *sentir y gustar* la presencia del Señor. Por ello, no se trata de escoger muchas contemplaciones y episodios en la vida de Jesús (cf. Ejercicios Espirituales N° 127), sino de profundizar en algunas situaciones de Su vida. Al quedarse con tranquilidad en una contemplación, el suceso evangélico se convierte en un hecho real, en el que el ejercitante participa, porque de verdad Jesús está presente y habla a su corazón.

Cristo es la razón de ser de la vida sacerdotal. Por Él se levanta temprano todas las mañanas o, otras veces, se trasnocha; por Él se muere a los propios placeres y comodidades; por Él se deja parte de la propia vida en cada misión encargada; por Él se acerca a los más pobres, a los enfermos, a los desanimados, a todo aquel que necesita una palabra de aliento. Por Él uno se levanta después de reconocer su caída.

Por ello, la relación con el Señor Jesús tiene que incluir la dimensión *afectiva*, abriéndose y exponiéndose a la experiencia del amor afectivo de Dios hacia uno, llegando a lo más íntimo del corazón. Un seguimiento de Jesús que no haya alcanzado los afectos probablemente será de corto alcance o se hace cada día más difícil mantener el entusiasmo. Si los propios afectos no entran en el seguimiento, entonces aún no hay entrega de la persona completa.

Día 21: Contemplación de la persona y vida de Jesús

¿**Quién** es este Jesús a quien se está llamado a seguir?

Jesús puso la misma interrogante a sus discípulos. En primer lugar, les pregunta: *¿Quién dice la gente que soy Yo?* Pero después les pregunta directamente: *Y ustedes, ¿quién dicen que soy Yo?* Pedro contesta correctamente: *El Cristo de Dios* (Lc 9, 18 – 21). Jesús es el Mesías, el prometido, el enviado por el Padre, para salvar la humanidad. Él es el centro de la historia humana porque atrae hacia sí todas las cosas y redime todo lo creado. Todo tiene salvación a partir de Jesús el Cristo.

Sin embargo, Jesús procede explicando el camino de este Mesías (cf. Lc 9, 22 – 26). Dios escoge el camino de la humildad, proclama las bienaventuranzas, las manifiesta en su vida pobre. Este camino de la humildad es confirmada por el Padre como el camino de Su Hijo al resucitarlo de la muerte (cf. Act 2, 36). Este

es el único camino del Mesías y el único camino para la transfiguración filial de la persona humana.

Efectivamente, Jesús proclama en seguida: *Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése se salvará. Pues, ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina? Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, de ése se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su gloria, en la de su Padre y en la de los santos ángeles* (Lc 9, 26).

Jesús no engaña a aquel que le quiere seguir. No resulta tan difícil aceptar a la Persona de Jesús como el Cristo, pero sí resulta difícil aceptar el camino escogido por el Mesías. No obstante, se trata de una alternativa entre la vida (la aceptación del estilo de Jesús) y la muerte (el rechazo al plan de Dios Padre).

Dios presenta a la libertad humana los **dos caminos**. Toca al individuo y a la comunidad de creyentes decidir y optar. “Mira, yo pongo ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos de Yahvéh tu Dios que Yo te prescribo hoy, si amas a Yahvéh tu Dios, si sigues sus caminos y guardas sus mandamientos, sus preceptos y sus normas, vivirás y te multiplicarás; Yahvéh, tu Dios, te bendecirá en la tierra que vas a entrar a poseer. Pero si tu corazón se desvía y no escuchas, si te dejas arrastrar a postrarte ante otros dioses y a darles culto, yo les declaro hoy que perecerán sin remedio y que no vivirán muchos días en el suelo en cuya posesión vas a entrar al pasar el Jordán” (Dt 30, 15 – 18).

En el Evangelio se presenta a un Jesús que no tiene dónde reclinar la cabeza (pobre), que debe ser reprobado por los ancianos, por los sumos sacerdotes y por los escribas (injuriado y despreciado, humillado). A este Jesús se está llamado a seguir; al Jesús pobre y humillado, con cuya vida contrastan las ambiciones, el afán de éxito, las vanidades, el deseo de posesión, propios del tiempo actual.

La empresa de Jesús, a la cual se está llamado, implica asimilar el propio corazón a las opciones de Jesús, Aquel de las bienaventuranzas, del que va a Jerusalén hacia la cruz, el Jesús del misterio pascual. En el Evangelio queda muy claro como Jesús se esfuerza durante largo tiempo para hacer comprender a los apóstoles que éste es el Mesías que guía hacia la vida, que éste es el camino hacia el Reino.

San Pablo convoca al seguidor de Jesús para que tenga “los mismos sentimientos de Cristo”. Aquel que “siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino se despojo de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz” (Flp 2, 6 – 8).

Ignacio invita para que se entre en contacto profundo con el Jesús del Evangelio, dejando que Él diga quién es mediante lo que Él dijo y hizo durante su vida en Israel. Al niño se le enseña en la catequesis quién es Jesús, pero el adulto cristiano no puede quedarse con estas imágenes porque tiene que descubrir, por sí mismo y en la comunidad, en el encuentro con Jesús, la identidad más profunda de Aquel que llama.

En la segunda semana de los Ejercicios Espirituales se pide que se entre en la conciencia de Jesús, en su corazón de Hijo, en la forma en que Él vive su misión mesiánica de salvación. En la contemplación de este Jesús, se llega a conocerlo para amarlo y entrar en su servicio. En la contemplación de la Persona de Jesús se pide el don de modelar el propio corazón según sus designios y sus misteriosos caminos, sin que uno impida la acción del Espíritu con rígidas intervenciones intelectuales y deductivas. En la contemplación se está con Él y se le escucha.

Contemplación de la vida de Jesús

En las *meditaciones* (primera semana) se aplican las facultades de la memoria, el intelecto y la voluntad (recordar, reflexionar, amar); en las *contemplaciones* se requiere *ver* las personas, *oír* las palabras, *observar* las acciones. En la contemplación uno se hace presente en lo que va pasado, pero esta presencia no es la de un espectador que no se involucra sino la del testigo que se compromete con lo que ve, oye y observa.

La *lectio divina* es una lectura orante de la Sagrada Escritura tendiente a hacer entrar en el plano divino, es un método evangélico para la transformación del corazón al tener un contacto directo con la Palabra de Dios. “Si un texto no te cambia, quiere decir que no lo has leído” (G. Soares-Prabhu). La *lectio divina* tiene *cuatro* etapas:

- ρ **Lectura:** estudiar atentamente el texto
- ρ **Meditación:** encontrar la verdad escondida en el texto
- ρ **Oración:** abrir el corazón a Dios
- ρ **Contemplación:** saborear la presencia amorosa de Dios

Mediante la lectura y la oración, el ejercitante sale de sí mismo, mediante la meditación y la contemplación Dios se acerca y se regala a sí mismo.

La *lectura* de la Biblia es un proceso que consta de tres preguntas claves:

ρ ¿Qué dice el **texto**?

El respeto al texto se expresa en la renuncia a la imposición de cualquier idea previa, a quitarle o acomodarle nada. Se busca una lectura objetiva, humilde. Leer el texto lentamente desde el comienzo hasta el final, releerlo y poco a poco los detalles van apareciendo y cada palabra va haciendo sentir su peso. Se trata de captar las ideas principales,

profundizar en el significado (consultar posibles textos paralelos, leer un comentario, etc.), situar dentro de su contexto, repasarlo en la propia imaginación.

ρ ¿Qué **me** (nos) dice el texto?

Asociar el texto con la vida y con la propia vida, buscando luces que iluminan el sentido profundo de los acontecimientos y discernimiento sobre la propia conducta.

ρ ¿Qué me (nos) **hace decir** el texto?

Puede ser la compunción del corazón, la súplica, el agradecimiento, la entrega.

En la meditación o la contemplación de la vida de Jesús se pueden distinguir tres etapas: (a) el **acercamiento simple** de la infancia o la adolescencia en la catequesis y la predicación cuando por primera vez queda el impacto de los sucesos de Jesús; (b) la **explicación exegética** al estudiar la Biblia para poder comprender mejor el significado de los hechos de Jesús; y (c) la **simplificación contemplativa** cuando se internaliza lo leído y orado, llegando a penetrar las acciones diarias y determinando las propias decisiones a la luz de la vida de Cristo.

Este proceso, en el fondo, es el paso de *haber oído* y el *me han contado* al *ahora te conozco* y *he hecho la experiencia del encuentro*. En palabras de Job: *Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos* (Job 42, 5).

El **fruto** de la contemplación de la vida de Jesús, basada en el Evangelio, es la identificación amorosa con Él para poder seguirlo de verdad y a Su manera. La gracia que se pide es un conocimiento interno del Señor, que por uno se ha hecho hombre, para amarlo mejor y seguirle más de cerca (Ejercicios Espirituales N° 104).

La contemplación de la **vida** de Jesús es el trasfondo para **ordenar** la propia vida según Dios Padre, sea en el caso de hacer la elección de estado de vida sea cuando se busca un reencuentro (una reforma en la reconfirmación) con la vocación original. De la Biblia a la Vida y de la Vida a la Biblia.

Día 22: El Bautismo de Jesús

El bautismo de Jesús inaugura el *comienzo* de Su vida pública. Los Evangelios comienzan con la proclamación del bautismo de Cristo. De hecho, todavía se encuentra la narración del bautismo en el primer capítulo del Evangelio según Marcos (cf. Mc 1, 9 – 11). Mateo y Lucas narran el bautismo en el tercer capítulo (cf. Mt 3, 13 – 17; Lc 3, 21 – 22) porque los capítulos primero y segundo fueron introducidos en una fecha posterior.

El acontecimiento del bautismo contiene *en resumen* todo el Evangelio. Jesús se preparó treinta años por este momento importante en Su vida y, después, necesitó tres años para cumplirlo.

Ya en el episodio del Templo, Jesús había anunciado a Su madre que Él debía de estar *en las cosas de Su Padre* (cf. Lc 2, 49). La voluntad de Su Padre era el eje de Su vida. Al dejar Su casa, Jesús es un hombre solitario. No pertenece a nadie, a ninguna familia, a ningún pueblo. Su misión es la de llevar la Buena Noticia a lo pobres, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos (cf. Lc 4, 18). Jesús pertenece a *todos* – a los pobres, los ciegos, los cautivos, los marginados – y esto significa que era un hombre solitario. Es la *soledad* de pertenecer a todos.

Jesús aparece en el Jordán donde Juan el Bautista está predicando y bautizando. Jesús se incorpora a la multitud y escucha a Juan. El bautismo de Juan es uno de arrepentimiento y perdón de los pecados. No basta ser un hijo de Abraham porque uno tiene que *cambiar* su estilo de vida. Juan se dirige a los judíos y pide su conversión (cf. Mt 3, 1 – 12).

Jesús se siente interpretado por las palabras de Juan y se mete en la cola esperando su turno. Jesús no pide privilegios ni excepciones. Jesús se une a la humanidad y opta para compartir nuestra vida, de solidarizar con la humanidad. Por ello, la solidaridad de Cristo no se reduce a mezclarse con toda la gente sino también implica compartir la culpa y el pecado humano.

Juan se escandaliza pero Jesús insiste porque quiere recibir el bautismo de Juan, es decir, quiere ser tratado como un pecador. Posteriormente, esta solidaridad llega a tal extremo que Jesús se convertirá en pecado. “A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él” (2 Cor 5, 21).

Los cielos se abren y se escucha una voz: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mt 3, 17). Esta frase está sacada del Antiguo Testamento, siendo el primer versículo del primer canto del Siervo de Yahvéh: “He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma” (Is 42, 1). Los

judíos conocían las Escrituras y en esta frase se encuentra una clara referencia a los profecías que hablaban del Mesías que debía de venir.

Los cuatro cantos del Siervo de Yahvéh presentan a este Mesías que había de venir. En estas profecías se pueden destacar tres elementos: (a) el Siervo es enviado para cumplir una *misión* en nombre de Yahvéh (cf. Is 50, 4); (b) el Siervo es enviado para servir al pueblo, para liberarlo (cf. Is 42, 3); y (c) el Siervo pagará el precio, es decir, la entrega completa de sí mismo (cf. Is 53, 3). La vida del Siervo, mediante el dolor, dará frutos.

Al bautizarse, Jesús acepta el contenido de los cuatro cantos sobre el Siervo de Yahvéh. Jesús se vacía para poder cumplir la voluntad de Dios; Jesús se hace totalmente disponible.

Jesús no siguió el ritual del bautismo. Los judíos se acercaban a la orilla del río, inclinaban su cabeza y se efectuaban la inmersión en el agua, después del cual confesaban sus pecados de pie. Sólo entonces se alejaban del lugar. En el caso de Jesús, al salir del agua, Él se aleja sin la confesión de los pecados. Por el contrario, la única confesión que se encuentra es la del Padre que confirma la presencia de Su propio Hijo. Jesús es glorificado por el Padre.

San Pablo explica que los cristianos son bautizados en Cristo, en Su muerte, con Él sepultados por el bautismo para que, al igual que Cristo, también serán “resucitados de entre los muertos por medio de la gloria del Padre” y así “vivir una vida nueva” (Rom 6, 1 – 4). El bautismo significa abrirse y aceptar la opción de Cristo para que él siga viviendo y actuando a través de la vida de cristiano en el hoy de la historia.

Día 23: Tentado en el desierto, Probado en todo

El comienzo de la vida pública de Jesús también está marcada por las tentaciones en el desierto (cf. Mt 4, 1 – 11; Lc 4, 1 – 13). Probablemente, el Evangelio recoge en un episodio las dudas que probablemente acompañaron a Jesús durante todo su ministerio.

Tres son las *tentaciones* y tres son las respuestas de Jesús: (a) frente a la tentación de convertir la piedra en pan, Jesús responde que no sólo de pan vive el hombre; (b) frente a la tentación de recibir el poder y la gloria de los reinos, Jesús contesta que es preciso adorar sólo a Dios; y (c) frente a la tentación de tirarse desde el alero del Templo de Jerusalén para ser defendido por los ángeles, Jesús responde que no hay que tentar a Dios.

ρ “Si eres el Hijo de Dios, ordena que esas piedras se conviertan en panes” (Mt 4, 3)

Es el deseo de apropiarse, más que de recibir; el deseo del controlar la propia vida, en lugar de vivir con las manos abiertas. Los milagros no pueden ser la base de nuestra confianza en Dios; simplemente hay que confiar en Él, ocurra lo que ocurra. Vivir de la Providencia Divina es vivir con las manos abiertas. En el contexto de una sociedad de consumo esto se hace aún más difícil porque se está acostumbrado a tomar todo aquello de lo que uno pueda apropiarse. Por el contrario, Dios invita a vivir en una actitud de receptividad, más que de reivindicación.

ρ “Si eres Hijo de Dios, tírate abajo” (Mt 4, 6)

Es la tentación de restaurar el Reinado de Dios por medios humanos mediante la ostentación, el baño de multitudes, los gestos que impresionan al mundo. Pero todo esto es tan sólo un momento de entusiasmo, en lugar del crecimiento sólido y paciente. Puede ser que el Reinado de Dios progrese en proporción directa al declive de la propia popularidad. Tratar de impresionar a los demás, solicitar su aprobación, pueden ser tentaciones muy reales.

ρ “Todo esto te daré si te postras y me adoras” (Mt 4, 9)

Es la tentación más astuta porque es la de adorar otras cosas distintas de Dios. “Guárdense de los ídolos” escribe Juan (1 Jn 5, 21). El orgullo rara vez es rebelión abierta contra Dios porque sería demasiado burdo; más bien el orgullo siempre coloca algo al lado de Dios. Es el intento en la práctica de servir a dos señores (cf. Mt 6, 24). A veces se deifica un principio o una idea y se somete todo lo demás.

Las tentaciones no se dirigen tanto a cuestionar su misión cuanto a la *manera* de llevarla a cabo. La pregunta clave es ¿Cuál es el estilo mesiánico? ¿Cuál es el

estilo de Dios? Jesús sufre las tentaciones de un mesianismo regalón, populista, brillante, sin esfuerzo y de mucha espectacularidad. Son todos atajos para saltarse la Cruz.

Jesús resiste a las tentaciones porque opta por el estilo de Su Padre, confía plenamente en él, hasta tal punto de estar dispuesto a una aparente impotencia del amor y de la sencillez cotidiana. Hoy también no deja de ser una tentación el apostolado de espectáculo masivo sin llegar al corazón de los hombres y de las mujeres. Uno se pregunta cómo será posible hacer el bien sin recurrir a la eficacia, a la riqueza y al poder.

La contemplación de Jesús tentado en el desierto es una ocasión privilegiada a escucharlo y pedir la gracia de entender su estilo. ¿No sería un momento también para reflexionar sobre el propio estilo apostólico? ¿A qué se da importancia? ¿Qué hay que cambiar?

San Pablo dice que aquel que siembra con miseria, miseria cosecha; él que con generosidad, generosamente cosecha (cf. 2 Cor 9, 6 – 10). ¿Se coloca la generosidad en los medios o en la persona que se entrega con autenticidad confiando en Aquel que es el Protagonista de la Evangelización?

Las tentaciones se desarrollan en el *desierto*, donde no hay escapatoria posible. En su inmensidad no hay más que soledad. Es un lugar en el que no se puede hacer nada, y quizás sea ésta la mayor prueba: no poder hacer nada. Y si pudiera hacer algo, no habría nadie para admirar la obra. No hay más que soledad. El desierto es el lugar de la verdad, que hace ver cuál es la inspiración real de la propia vida. Si se busca a Dios, y sólo a Dios, entonces se puede ir al desierto sin temor, porque se tiene la certeza de que Dios está allí. Pero si, por el contrario, se espera de la vida algo más que Dios, no se debe ir, pues ese más que se busca no se podrá encontrar allí.

Probado en todo

El lugar que ocupa el relato de las tentaciones, inmediatamente después de la narración del Bautismo, revela la importancia que los evangelistas concedían a este suceso. La realidad de las tentaciones en la vida de Jesús contienen una Buena Noticia porque (a) se resalta un Jesús que *fue probado en todo* de la misma manera que todos (cf. Heb 2, 17 – 18; 4, 15), y (b) *ilumina* al discípulo cómo enfrentar las tentaciones.

Por una parte, “no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas” (Heb 4, 15), y, por otra parte, “habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados” (Heb 2, 18).

En la vida de Jesús, las tentaciones fueron una realidad: la tentación de abusar de su poder constituía para él un peligro siempre actual. Durante toda su vida, y hasta el final, Jesús tuvo que afrontar situaciones que ponían en juego la significación y el espíritu de su misión. Estas tentaciones no se limitan al episodio del desierto sino están diseminados a lo largo de Su vida.

ρ Frente a la pregunta de ¿quién soy Yo?, Pedro contesta “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (cf. Mt 16, 13 – 23). Entonces Jesús comienza a explicar el escándalo de la cruz y preparando a los apóstoles mediante el primer anuncio explícito de la Pasión. Pero Pedro lo toma aparte y trata de disuadirlo. Jesús reacciona: “¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tropiezo eres para mí, porque *tus pensamientos no son los de Dios*, sino de los hombres!”.

Es la tentación de preferir el éxito humano al sufrimiento. La tentación propuesta por Pedro es muy razonable y justamente en eso radica su mayor peligro. Toda tentación es razonable, de lo contrario no sería realmente seductora. Siempre hay algo de bueno, de sensato, en el mal que atrae. Pedro juzga según criterios humanos, pero Jesús está guiado por la voluntad de Su Padre. En su primera respuesta, Pedro reconoce en Jesús al Mesías, al que quería seguir; pero en el segundo pasaje se atribuye el papel de guía, sabiendo qué es lo mejor y quiere convertir a Jesús en discípulo suyo.

ρ “Acercáronse entonces los fariseos y saduceos y, para ponerle a prueba, le pidieron que les mostrase una señal del cielo” (Mt 16, 1).

Parece una petición razonable porque se piden pruebas de autenticidad. Si alguien reclama algo, qué de pruebas de ello. El problema es que los escribas y los fariseos, bien versados en las Escrituras, quieren que Jesús muestre su *conformidad* con la imagen que *ellos* se habían hecho del Mesías. El peligro que se esconde tras su petición es grave porque afecta a la naturaleza misma de la misión de Jesús: su falsa interpretación de la Escritura había producido en ellos ciertas ilusiones. Es la tentación de responder a expectativas, responder a las esperanzas de otros, ceder al respeto humano, satisfacer sus deseos, en lugar de ser auténticamente uno mismo. Jesús no cae en la trampa porque lo que gobierna Su vida es la voluntad del Padre, no las expectativas humanas, porque sobre esa voluntad se construye el Reinado de Dios.

ρ “¡Abbá, Padre!; todo es posible para Ti; aparta de Mí este cáliz; pero no sea lo que Yo quiero, sino lo que quieras Tú” (Mc 14, 36).

Esta tentación es un auténtico combate (agonía, en griego). Se encuentra una diferencia entre lo que yo quiero y lo que tú quieras. Pero en esta oposición sigue siempre firme el abandono: que sea como tú lo quieras. Jesús tuvo que luchar, hasta sudar sangre, para mantenerse fiel a su misión.

ρ “Le dijeron sus hermanos: ‘Sal de aquí y vete a Judea, pa5ra que también tus discípulos vean las obras que haces, pues nadie actúa en secreto cuando quiere ser conocido. Si haces estas cosas, muéstrate al mundo’. Es que ni siquiera sus hermanos creían en Él” (Jn 7, 2 – 5).

Incluso su familia fue para Jesús fuente de tentación. La situación no deja de ser atractiva: si Jesús hace milagros, sus parientes desean que se muestre. ¿Por qué no realizar estos milagros en Jerusalén donde tendrán más repercusiones? Quien quiere afirmarse no actúa a escondidas. Pero Juan aclara que sus parientes no creían en él. Por ello, su interés era más bien para sacar provecho de los talentos de Jesús. Evidentemente, Jesús rechaza este enfoque de abusar de los propios talentos al margen de la misión.

Jesús fue tentado en su vida *cotidiana*. Lo que siempre estaba en juego era el *método* de su apostolado. Nunca se ponía en cuestión el Reinado de Dios en sí mismo sino sólo la manera de establecerlo. La tentación consistía en ceñirse la corona sin tomar la cruz, en instaurar el Reinado por el camino del éxito en lugar de hacerlo por la vía del fracaso, en escoger la popularidad en lugar del sufrimiento, en preferir un planteamiento superficial y egoísta para su vida en lugar de la voluntad de Dios Padre.

El Jesús tentado es un Jesús *cercano* porque uno se siente comprendido en su debilidad y en su lucha; además, con Su ayuda, se tiene la seguridad de que en el abandono y en la confianza se aliviará el camino con tal que se opte por el camino de Dios. “No han sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es dios que no permitirá sean tentados sobre sus fuerzas. Antes bien, con la tentación les dará modo de poderla resistir con éxito” (1 Cor 10, 13).

Día 24: Jesús Libera

Una y otra vez Jesús aparece en el Evangelio invitando a *superar el miedo*. El miedo es una experiencia central de la vida humana que hace tomar conciencia de ser criaturas frágiles y amenazadas de muchas maneras por la muerte.

Esta experiencia puede ser un camino que acerque a Dios, al reconocer la propia necesidad de salvación; pero, en el momento que nace de una falta de confianza, más bien debilita la fe y puede llegar a tener efectos paralizantes.

El *no temas* aparece varias veces en los labios de Jesús, invitando a depositar en Él la confianza cuando las situaciones se presentan como agobiantes.

π A los discípulos en medio del lago, cuando se asustan en medio de la tempestad, Jesús les dice: “¿Por qué están con tanto miedo? ¿No tienen fe?” (cf. Mc 4, 35 – 41).

π Pedro, cuando se iba hundiendo en el agua al caminar hacia Él sobre el mar, suplica “¡Sálvame, Señor!”. Jesús responde: “¿Qué poca fe tienes! ¿Por qué dudaste?” (cf. Mt 14, 22 – 33).

π La mujer, que tenía un flujo de sangre, tiene miedo porque iba a ser descubierta y todos se iban a enterar de su condición de impureza y de su atrevimiento al tocar a Jesús, escucha las palabras: “Ánimo, hija, por tu fe te has sanado” (cf. Mt 9, 18 – 22).

π Jairo, uno de los jefes de la sinagoga, teme por la vida de su hija, pero Jesús le asegura: “No tengas miedo; cree solamente” (cf. Mc 5, 21 – 43).

π A sus discípulos, Jesús les asegura: “No tengan miedo (...), el Padre en su bondad ha decidido darles el reino. Vendan lo que tienen, y den a los necesitados; procúrense bolsas que no se hagan viejas, riqueza sin fin en el cielo, donde el ladrón no puede entrar ni la polilla destruir” (cf. Lc 12, 32 – 34).

En la propia vida hay momentos cuando uno se siente asediado por muchos miedos, reales y fantasmas. La oración es un momento privilegiado para enfrentar con toda honestidad los propios miedos y realizar un acto de plena confianza en el Señor en la actitud humilde de la criatura que reconoce a su Creador. También es un momento de presentar al Señor los miedos de tantas personas conocidas para que el Señor les consuele.

Otra forma de miedo que nos quita la libertad es la *ansiedad de poseer*. Poseer, guardar, acumular son una forma de proteger y ocultar el propio desvalimiento. Pero Jesús pide una confianza capaz de renunciar a todas esas precauciones y

seguridades; una fe que se arriesgue a dejar el cuidado de la propia vida en las manos del Padre (cf. Lc 12, 22 – 31).

π “No andan preocupados pensando qué van a comer para poder vivir, no con qué vestido van a cubrir su cuerpo. Porque la vida vale más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido” (Lc 12, 22 - 23).

π “No anden afligidos” porque “ustedes tienen un Padre que ya conoce sus necesidades” (Lc 12, 29 – 30).

π “No se venden cinco pajarillos por dos monedas? Sin embargo, Dios no se olvida de ninguno de ellos. En cuanto a ustedes mismos, hasta los cabellos de la cabeza los tienen contados uno por uno. Así que no tengan miedo: ustedes valen más que muchos pajarillos” (Lc 12, 6 - 7).

Jesús ha prometido Su presencia hasta el fin de los tiempos. “Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).

En el Evangelio se encuentran tres situaciones donde el encuentro con Jesús produce una profunda liberación: la *samaritana* (cf. Jn 4, 1 – 42), el *ciego de nacimiento* (cf. Jn 9, 1 - 41), y *Lázaro* (cf. Jn 11, 1 – 44). En las tres narraciones encontramos una dinámica parecida:

ρ Un *contexto* de tradiciones y costumbres estériles: los judíos no entrar a relacionarse con los samaritanos (cf. Jn 4, 9) y un hombre no suele hablar con una mujer en público (cf. Jn 4, 27) en el caso de la samaritana; la ceguera es consecuencia del pecado (cf. Jn 9, 14.24) y el que no guarda el sábado no puede venir de parte de Dios, en el caso del ciego.

ρ Un *ambiente* de falta de comprensión y de entendimiento por parte de los discípulos (los discípulos quedan sorprendidos – cf. Jn 4, 27; los discípulos preguntan por quién pecó – cf. Jn 9, 2; los discípulos piensan que Jesús se refería al sueño – cf. Jn 11, 13), como también la murmuración de los judíos (Jesús era un pecador – cf. Jn 9, 24; Jesús pudo haber evitado la muerte de Lázaro – cf. Jn 11, 37).

ρ La *iniciativa del encuentro* surge de Jesús: a la samaritana le pide de beber (cf. Jn 4, 7), al ciego le coloca barro sobre los ojos (cf. 9, 6), y decide volver a Judea para resucitar a su amigo Lázaro (cf. Jn 11, 7).

ρ No obstante, *toma su tiempo*, sin prisa: emprende diálogos, entra en relación con la persona, hace observaciones para reflexionar sobre dimensiones más profundas (a la samaritana habla sobre el agua viva

– cf. Jn 4, 10; al ciego le pregunta sobre el Mesías – cf. Jn 9, 35; a Marta le pregunta sobre la vida eterna – cf. Jn 11, 25).

ρ Son diálogos que *provocan* una fuerte reacción en los oyentes (la samaritana se pregunta si no será este el Cristo – cf. Jn 4, 29; el ciego proclama que él cree – cf. Jn 9, 38; y Marta declara que Jesús es el Cristo – cf. Jn 11, 27).

ρ Jesús reconoce la acción de Su *Padre* y lo refiero todo a Él: a la samaritana le dice cuál es la verdadera adoración que complace al Padre (cf. Jn 4, 23), en la curación del ciego recuerda que el milagro es manifestación de la acción de Dios Padre (cf. Jn 9, 3), y se dirige al Padre en el caso de Lázaro para agradecerle su escucha (cf. Jn 11, 42) y le pide una señal para que otros se den cuenta.

Las tres personas (la samaritana, el ciego de nacimiento y Lázaro) son primicias de la Resurrección porque ya están experimentando en sus propias existencias el regalo de la vida al reconocer al Mesías; estaban en la mentira y alcanzan un conocimiento que desemboca en la fe; eran tres disidentes, arrinconados en la exclusión, y Jesús los integra en un ámbito nuevo.

Jesús se revela como el Señor de la vida, como Aquel capaz de vencer todas las negatividades de la existencia, de toda la sed, de todas las noches, de todas las lágrimas. Sin embargo, los judíos lo rechazan porque no lo reconocen (cf. Jn 9, 29), y los sumos sacerdotes y los fariseos deciden darle muerte (cf. Jn 11, 53). Es el precio de encontrar la Vida. El dador de agua viva es el mismo que se hunde en el sequedal espantoso de la pasión; El que da luz conoce el rechazo de las tinieblas; el viviente se adentra en el reino mismo de la muerte.

Día 25: Las Bienaventuranzas

En las Bienaventuranzas (cf. Mt 5, 1 – 12; Lc 6, 20 – 23) se encuentra un *resumen* de toda la enseñanza de Jesús. De hecho, constituyen el núcleo del Sermón de la Montaña, en el que los evangelistas reunieron sus principales enseñanzas en una especie de discurso inaugural insertado al comienzo del ministerio de Jesús. Es interesante caer en la cuenta de que el Sermón de la Montaña está dirigido en primer lugar a sus *apóstoles* (cf. Mt 5, 1); en el relato paralelo, Lucas señala con mayor claridad aún que aquellas palabras se dirigían directamente a sus apóstoles (cf. Lc 6, 12 – 13 y 17 – 20). Esto no quita que una gran muchedumbre de hombres y mujeres rodea a los apóstoles (cf. Mt 5, 1; Lc 6, 17 – 18).

Si las Bienaventuranzas son alentadoras e inspiradoras es precisamente porque no son ningún tipo de exigencias; simplemente afirman que determinadas personas son dichosas. No son una ley sino una *Buena Noticia*, un Evangelio. En el fondo, las Bienaventuranzas proclaman a *Dios*, porque Él es el sujeto de ellas, ya que nos indican de quién es Dios. Las Bienaventuranzas hablan más de Dios, de quién es *Dios Dios*, que del ser humano.

Las Bienaventuranzas tienen una especie de *presupuesto* básico, una preparación que las precede y que constituye el corazón de la Buena Noticia, a saber, que el ser humano es amado por Dios y que sus pecados han sido perdonados; que el Reinado de Dios está en medio de la humanidad; que el tiempo de la salvación ha llegado; que los dones de Dios rodean a los seres humanos por todas partes; que todos son hijos de Dios a Quien pueden llamar “Padre”.

Las Bienaventuranzas son un ejemplo de perspectiva totalmente *positiva* porque no destruyen sino más bien construyen. La verdadera victoria del mal consiste a menudo en que obliga a hacer justamente aquello contra lo que se intenta resistir, de tal manera que se llega a hacerse culpable del mal contra el cual se está luchando. ¿Cuántas veces uno se pronuncia contra la injusticia, a pesar de ser uno injusto? ¿Cuántas veces se censura el autoritarismo, siendo uno autoritario? El mal puede vencer muy fácilmente al esforzado campeón del bien poniendo en sus manos el arma adecuada. Pero, una de las virtudes más sublimes de las Bienaventuranzas consiste en que preservan incontaminado el bien en medio mismo del mal, hacen resaltar lo positivo sin mezcla alguna de negatividad. Es un llamado a entrar por un nuevo y extraño camino, aunque se requiere mucha fe para perseverar en él.

π Bienaventurados *los pobres de espíritu*, porque de ellos es el Reino de los Cielos (Mt 5, 3)

Mientras que casi todas las otras Bienaventuranzas están en futuro, no deja de ser interesante constatar que la primera está en presente. Dios Padre se declara desde ya como su Dios. En nuestra sociedad de consumo cuesta asumir este espíritu de austeridad. En lo que se refiere a la posesión de bienes materiales, el día de su profesión ha constituido para muchos religiosos su punto más bajo porque el noviciado les había despojado radicalmente de todo lo superfluo. Pero desde el día de la profesión, la curva empezó a hacerse ascendente. Por una parte, hay que considerar sinceramente las necesidades físicas, psicológicas y espirituales para luego, con la misma sinceridad, determinar aquello que es realmente necesario.

π Bienaventurados los *mansos*, porque ellos poseerán en herencia la tierra (Mt 5, 4)

La mansedumbre evangélica es fruto de una profunda toma de conciencia del amor que Dios tiene, tal como es la persona, sin condiciones. Al convencerse de este amor-aceptación de Dios, entonces se puede ser manso, porque si uno tiene tanto valor para Dios, no hay ninguna necesidad de auto-afirmarse. La certeza de la infinita ternura que Dios por uno, libera de todo interés propio y, por consiguiente, uno puede abrirse a los demás y cumplir la tarea sin darse importancia. Hay personas que tienen un exceso de fricciones internas porque se buscan demasiado a sí mismas en su trabajo, hasta el punto de que su mayor preocupación la constituye su propia persona y la opinión que los demás puedan tener de ellas. Estas personas gastan mucha energía y, sin embargo, hacen relativamente poco. Justamente lo contrario de los mansos del Evangelio que no se toman a sí mismos demasiado en serio y su profundo sentido del humor les preserva del fanatismo, ya que al estar firmemente convencidos de que son amados por Dios, son capaces de considerar todo lo demás como relativo. La mansedumbre no significa en absoluto debilidad sino que, por el contrario, el manso posee una fuerza extraordinaria que hunde sus raíces en el propio Dios.

π Bienaventurados los que *lloran*, porque ellos serán consolados (Mt 5, 5)

La condescendencia es la actitud del fuerte para con el débil. La compasión es la capacidad de compartir el dolor del otro, de acompañarlo en el sufrimiento. Ayudar al otro sin esa comprensión previa carece de significación. Puede ser que a veces el problema consiste en esforzarse enormemente por ayudar, pero olvidándose de esta atención humana, y entonces puede suceder que el remedio sea más hiriente que liberador.

π Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mt 5, 6)

La sed de justicia es la sed de lo que Dios quiere. Si esta sed procede de Dios, entonces crecerán también los frutos del Espíritu: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí (cf. Gál 5, 22).

π Bienaventurados los *misericordiosos*, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt 5, 7)

La misericordia ofrece al otro siempre e incesantemente la posibilidad de empezar de nuevo. Lejos de encerrar el otro en su pasado y de encadenarle al mal que ha hecho o a las faltas que ha cometido, le ofrece la posibilidad de volver a empezar. A veces, la misericordia implica la capacidad de perdonar al otro. El perdón libera de todo resentimiento u proporciona la paz con la que sólo Jesús puede dar.

π Bienaventurados los *limpios de corazón*, porque ellos verán a Dios (Mt 5, 8)

En el Antiguo Testamento era imposible ver a Dios y seguir vivo. Yahvéh dice a Moisés: “Mi rostro no podrás verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo” (Ex 33, 20). Sin embargo, en esta bienaventuranza se establece que aquellos con un corazón limpio verán a Dios. Tener el corazón limpio significa no tener más que un objetivo: el propio Dios. “La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso” (Mt 6, 22). Es la manera de mirar la que, muchas veces, determina lo mirado. La belleza yace en el ojo de aquel que mira, escribe John Keats. San Ignacio repite constantemente que se puede encontrar a Dios en *todo*; san Juan de la Cruz repite con la misma constancia que a Dios no se le puede encontrar sino por el camino de la *nada* porque mientras se encuentra satisfacción en algo, por santo que sea, se debe renunciar a ello. Estas dos posturas podrían aparecer como excluyentes, pero, de hecho, dicen lo mismo desde perspectivas distintas. El que busca a Dios, y sólo a Dios, lo encontrará en todas partes (Ignacio); a la vez que a través de la nada se encontrará ciertamente a Dios (Juan de la Cruz)

π Bienaventurados los que *trabajan por la paz*, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mt 5, 9)

Trabajar por la paz parece una tarea frustrante. Además puede dar lugar a un mal entendido porque algunos entienden este esfuerzo como un simple conformarse a lo existente, mientras que otros no entienden como esta opción puede aliviar su pobreza y su dolor. No obstante, construir la paz es algo absolutamente acorde con la misión de Jesús. No es fácil buscar y preservar la unidad en la diversidad.

π Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos (Mt 5, 10)

La persecución es parte de la herencia del discípulo del Señor (cf. 1 Jn 3, 13). La participación en la construcción del Reinado de Dios en la tierra implica seguir el ejemplo de Jesús (cf. Jn 15, 18 – 20). El rechazo y el desprecio pueden ser un signo de que realmente se está buscando el Reinado de Dios y no uno propio y a la medida de uno. Sin embargo, a veces, el ser perseguido puede constituir una manera de auto-afirmarse y hacerse relevante en la sociedad. Por ello, lo importante no es buscar el rechazo sino buscar la construcción del Reinado de Dios al estilo de Dios.

De hecho, se encuentran otras *tres* bienaventuranzas en los **Evangelios** y otras *dos* en la experiencia de la **Iglesia primitiva**.

π “Dichoso aquel que no halle escándalo en Mí” (Mt 11, 6). Cuando Jesús visitó a Nazaret y enseñaba en la sinagoga, la gente quedó asombrada porque *¿no es éste el hijo del carpintero?*. Entonces, “se escandalizaban a causa de Él” (Mt 13, 57) y Jesús no pudo realizar muchos milagros “a causa de su falta de fe” (Mt 13, 58).

π Dichosos “los que oyen la Palabra de Dios y la guardan” (Lc 11, 28) en el contexto de cuál es la verdadera dicha. Una mujer alza la voz diciendo “¡dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!”, pero Jesús señala que la verdadera alegría se encuentra en escuchar y practicar la Palabra recibida.

π “Dichosos los que no han visto y han creído” (Jn 20, 29) en el contexto de la incredulidad de Tomás.

π En la despedida a los presbíteros de Éfeso, Pablo, recordando “las palabras del Señor Jesús”, les enseña que “mayor felicidad hay en dar que en recibir” (Hechos 20, 35).

π Por último, en el Libro del Apocalipsis, se afirma que son “dichosos los muertos que mueren en el Señor” (Ap 14, 13).

Estas bienaventuranzas indican *dónde* y *cómo* se encuentra la auténtica felicidad: si quieres ser feliz, entonces... Las bienaventuranzas son el camino que conduce a la verdadera felicidad.

Lecturas bíblicas:

- Mt 3, 13 – 17: Bautismo de Jesús
- Mt 4, 1 – 11: Tentación en el desierto
- Mt 5, 1 – 12: las Bienaventuranzas
- Lc 6, 20 – 23: las Bienaventuranzas
- Jn 4, 1 – 42: Encuentro de Jesús con la samaritana

- Jn 9, 1 – 41: La curación del ciego de nacimiento
- Jn 11, 1 – 44: La resurrección de Lázaro

Preguntas:

- 1.- **Con Cristo:** ¿Quién es Cristo para mí?
- 2.- **En Cristo:** ¿Soy un Cristo para los demás?
- 3.- **Por Cristo:** ¿Son los demás un Cristo para mí?

SEMANA 6: La Pasión de Jesús



Ignacio de Loyola propone contemplar la Pasión del Señor durante la Tercera Semana. No se trata tan sólo de meditar con la razón sino de hacerse presente con todo lo que uno es y fijarse en la Persona de Jesús doliente y sufriente. Su dolor es el objeto de la contemplación y el ejercitante está invitado a acompañar a este Señor sufriente.

Petición de Gracia

Pedir la gracia del dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados va el Señor a la Pasión Ejercicios Espirituales Nº 193

Hay **tres** maneras de meditar la Pasión de Jesús:

- (a) la **histórica** (Vía Crucis), la cual produce compasión;
- (b) la **existencial** (lo hizo para mí), la cual produce gratitud;
- y (c) la **Trinitaria**, la cual produce adoración.

Día 26: El dolor humano

No es fácil entender y hacer bien las meditaciones de la Pasión, aunque se han meditado tantas veces y probablemente es aquella parte de la vida de Jesús que más se conoce. La razón es que, al contemplar el dolor de Jesús, se presenta el **propio** dolor como también la pregunta por el **sentido** del dolor en la vida.

El dolor produce instintivamente **rechazo** porque no se ha nacido para sufrir. Una de las grandes tareas humanas es luchar contra el dolor, sea el propio como el de los demás. Uno de los peligros de la cultura cristiana es reducir el mensaje de Cristo a uno de cruz, cuando la cruz sólo se entiende desde la Resurrección.

El mensaje de Cristo no es un mensaje de cruz sino uno de luz, de esperanza, de gozo. Afirmar lo contrario sería masoquismo. El problema es que se ha acostumbrado a la **cruz**. Este signo se ha convertido, con el paso de los siglos, en un simple adorno porque existen cruces bonitas y bellas. Se ha hecho de la cruz una obra de arte, cuando, en toda verdad, la cruz en sí es repugnante.

Se ha perdido ese escalofrío de rechazo que produce el **patíbulo**, la ejecución infamante, la muerte atroz de un inocente. Si un día entrásemos en un iglesia y en el altar se encontrara una imagen de Cristo colgado de una horca, los ojos inyectados, la lengua fuera, .. se sentiría un enorme malestar. Pues, la horca, como la cruz, no es más que un patíbulo degradante.

Devolver a la cruz ese horror es simplemente necesario para poder acercarse a Alguien que ha hecho la misma experiencia que es íntimamente conocida por todo y cada ser humano. El dolor de Jesús fue auténtico: *mi alma está triste hasta el punto de morir* (Mc 14, 34) y *¿por qué me has abandonado?* (Mc 15, 34). El dolor de Jesús fue una agonía y la cruz fue horrorosa.

El dolor **no es neutral**. Hay que optar frente a ello. Esta opción no quita el horror frente al dolor pero le marca la dirección en el camino de la propia vida. No hubo más que dos ladrones junto a Cristo en la cruz: uno se abrió por el dolor y el otro se cerró frente a él (cf. Lc 23, 39 – 43). La alternativa es asimilar el dolor aprendiendo a ser compasivo o traducirlo en una amargura estéril.

Existe el dolor **cotidiano** que nace de las propias limitaciones y contingencia. Es la tensión vital que se convierte a veces en una verdadera contradicción dolorosa cuando uno se enfrenta con su angustia al vivir el abismo entre lo que uno **es** y lo que uno **desea** ser, entre lo que se **quiere** hacer y lo que de **hecho** hace; es la impotencia ante una realidad que no se puede cambiar; es el dolor de la creatura que se reconoce limitada y no omnipotente.

Este dolor se expresa en tristeza, miedo, aburrimiento, asco y también ausencia de Dios. Es lo que contemplamos en el Getsemaní (cf. Lc 22, 39 – 46).

Probablemente, si no hubiera la constatación en el relato de los Evangelios, no se hubiera atrevido a pensar que Jesús pasó por aquello que cada uno conoce en su propia vida diaria.

Esta experiencia de Jesús es tremendamente consoladora porque se puede relacionar con alguien que sabe de lo que uno está hablando. A la vez, no deja de sorprender este Dios que está dispuesto a pasar por tanto dolor. Las palabras en la Carta a los Hebreos producen un profundo impacto: se asemejó en todo a sus hermanos y habiendo sido probado en el sufrimiento puede ayudar a los que se ven probados (cf. Heb 2, 17 – 18). Jesús ha recorrido ya este camino del dolor.

El mal es un misterio, pero la propia vida enseña que el dolor purifica, humaniza, afina el alma. El dolor puede ser una ocasión para abrirse a los demás. Abre, en la misericordia, al dolor de los demás. Cristo sigue en el huerto. El Cristo místico sigue sufriendo y hay muchas personas que están tristes, con miedos, aburridos y sufriendo la ausencia de Dios. Vale preguntarse si el propio dolor es una ocasión para encerrarse en uno mismo o para abrirse al otro para acompañarlo. ¿Qué dirá Jesús sobre cada uno? ¿se está dormido frente al dolor del otro?

Día 27: Frente al tribunal

A veces en la propia vida uno se siente *invadido* por el otro porque estorba, asedia, condiciona, obliga a hacer lo que no se quiere hacer o no se tiene ganas de hacer; otras veces el otro irrumpe en la vida de uno mediante sus críticas o se inmiscuye en la propia vida con sus problemas; el otro a veces limita el tiempo de uno mediante sus peticiones, sus imposiciones y sus necesidades. Vivir es convivir: se vive con el otro y se sufre con y por el otro.

Por ello, hay un dolor que viene *desde* fuera de uno. Jesús, en la Pasión, pasó por varios tribunales que le hicieron sufrir mucho y que también se reconocen en la propia vida.

ρ El tribunal de la **envidia**. El *Sanedrín* se reúne precipitadamente para juzgar a Jesús porque Él es la competencia y hace sombra sobre la actuación de los sacerdotes (cf. Jn 18, 12 –14). Es la experiencia de ser criticado, no comprendido, no estimulado en el propio trabajo. A veces, es un dolor producido sin ninguna intención porque ni siquiera se da cuenta el otro.

ρ El tribunal de la **soledad**. El dolor es mayor cuando son los amigos y los cercanos que dejan a uno solo, tal vez cuando más se necesita del otro. Después de una convivencia diaria de tres años con sus *apóstoles*, Jesús se encuentra totalmente solo durante su horrible agonía (cf. Mc 14, 50). Es preciso aprender a vivir con la soledad sin amargarse, dolor sí pero no encerrarse.

ρ El tribunal del **egoísmo**. *Pilato* no es un mal hombre. Ni siquiera desea el mal para Jesús y trata de defenderlo. Pero se deja presionar y condicionar por los otros. Antepone sus intereses políticos a la justicia (cf. Jn 19, 12 – 16). Uno está consciente de que en la propia vida, por una parte, se deja llevar por los propios intereses, y, por otra parte, también se siente manipulado por otros.

ρ El tribunal de la **frivolidad**. *Herodes* sólo busca un rato de diversión (cf. Lc 23, 8 – 12). Es terrible ver a Jesús convertido en un objeto de diversión y de distracción. Jesús no habla. En el Sanedrín se defiende (cf. Jn 18, 20 – 21) y dialoga con Pilato (cf. Jn 18, 28 – 19, 11), pero en la presencia de Herodes se queda callado. Hoy en día uno se topa con esta frivolidad, con personas que no desea ser cuestionada, que no se molesta en profundizar. El trabajo apostólico encuentra a veces esta muralla.

ρ El tribunal de la **ingratitude**. El **pueblo** al que Jesús curó, al que Jesús enseñó, al que Jesús dio de comer, esta misma gente, llegado el momento de la verdad, prefiere a Barrabás (cf. Mt 27, 17). En la pastoral también uno se encuentra con la ingratitude, ni siquiera consciente por parte de otros. Las personas se acercan cuando tienen problemas y tienden a acordarse de uno en los momentos de dificultad. Y no hay mala voluntad porque la vida es así. Pero también vale la pena preguntarse si en la pastoral uno es agradecido con los colaboradores o se toman por supuesto. Otras veces uno se siente que está pasado de moda, que se va envejeciendo, que ya no le piden algunas cosas, que viene gente más joven a reemplazarlo a uno. Es la ley de la vida, pero igual duele profundamente. Es el momento de acordarse de las palabras de Juan el Bautista: *es preciso que Él crezca y que yo disminuya* (Jn 3, 30).

El propio dolor nos ayuda a vislumbrar el inmenso sufrimiento de Jesús y, a la vez, presentarlo a Aquel que sabe de qué se está hablando. Compartir el dolor es tremendamente sanador, sentirse comprendido es liberador, y acompañar a Jesús frente a su dolor es propio del **discípulo**.

Hay que estar consciente de que una cuota del dolor en la propia vida ni siquiera es culpa de otros. “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34). Pero es preciso reconocerlo para no amargarse y cerrarse frente a otros. Más bien, al estilo de Jesús, el dolor debería ser una escuela de abandono en Dios Padre y crecimiento en misericordia para acompañar desde dentro el dolor en la vida de otros.

Día 28: Arriesgarse, ¿Miedo o permanencia?

A todos conmueve y llena de admiración el gesto o el comportamiento de una persona que ha ido más allá de lo razonable, de lo lógico, de lo humanamente exigible; aquel que arriesga su vida por otros, aquel que permanece junto a los están en situaciones de alto riesgo; aquel que no ha tenido en cuenta a sí mismo y, sin calcular ni medir, ha arriesgado su vida hasta perderla.

Pero también hay quien se queda en sus pequeñas satisfacciones sin arriesgarse. Este es el caso de los invitados al banquete que de a uno van presentando sus excusas: ver el campo comprado, probar las cinco yuntas de bueyes comprados, recién casado (cf. Lc 14, 15 – 20). También es la situación del joven rico que renuncia al seguimiento porque estaba muy apegado a sus muchos bienes (cf. Mc 10, 17 – 22). Estas personas prefieren y optan por lo ya conocido, por lo que ya tienen, y no se arriesgan frente a lo novedoso. En el fondo, no depositan su confianza en Aquel que llama, invita y ama.

Por el contrario, en su vida Jesús estás siempre dispuesto a salir de sí mismo frente a la necesidad de los otros. Él tiene *compasión* frente al hambre de la gente (cf. Jn 6, 5 – 11 – multiplicación de los panes); se *conmueve* frente al dolor (cf. Jn 11, 33 – la resurrección de Lázaro); *acoge* a los rechazados (en Lc 15, 2 lo acusan de acoger a los pecadores); y se *identifica* con aquellos que sufren todo tipo de necesidades (cf. Mt 25, 31 – 46 – el juicio final).

La Pasión de Jesús es la expresión máxima, pero consecuente y coherente, de una vida de entrega. Justamente, su gesto antes de la Pasión es entregarse en la Eucaristía. En la Pasión avala el gesto eucarístico con la entrega de su propia vida.

¿Miedo o permanencia?

La reacción humana ante el gozo es la de retenerlo y prolongarlo (cf. Mc 9, 5 – el hagamos tres tiendas para perpetuar el momento de la Transfiguración). En cambio, ante el sufrimiento, tanto el propio como el ajeno, la tendencia es la de *huir*, escapar, desentenderse.

Así, los discípulos se resisten a entender que el camino de Jesús pasaba por una cruz (cf. Mc 9, 32); se duermen en Getsemaní, probablemente para evadirse (cf. Mc 14, 37); huyen en el momento del prendimiento (cf. Mc 14, 50); y Pedro llega a negar que lo conocía (cf. Mc 14, 66 – 72). Pero también se encuentra la *fidelidad* de Su Madre, la hermana de su madre, María la Magdalena y Juan, que permanecen junto a la Cruz (cf. Jn 19, 25 – 26).

Al contemplar la Pasión del Señor es preciso optar por huir o permanecer.

En el último discurso de Jesús, relatado por san Juan, el tema de la permanencia se presenta en la imagen de la vid verdadera (cf. Jn 15, 1 – 10). “El que permanece en mí y yo en él, éste da mucho fruto; porque separados de mí no pueden hacer nada” (5). “Si permanecen en Mí, y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y los conseguirán” (7). “Como el Padre me amó, Yo también les he amado a ustedes; permanezcan en mi amor. Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (9 – 10).

El amor auténtico se expresa concretamente en la fidelidad y sólo la fidelidad sabe de la permanencia. Es hora de preguntarse: ¿Eres Eucaristía para Jesús y para los otros?, ¿Permaneces en el amor a pesar de todo?

Día 29: La realidad y el escándalo de la Cruz

El seguimiento de Cristo pasa por la realidad de la **cruz**. “No está el discípulo por encima de su maestro, ni el siervo por encima de su amo” (Mt 10, 24). El auténtico seguimiento tiene que ser lúcido y realista. No se trata de seguir a Cristo, sino de seguirlo **pobre, humilde y crucificado**.

No es que se busque la cruz, sino que la cruz surge en el camino y en eso Jesús no engaña al discípulo. Este conocimiento es clave no tan sólo para estar consciente en el camino de seguimiento, sino también para fortalecerse y no desertar cuando aparece esta realidad. La unión íntima con Cristo, la identificación con él, es a veces lo único que mantiene fiel en este caminar.

El **miedo** frente a la realidad de la cruz puede paralizar. La Carta a los Hebreos advierte frente al peligro de que por miedo a la muerte se pasa la vida bajo el signo de la esclavitud (cf. Heb 2, 14 – 15). El que tiene miedo a la muerte pasa la vida muriendo a cada rato. Una forma de esclavitud tiene su raíz en este temor fundamental a la muerte en sus múltiples expresiones: el temor a sentirse disminuido, de hacer el ridículo, o de que al final se termina prescindiendo de uno.

En la vida uno se encuentra y tiene que asumir varias **muertes parciales**. La persona moderna ha sido educada para triunfar, para ser ganadora, pero la presencia de la muerte cuestiona profundamente el significado real del triunfo. ¿Qué es triunfar en la vida? En nuestros días resulta más difícil integrar el misterio de la cruz en la vida de las personas porque se vive la búsqueda del presente inmediato, de la gratificación del momento. Como decía el Papa Benedicto XVI: “El éxito no es nombre de Dios”

El misterio de la cruz supone que muchas veces hay que renunciar a la gratificación inmediata para poder entregar la propia vida al servicio de los demás. Uno tiende a huir frente a situaciones complejas y cuesta más que antes soportar situaciones de larga duración. Por lo tanto, es necesario reflexionar sobre la importancia de la fidelidad en lo cotidiano, más allá de la atracción efímera de la gratificación inmediata y el resultado exitoso.

Toda la vida de Jesús, a primera vista, **fracasó** en la Cruz. Jesús vivió la cruz en toda su desnudez. La Resurrección vino como resultado de su fidelidad al Padre, pero en la cruz sintió el profundo dolor del abandono. En la cruz aprendió a pasar del sentirse abandonado al abandonarse en las manos del Padre. La angustia del “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46) encuentra paz en el “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46). La respuesta es la fidelidad al Padre y la confianza en sus planes.

A lo largo de Su vida, Jesús tuvo que enfrentarse con muchas muertes parciales; celebró muchos duelos antes de llegar al duelo definitivo. Basta pensar en *la falta de comprensión* con la cual tuvo que enfrentarse en el cumplimiento de su misión. Se le acusó de comilón y borracho (cf. Mt 11, 19); se le descartó como escandaloso (cf. Mt 13, 57); se le criticó de no estar en su sano juicio (cf. Mc 3, 21); se le consideró como un simple agitador político (cf. Lc 23, 2); hasta se le acusó de blasfemo (cf. Mt 9, 3) y jefe de los demonios (cf. Mt 9, 34).

Realmente, Jesús experimentó en su propia existencia la palabra que pronunció a sus discípulos: “si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna” (Jn 12, 24 – 25).

Jesús enfrenta la muerte confiando en su Padre. En el Huerto de Getsemaní (cf. Lc 22, 39 – 46), Jesús permanece fiel en medio de la angustia profunda y pide a sus discípulos que perseveren y que no huyan. En la vida a veces parece que no hay camino de futuro, que no hay salida. Jesús, en la misma situación, vive la esperanza en toda su desnudez porque su confianza en el Padre es total.

La presencia de la cruz constituye un llamado al abandono y confianza en Dios porque él es de confiar. El abandono es el acto supremo de la libertad porque es la libertad frente a la propia libertad. Para el discípulo, vivir de verdad es vivir en la seguridad que regala Dios, aunque sea en medio de la interperie de la misma vida. “Confíenle”, dice San Pedro, “todas sus preocupaciones, pues Él cuida de ustedes” (1 Pedro 5, 7).

Este abandono y esta confianza en el Padre permite decir: “Señor, si Tú en tu bondad pusieras en mis manos el designio de mi vida, gustosamente lo volvería a poner en tus manos de Padre, para aceptar con alegría lo que Tú quisieras”.

Aceptar la presencia de la cruz en el camino del seguimiento como expresión de confianza en Dios Padre no excluye recurrir a *la oración de lamentación*. No es simplemente una queja, sino un acudir a Dios cuando uno se siente hostilizado y probado en la vida, confrontando el propio dolor con Aquel que lo es todo para uno. Desahogarse ante Dios Padre es signo de confianza en Él porque uno se atreve a desahogarse y decir la verdad más íntima sólo frente a alguien en quien tiene puesta su confianza.

El escándalo de la Cruz

La palabra latina *tradere* significa sea el hecho de que Jesús fue *traicionado* por nuestra salvación como también la *entrega* de Jesús por el Padre para nosotros. La Pasión de Jesús proclama lo que Dios hizo por la humanidad, pero, a la vez, refleja lo que la humanidad ha hecho a Dios.

La Pasión señala que Dios se hay enamorado de su creatura, es decir, Dios no sólo crea sino ama a su propia creatura. Por ello, San Pablo señala que sólo quiere conocer a Cristo Crucificado (cf. 1 Cor 2, 2) porque en Él reside toda sabiduría (cf. Col 2, 3) y en la Cruz se manifiesta el amor profundo de Dios (cf. Ef 3, 18).

En la meditación de la Pasión, se adquiere, por una parte, un auténtico conocimiento de Jesús, pero también, por otra parte, un conocimiento sobre uno mismo porque si se refleja el amor de Dios también se muestra la respuesta humana.

En la Pasión Pedro no entiende nada. Jesús se muestra débil y asustado (cf. Mt 26, 37 – 56). Pedro lo *desconoce* y, como consecuencia, también pierde su propia identidad. Es verdad, Pedro *no conoce a este hombre* (cf. Mt 26, 72). Pero se convierte y llega a aceptar la auto revelación de Dios en Jesús. Por el contrario, Judas, frente a la debilidad del Maestro y al no responder a su expectativa de Mesías, termina frustrándose con el Dios real en Jesús.

En el Antiguo Testamento aparece un concepto de Dios en términos de fuerza y poder: crea de la nada, destruye el ejercito del Faraón, etc. Nadie se la puede con Yahvéh. Pero aparece Jesús como el Hijo amado y predilecto (cf. Mt 12, 18 – 21), y esta vez se manifiesta la *debilidad* de Dios (cf. la parábola del dueño de la viña en Mt 21, 33 – 45).

Esta debilidad de Dios es fruto del *respeto hacia la libertad humana*. Su debilidad es amar. La Cruz es la prueba máxima de un Dios que respeta la libertad humana. Curiosamente, ¡el ser humano se encuentra con un Dios que se abandona a la libertad humana, pero él no sabe como abandonarse a la libertad divina! Dios busca al débil haciéndose débil.

Por ello, existen dos *camino*s hacia Dios: (a) reconocer a Dios en lo pequeño y lo débil, y (b) reconocer la fuerza de Dios en la debilidad. Dios se ofrece a la libertad humana. Jesús sigue ofreciéndose a través de los demás a la propia libertad personal (cf. Mt 25, 31 – 46).

La *muerte* es incomprensible. Es una experiencia que no se puede comunicar a otro. Mucho más todavía resulta incomprensible la muerte de Dios. Jesús anuncia que “el Hijo de Hombre será entregado en manos de los hombres; le matarán y a los tres días de haber muerto resucitará. Pero ellos no entendían lo que les decía” (Mc 9, 31 – 32). Es que no se puede entender, no es comprensible.

La muerte es terrible. Los enfermos terminales asumen una expresión vacía y desfigurada. Parecen otras personas, unos desconocidos. Para un viviente, la muerte no tiene sentido. Sin embargo, Jesús asumió también esta tremenda experiencia.

Jesús asume libremente la muerte (cf. Mc 14, 21, 24 y 36). Jesús acepta la muerte porque acepta la humanidad hasta el fondo. Su respeto por el ser humano (su libertad) y su lealtad al Padre (su obediencia) le conducen a la muerte.

En la Pasión es notable el silencio de Jesús. Al comienzo conversa brevemente con Judas, Pilato, el Sumo Sacerdote, el guardia, pero después no dice nada. Sin embargo, su Persona domina todas las escenas.

Día 30: El Real Camino de la Cruz

El *camino diario* resulta a veces un pequeño vía crucis. Recorrer este camino con Jesús, mediante la oración de la Vía Crucis, puede ser una manera de acercarse al sufrimiento de Jesús, ofrecerle el dolor presente en la propia vida, y asumir – como Jesús – el dolor de otras personas.

∫ 1ª Estación: **Jesús condenado a muerte**

Jesús no engaña a nadie: “Si el mundo les odia, sepan que a Mí me ha odiado antes que a ustedes. Si fueran del mundo, el mundo amaría a lo suyo; pero, como no son del mundo, porque Yo al elegirlos les he sacado del mundo, por eso les odia el mundo” (Jn 15, 19). Por consiguiente, asumir el *estilo* de Jesús implica también ser *rechazado* por los criterios de la sociedad: la sencillez y la sinceridad no cuadran con la mentira y la apariencia; la bondad y la misericordia no caben en un ambiente de ascenso social a toda costa; la pobreza y la desposesión choca con el afán de consumo y de riqueza.

∫ 2ª Estación: **Jesús con la cruz a cuestas**

En el madero vertical se pueden colocar los *espacios* del dolor (casa, familia, trabajo, parroquia, iglesia, comunidad, etc.), mientras en el madero horizontal los *tiempos* del dolor (tiempos de duda, de tentación, de tristeza, de soledad, de sin sentido). Pero estos dos maderos cruzan y aparece la figura de Jesús en la cruz. Llevar la cruz solo resulta insoportable, pero con Jesús al lado y al frente se encuentra la paz. “Vengan a Mí los que están cansados y sobrecargados, y Yo les daré descanso” (Mt 11, 28).

∫ 3ª Estación: **la primera caída**

Es el peso de la convivencia con *uno mismo*; es el aceptarse a uno mismo. Las propias contradicciones, miedos, dudas, desconciertan y quitan el entusiasmo. Con los propósitos reiterados pero no cumplidos; con la afectividad abierta al otro, pero también desordenada y caprichosa; con la soledad como entrega, pero también quejosa y reclamante; con todo lo que uno es y tiene, es preciso levantarse y retomar el camino.

∫ 4ª Estación: **Jesús encuentra a su Madre**

El dolor de la *impotencia* al mirar el sufrimiento de seres queridos; el dolor de aquellos que sufren por uno; el dolor de aquellos que rodean a uno; el dolor propio y ajeno. Es el momento de confiar sin hacer preguntas que no siempre tienen respuestas.

∫ 5ª Estación: **Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la cruz**

En la vida uno descubre verdaderos *amigos* y amigas que saben compartir el propio dolor. Hay personas que le ayudan a uno a llevar la propia y pesada cruz. El ser sacerdote no significa negar las propias debilidades; aún más, son esas vulnerabilidades que acercan a la gente y hacen creíble la palabra pronunciada. A veces, es el orgullo que impide el grito de ayuda, que se necesita el apoyo de la comunidad y de los compañeros en el ministerio. Por otra parte, no siempre se es cireneo con el otro porque no aceptamos el propio dolor y entonces el del otro se hace aún menos soportable.

∫ 6ª Estación: **Verónica enjuga el rostro de Jesús**

No siempre se puede quitar el dolor del otro, pero siempre es posible *enjugar* su rostro para que pueda ver mejor el camino. Las lágrimas impiden ver el camino y existe el peligro de desviarse y perderse. Cada vez que alguien limpia el rostro fatigado del otro es preciso dejar impresa la imagen del propio agradecimiento y la imagen de la reconciliación.

∫ 7ª Estación: **la segunda caída**

La primera caída es fruto del dolor que uno encuentra en sí mismo; la segunda caída es la cruz con que se soporta al *otro*. Es el dolor por ser hermano en un mundo que no entiende de fraternidad. Es la cruz de las relaciones interpersonales que a veces se ven entorpecidas por incomprensiones y prejuicios mutuos. Si la primera caída es el resultado de la propia vacilación, la segunda es fruto del empujón provocado por el otro.

∫ 8ª Estación: **las mujeres de Jerusalén**

Estas mujeres se golpeaban el pecho y gritaban, lamentándose por Jesús. Pero él les dice “no lloren por Mí, lloren más bien por ustedes” (Lc 23, 28). Existe el dolor *externo* de quejas, rabietas, lamentaciones; del descontento porque los otros no piensan como uno y tampoco son como uno quisiera que fueran. Es el dolor que se queda con lo teórico y reside en la fantasía de uno. Pero, ¿es esto lo fundamental? ¿No sería mejor mirarse con sinceridad para detectar las propias inconsecuencias e injusticias, el divorcio existente entre la palabra pronunciada y la vida diaria?

∫ 9ª Estación: **la tercera caída**

La primera caída se produce por el hecho de ser *persona*, la segunda por ser *hermano*, y la tercera por ser *hijo* de Dios. Es el dolor del vacío, de sentir pura ausencia, de creer sin ver, de esperar sin tener, de dar sin recibir. El dolor frente al miedo de perder la vida, de entregar la propia

libertad, de apostar siempre en Él. La tercera caída es el tropiezo con la tierra dura y seca, una tierra sin cielo, sin luz, sin Dios.

∫ 10ª Estación: **Jesús despojado de sus vestiduras**

Ir a la muerte despojado, sin cubrirse, sin ninguna defensa. Ir a la muerte lleno sólo de amor por la humanidad. Es el dolor de la *pobreza* y de la desposesión. Es la hora de la verdad.

∫ 11ª Estación: **Jesús clavado en la cruz**

Cada uno tiene su cruz y, también, cada uno clava su cruz. Y, por qué no decirlo, cada uno clava una cruz para otro, queriéndolo o no queriéndolo, consciente o inconscientemente, con intención o sin intención. Una cruz sin Cristo no tiene ningún sentido porque es tan sólo un peso que cansa y agobia. Es preciso que Jesús esté *clavado* en la cruz de uno; es preciso creer que Jesús está clavado; es preciso creer que Jesús quiere estarlo. En el momento en que Cristo está clavado en la vida de uno, entonces el patíbulo se convierte en altar, el sacrificio en ofrenda, el vacío en entrega, el abandono en confianza.

∫ 12ª Estación: **Jesús muere en la cruz**

Se rasga el velo del Santuario, tiembla la tierra y se hendieron las rocas (cf. Mt 27, 51). Sólo la Cruz queda *estable* y firme. Esta tierra, estremecida y convulsa, que andaba a la deriva, queda de pronto anclada para siempre en el cielo. La Cruz de Cristo es el ancla. Como un ancla recortada sobre el cielo del Calvario. Es el ancla que desde la tierra se ha tirado hacia el cielo haciendo un puente transitable. La Cruz de Cristo es esperanza de sentido en medio del sin sentido. La Cruz de Cristo es esperanza de horizonte y de luz en medio de la confusión y la oscuridad. No es la cruz, sino es la *presencia* de Cristo en la cruz la que invita a la confianza porque el Jesús de la Cruz es el Señor Resucitado (cf. Hechos 2, 36).

∫ 13ª Estación: **Jesús en brazos de su Madre**

En *María* está la compasión frente al dolor. La Pasión se hace compasión. El propio dolor se hace fuente de compasión para otros. Por una parte, el mismo Jesús regala a Su propia Madre para acompañar a la humanidad en su caminar histórico (“Mujer, allí tienes a tu hijo”, Jn 19, 25 – 27); por otra parte, Jesús invita a la Iglesia a ser no tan sólo Maestra sino también Madre de la humanidad.

∫ 14ª Estación: **Jesús en el sepulcro**

El silencio de Dios. El dolor *oculto*, desconocido, enterrado. ¿No será el momento para colocarlo en el sepulcro pero consciente de ello? Es

también la siembre humilde, dispersa, pero que espera el día de la cosecha. Son las largas horas de escucha pastoral, de atención pastoral, de entrega pastoral, que sin apuro ni impaciencia, esperan el fruto cuando llega el Señor y golpea a la puerta.

Al acompañar a Jesús en su Vía Crucis, uno recorre con una lucidez dolorosa el propio camino diario de la cruz. Un camino que se recorre a veces sin ganas y en plena oscuridad. Pero lo importante es seguir caminando y siguiendo a Jesús, confiando en Él porque sólo Él es el sentido y el Camino. La confianza del discípulo está depositada en la promesa del Maestro: “Yo soy la luz del mundo, el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12). En los momentos oscuros, Jesús le pide a sus apóstoles para que no se confundan y que tengan confianza en Él (cf. Jn 14, 1), porque “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6). Jesús es el único *camino* para descubrir la *verdad* profunda que conduce a la auténtica *vida*.

Anexo 3: Las Siete Palabras

Las siete palabras de la Pasión son un auténtico *testamento*, el resumen de la vida de Jesús, que permiten acercarnos a Su corazón y confrontarse con el propio.

π **“Eloí, Eloí, ¿lemá sabactani?”** (Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado) (Mc 15, 34; Mt 27, 46; cf. Salmo 22, 1) El dolor del inocente, sin explicación posible, que hace gritar *pero por qué*. Son los porqués que quedan sin respuestas. No siempre se puede explicar el mal como tampoco siempre se puede entenderlo. Sólo queda pronunciar una palabra de protesta y después confiar en un Dios Misericordioso.

π **“Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso”** (Lc 23, 43) El dolor que se *abre* al otro, que no se cierra, que no se pudre, que no se rebela ni blasfema. El dolor asimilado y asumido siempre resulta una ocasión privilegiada para comprender al otro en su propio dolor.

π **“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”** (Lc 23, 46) El dolor de la *inseguridad* frente a las propias dudas y limitaciones. Es el dolor de la creatura que se reconoce como tal y se abre al Creador en Quien aprende a confiar. Es la desposesión del vacío que se deja llenar por la presencia de Dios. Es la recuperación del sentido al arrodillarse frente a Dios.

π **“Mujer [María], ahí tienes a tu hijo [Juan]”** **“[a Juan] “Ahí tienes a tu madre”** (Jn 19, 26 – 27) El dolor que *acompaña*; simplemente acompaña sin soluciones ni remedios. Pero acompaña en silencio el dolor del otro. A veces, no hay palabra alguna que se pueda pronunciar frente al dolor del otro, aún más, cualquier palabra estaría fuera de lugar; es el momento del silencio que acompaña.

π **“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”** (Lc 23, 34) Es el dolor que *perdona* y justamente perdona porque es capaz de *comprender*. No se puede perdonar si antes no se ha intentado comprender. El perdón es fruto de la compasión. A veces las personas hacen el mal por razones de debilidad y para salir de su propia inseguridad.

π **“Tengo sed”** (Jn 19, 28) El dolor que *necesita* de otros. El dolor que acepta la ayuda de los demás. Es el dolor que expresa el Salmo: “Como tierra reseca, tengo sed de Ti” (Salmo 42). Es el “dame de beber” dirigida a la Samaritana (cf. Jn 4, 7). Es el “cuanto hicieron a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron” (Mt 25, 40).

π **“Todo está cumplido”** (Jn 19, 30) El dolor *fiel* fruto del esfuerzo, de la fatiga, del cansancio de aquel que sabe quedarse hasta el final sin tropezar frente a las dificultades y los obstáculos. Sólo la cruz de la fidelidad conoce también la felicidad de la resurrección, porque la fidelidad confía en la promesa de que aquellos que confían en Jesús no serán defraudados. “La tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rom 5, 4 – 5).

Anexo 4: La presencia de María

Contemplar y reflexionar sobre el dolor de Jesús en la Pasión sería incompleto sin referencia a Su Madre. No sólo porque el dolor del hijo es el dolor de la madre, sino también porque el dolor de la Madre *es el dolor del Hijo*. Tanto es así que Jesús se preocupa de Su Madre y desde la cruz la confía al cuidado de su discípulo amado: “‘Ahí tienes a tu madre’. Y desde aquella ahora el discípulo la acogió en su casa” (Jn 19, 27).

La experiencia de la *Anunciación* (cf. Lc 1, 26 – 38) constituye el Principio y Fundamento de María. María se sitúa ante Dios y ante el mundo porque asume una opción fundamental sobre su vida. Ella *discierne* las palabras de Gabriel al preguntar “¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?”, y después realiza su *elección*: “hágase en mí según tu palabra”. En ella se hace realidad la total disponibilidad a la acción de Dios.

María *medita* y reflexiona los acontecimientos. Frente a las palabras de los pastores que llegaron a visitar al niño, contando su experiencia, se dice que “María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón” (Lc 2, 19); y después del episodio de Jesús que se queda en el Templo hablando con los maestros porque debe estar en las cosas de Su Padre, se observa que “su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón” (Lc 2, 51).

María conserva las situaciones que vive al lado del niño Jesús, pero no las almacena simplemente como unos contenidos que se amontonan en la cabeza, como recuerdos o anécdotas. María las conserva “y las meditaba en su corazón”. María *discierne* para captar el significado profundo de los acontecimientos, abriéndose a la acción y la sorpresa de Dios en su vida. María conserva las cosas no sólo en la memoria, en el recuerdo, en la cabeza, sino en el *corazón*.

En las *Bodas de Caná* (cf. Jn 2, 1 – 12), María confía en Su Hijo al observar los problemas y las dificultades de otros. Pide su intercesión. Pero también se dirige a los sirvientes para que hagan lo que Jesús les dice. Se llenan las tinajas de agua y el agua se convierte en vino. El esfuerzo humano aporta el agua, Jesús hace el resto. María sabe lo que Su Hijo puede hacer pero también lo que el ser humano tiene que hacer.

Cuando Jesús estaba colgando de la *Cruz*, María estaba acompañando a Su Hijo (cf. Jn 19, 25). Es un dolor que ella no puede remediar ni solucionar ni aliviar. Pero se queda junto a la cruz. María *discierne*, María *medita*, María *intercede*, y María *acompaña* en el dolor. Ella es la llena de gracia, la bendita entre todas las mujeres.

Por ello, Jesús destaca en ella no tanto su maternidad física cuanto su **total disponibilidad** a cumplir la voluntad de Dios (cf. Mt 12, 50), aunque implique situaciones de desconcierto y de profundo dolor, porque siempre supo confiar y esperar cuando pronunció el “hágase en mí según Tu voluntad”.

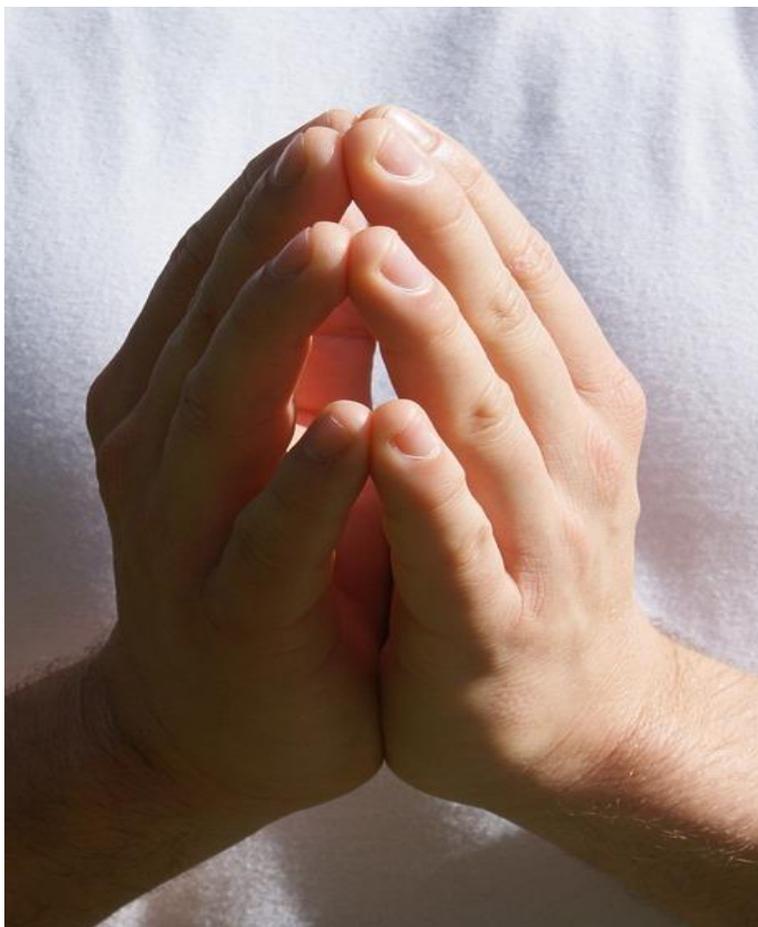
Lecturas bíblicas:

- Mc 14 – 15: el relato de la Pasión
- Mt 26 – 27: el relato de la Pasión
- Lc 22 – 23: el relato de la Pasión
- Jn 18 – 19: el relato de la Pasión
- Mc 8, 34 – 38: Asumir la cruz en el seguimiento
- 1 Cor 1, 17 – 31: la sabiduría de la cruz

Preguntas:

- 1.- ¿Cuáles son mis muertes parciales? ¿Cómo las enfrento?
- 2.- ¿He hecho la opción por el pobre en nombre del Señor Crucificado?

SEMANA 7: RESUCITAR CON EL SEÑOR



*En la Séptima Semana, proponemos con Ignacio la contemplación de Cristo Resucitado, subrayando el **oficio de consolador...** El centro de la contemplación es la Persona de Jesús, ahora Resucitado. Al ejercitante se le pide centrar su mirada en Él.*

Petición de Gracia

Pedir la gracia de alegrarme y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor
EE N° 21

Día 31: El Misterio de la Resurrección

Frente a la pregunta ¿cómo resucitan los muertos?, ¿con qué cuerpo vuelven a la vida?, San Pablo contesta tajantemente: ¡necio! (cf. 1 Cor 15, 35 – 36). Pero, ¿por qué? La razón es que el Evangelio anuncia “lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó”, es decir, se trata de “lo que Dios preparó para los que le aman” (1 Cor 2, 9).

En la fe no se busca una sabiduría humana sino la de Dios. “Hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, que se van debilitando; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo – pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria” (1 Cor 2, 6 – 8).

Esta *sabiduría de Dios* trasciende la inteligencia humana. Por ello, no existe respuesta frente al *misterio*. La Resurrección es un misterio. Frente a un problema se busca soluciones, pero frente al misterio se responde con la fe porque, al ser misterio, se cree pero no cabe las explicaciones.

Al no poder decir exactamente lo qué es la Resurrección, se puede, por otra parte, aclarar en que *no* consiste. En primer lugar, la Resurrección no significa que Jesús sigue viviendo en la *memoria* humana, que sus palabras perduran en la historia y que Su Nombre queda grabado en el corazón de los hombres y de las mujeres que creen en Él. En este caso, sería un fenómeno bastante común.

Además, en este caso, el ser humano llega a ser el verdadero protagonista de la resurrección de Jesús. Cristo aún vive porque el ser humano todavía habla de Él. En otras palabras, Jesús debe su resurrección a sus discípulos. Él vive gracias a ellos y a su fe en Él. El ser humano llega a ser el origen y el fundamento de la Resurrección.

En segundo lugar, la Resurrección de Jesús no fue *una vuelta a la vida*, como en los casos de Lázaro (cf. Jn 11, 1 – 44), del hijo de la viuda de Naím (cf. Lc 7, 11 – 18), y de la hija de Jairo (cf. Lc 8, 49 – 56). Hay una radical *diferencia* entre estas tres personas y Jesús.

La Resurrección no es una vuelta a la vida sino *una ruptura con la muerte*, inaugurando una vida donde la muerte no tiene poder. “Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y la muerte no tiene ya señorío sobre Él” (Rom 6, 9). Esta es la diferencia entre Lázaro y Jesús. Lázaro volvió a la vida

pero murió después. Cristo no volvió a esta vida porque rompió con la muerte a una nueva vida. Ya no hay muerte para Él.

Jesús **venció** la muerte, quitándole la última palabra. Además, nos procede para **prepararnos** un lugar en la casa del Padre. “No se turbe su corazón. Crean en Dios: crean también en Mí. En la casa de Mi Padre hay muchas mansiones; si no, los lo habría dicho; porque voy a prepararles un lugar. Y cuando haya ido y les haya preparado un lugar, volveré y les tomaré conmigo, para que donde esté Yo estén también ustedes” (Jn 14, 1 – 3). Por ello, San Pablo afirma que “también nosotros creemos, y por eso hablamos, sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús y nos presentará ante él juntamente con ustedes” (2 Cor 4, 13 - 14).

La Resurrección es la vida sobre el cual la muerte no tiene poder. Se puede articular con palabras este **misterio** pero con ello no se explica su significado, porque el ser humano no conoce una vida sin muerte. El ser humano sólo conoce una vida que termina en la muerte. La experiencia humana de la vida es una mezcla de vida y muerte. Pero la experiencia humana desconoce la vida en sí, la vida sin muerte.

Todo ser humano muere. Se llama vida, pero la muerte está involucrada como parte esencial de ella. Se conoce una vida sobre la cual la muerte tiene un poder decisivo. Pero Jesús el Cristo vive una vida sobre la cual la muerte ya no tiene poder. Esta es la vida verdadera, la vida que la experiencia humana desconoce por completo.

La Iglesia primitiva proclamó a Jesús como el **Kyrios**, el **Señor**. Jesús es Señor sobre todos los poderes de este mundo, un poder sin restricciones. Y, sin duda, el poder más grande en este mundo es la muerte. Un político puede tener mucho poder, pero algún día morirá; un empresario podría tener mucho dinero, pero también morirá. Jesús es el Señor, Él no morirá porque la muerte no tiene poder sobre Él.

“Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo. (...) él debe reinar hasta que ponga todos sus enemigos bajo su pies. El último enemigo en ser destruido será la muerte. Porque ha sometido todas las cosas bajo sus pies” (1 Cor 15, 22 – 27).

El Evangelio muestra como la búsqueda de la Magdalena (cf. Jn 20, 11 – 18) estaba mal dirigida porque no deja espacio a la **novedad radical** de Dios y que, en este caso, consiste en la victoria sobre la muerte. Ella busca a Jesús entre los muertos, es decir, dentro del contexto de su propia y cotidiana experiencia humana. Ella no deja lugar para que Dios se acerque desde fuera de su experiencia limitada. Jesús la llama por su nombre para que ella lo pueda reconocer. La Magdalena, que no lo había reconocido mediante la vista (lo vio y no lo reconoció), supo quien

era al escuchar Su voz, ya que la voz expresa mejor la interioridad. En la propia interioridad reconoció a su Maestro y vio lo que no había reconocido antes: Jesús no le había abandonado.

El misterio de la Resurrección es *central* en la fe. Si Cristo no ha resucitado, entonces la fe queda anulada porque el mismo Evangelio sólo se comprende a partir de la Resurrección de Jesús. Es la Resurrección que da vida y perspectiva a la Buena Noticia que se pronuncia y se enseña. “Si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también nuestra fe” (1 Cor 15, 14).

El apóstol, por definición, es el *testigo* de la Resurrección de Jesús (cf. Hechos 1, 21 – 22). Este es el primer testimonio del todo creyente. Pero, ¿por qué resulta tan importante la Resurrección? Porque de otra manera, Jesús sería un hombre extraordinario, pero tan sólo un hombre. En la Resurrección es el mismo Dios que se auto revela a sí mismo. El amor de Dios hacia lo humano se muestra sin límites. Dios no ama por el espacio de una vida, sino por *toda* la vida. Su amor regala vida eterna.

El amor de Dios no termina con la muerte porque va más allá. La muerte no constituye un obstáculo para el amor de Dios; por el contrario, este amor es tan poderoso que aniquila la muerte. El mismo Padre que resucitó a Jesús nos regala esa vida en abundancia.

Día 32: Encuentros con el Resucitado

En los relatos de la experiencia del **encuentro** con Jesús Resucitado se encuentra una **estructura** básica común a todos ellos. Así, en la aparición a María Magdalena (cf. Jn 20, 11 – 18), a los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13 – 35), a los discípulos encerrados en el cenáculo (cf. Jn 20, 19 – 29) y a los discípulos a orillas del lago de Tiberíades (cf. Jn 21, 1 – 23):

ρ Una situación humana de **tristeza**, de miedo, de incredulidad. Magdalena llora, los discípulos de Emaús están tristes, los apóstoles están llenos de miedo. Por tanto, en el momento anterior a la aparición de Jesús, se encuentran personas tristes, temerosas, desanimados o incrédulas.

ρ Jesús aparece pero **no es reconocido**. Sin embargo, Jesús interpela a las personas que no lo reconocen mediante una pregunta: a Magdalena le pregunta ¿por qué lloras?; a los discípulos de Emaús, ¿de qué discuten entre ustedes mientras van andando?; a los discípulos a orillas del lago de Tiberíades, ¿tienen pescado?

ρ Jesús se presenta a sí mismo, **revela su identidad**. Entonces, es reconocido. Magdalena lo reconoce cuando la llama por su nombre; los discípulos de Emaús al partir del pan; los discípulos encerrados en el cenáculo al mostrarles las manos y el costado; los discípulos a orillas del lago de Tiberíades al recoger la red llena de peces.

ρ Jesús encarga una **misión**. La experiencia del encuentro con Jesús Resucitado no se limita a ser una consolación para la persona a la que se le aparece Jesús. Jesús da siempre a esa persona una misión: anunciar y compartir el gozo. A María Magdalena le dice “vete donde los hermanos”; los discípulos de Emaús vuelven a Jerusalén; a los discípulos encerrados en el cenáculo, “como el Padre me envió, también Yo los envió”; a Pedro a orillas del lago de Tiberíades, “apacienta a mis ovejas”.

El encuentro con Jesús Resucitado produce, a la vez, una **confirmación** en la fe y un **envío** a la misión. La recuperación del sentido en la propia vida conlleva, en palabras de Ignacio, el Oficio de Consolador.

Día 33: El Oficio de Consolador

El profeta Isaías proclama solemnemente: “Consuelen, consuelen a mi pueblo, dice su Dios” (Is 40, 1). Sin duda alguna, mucho del trabajo del pastor durante este tiempo es la de consolar a las personas. Muchas personas se acercan para ser escuchadas, otras para compartir el dolor con alguien como también para encontrar comprensión.

Una vez alguien comentó que cuando leía el Evangelio se sentía comprendido y perdonado, pero cuando se acercaba a la Iglesia se sentía condenado y rechazado. Quizás, objetivamente, no sea así, pero la percepción subjetiva existe. Realmente, vale la pena preguntarse si en el trabajo ministerial se transmite acogida y comprensión o más bien, por apuro, por cansancio o por dureza de corazón, se suele dar la impresión de condena.

El verbo *consolar* tiene en hebreo un sentido mucho más amplio y fuerte que en castellano, porque expresa, más que animar a alguien abatido, la *acción* eficaz de conseguir que desaparezcan los *motivos* de su abatimiento. En este sentido, consolar no es tan sólo acompañar sino también incluye la acción de dar esperanza, una esperanza fundada capaz de producir un cambio radical en el estado de ánimo del otro.

En los relatos de las apariciones de Jesús Resucitado (cf. Mc 16; Mt 28; Lc 24; Jn 20 – 21), esta experiencia de quedar consolado queda muy evidente, porque se pasa de la angustia de la tumba vacía a la consolación en la presencia de Aquel que aún vive; es el paso de la ausencia desconcertante a la presencia significativa.

El Resucitado se acerca como Presencia viva que da Vida: se deja ver, sale al paso, habla, interpela, corrige, anima, comunica paz y alegría. En una palabra, regala el Espíritu. Su manera de hacerse presente es personal, personalizante, identificadora: de nombre a nombre, suscitando recuerdos y experiencias comunes, haciendo vislumbrar proyectos de futuro. Otra vez Jesús reúne a la comunidad que después de la Pasión se iba desintegrando; y sus discípulos experimentan nuevamente la llamada y el envío, a ser testigos y cómplices del Espíritu, porque viven la certeza existencial de que el Crucificado es el Resucitado, la muerte ha sido vencida, que Jesús ha sido constituido como Señor. Me pregunto: ¿En qué momentos de mi vida me he sentido consolado por Dios?

Día 34: Recuperar el sentido y Descubrir la alegría

No hay nada más *permanente* que el *cambio* en la vida. Uno es testigo de esto a su alrededor, y en los tiempos actuales el ritmo es aún más acelerado que antes, pero también uno descubre profundos cambios en uno mismo. El cambio es vida. Con el pasar de los años, uno busca seguridad y el cambio se hace incómodo. No obstante, el cerrarse al cambio es abrirse a la muerte en vida porque la vida es apertura a la novedad del encuentro con el otro.

En los relatos de las apariciones de Cristo Resucitado, a primera vista, parece que la situación no cambia. Por cierto, los hechos básicos siguen siendo iguales pero, pero no es menos cierto que la interpretación de estos mismos hechos cobra un sentido totalmente distinto.

Los apóstoles han perdido su imagen de seguidores, han tocado fondo en la insatisfacción que les ha producido aquello en lo que creían que estaba su vida. Pero la presencia del Resucitado *en medio de ellos* les trae alegría, paz, perdón, sentido.

π Aparentemente, su situación no ha cambiado, porque siguen siendo pobres, pero ahora las cosas más elementales que están al alcance de su pobreza (pan, vino, pesca) se convierten en *celebración* (cf. Lc 24, 30.35; Jn 21, 10 – 13).

π Aparentemente, siguen referidos al humilde servicio, pero el Resucitado les ha revelado la *fecundidad* de esa actitud (el apacienta mis ovejas en Jn 21, 17).

π A la vez, no se les oculta el precio a pagar (cf. Jn 21, 18 cuando a Pedro se le dice que otro te ceñirá), pero también Jesús promete su *presencia* al prometer “Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).

En la contemplación del Señor Resucitado, uno comprende las *dudas* de Tomás (cf. Jn 20, 24 – 29) y con la misma honestidad puede acercarse al Resucitado en medio de sus propias dudas; con los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13 – 35) uno también tiene la experiencia de haberse *desencantado* en su vida de fe, pero aún tiene la posibilidad de abrirse al encuentro con aquel que da sentido profundo a la vida; como Pedro (cf. Jn 21, 3 – 7) uno experimenta el *desánimo* pero también puede tirarse de nuevo al agua para recuperar su experiencia fundante de fe (en el lago de Tiberíades Jesús les pide echar las redes a la derecha de la barca aunque hasta ahora no hayan pescado nada (comparar Lc 5, 1 – 7 con Jn 21, 4 – 6).

Descubrir la alegría

En las apariciones del Resucitado se reitera la experiencia de pasar de la tristeza a una *alegría profunda* que permite volver con entusiasmo a la misión. La presencia de Jesús el Cristo Resucitado cambia por completo el panorama de su vida: estaban tristes, lleno de miedo, y de repente se convierten en hombres y mujeres valientes, llenos de entusiasmo, de esperanza, poniéndose a predicar y dar testimonio en medio de todas las dificultades. La situación no cambia, pero *ellos* cambian radicalmente porque recuperan la confianza en el Maestro. La alegría transforma el miedo en valentía, una valentía que nace de la confianza en Él y en sus promesas.

En medio del dolor, los discípulos aprenden a confiar en Dios y no dejarse llevar por la tristeza. No hay que creer que la alegría comienza cuando se acaban los problemas o cuando termina el dolor, sino la alegría es una *opción* de vida, expresión de la confianza en Dios, que hace posible enfrentar los problemas y el dolor con esperanza. La alegría no suprime el dolor, pero le da sentido. Es precisamente en medio de las dificultades cuando los otros precisan de una presencia capaz de traer la alegría en sus vidas.

La alegría no desconoce el dolor tampoco se desinteresa por los problemas sino los enfrenta con confianza y esperanza porque se cree que la última palabra le pertenece a Dios Padre y Dios no defrauda. Todo es posible para Dios con tal que se aprenda a confiar plenamente en Él.

Esta actitud de profunda alegría hace creíble el ejercicio ministerial del sacerdocio que consiste básicamente en crear *comunidad* y realizar la *reconciliación*. Mucho del trabajo pastoral consiste en ayudar a reconstruir de nuevo puentes destruidos en la vida de las personas y entre personas. Esto significa ayudar en la sanación de muchas heridas que atormentan a tantas personas. La celebración de la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación es un medio privilegiado para ello.

Las apariciones del Jesús Resucitado muestran *caminos de esperanza* en situaciones complicadas y angustia.

ρ Jesús siempre está *presente*, aunque a veces se vive el dolor de Su ausencia. Es la experiencia de María Magdalena (cf. Jn 20, 11 – 18), cuando en medio de la desolación y la oscuridad, escucha la voz de su Maestro.

ρ Jesús *espera* y *acoge* cuando se cae en la tentación de la huida y la desilusión. Es la experiencia de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13 – 35) que en su camino de huida encuentran a Jesús que les abre los ojos, les explica el significado auténtico de las Escrituras y les llena de entusiasmo. En medio del fracaso vislumbran el sentido y recuperan el entusiasmo de su vocación primera.

ρ Jesús no reprocha la cobardía de los discípulos y vuelve a *confiar* en ellos la misión. Es la experiencia de los apóstoles encerrados en la casa porque tienen miedo de los judíos, tienen miedo por la muerte de Jesús, tienen miedo que les va a tocar a ellos (cf. Jn 20, 19 – 23). Frente a los problemas uno tiende a encerrarse en sí mismo como una defensa para no sufrir. Se puede vivir con el corazón encerrado en el armario para no hacerse vulnerable. Pero si no se conoce el dolor tampoco se va a conocer la alegría.

ρ En la presencia de Jesús *vuelve la fe* en medio de las dudas. Es la experiencia de Tomás (cf. Jn 20, 24 – 29), como también la experiencia de María Magdalena (cf. Jn 20, 1 – 18) que pasa de la tristeza frente a la tumba vacía al gozo del “he visto al Señor”.

ρ Jesús devuelve la *dignidad* y la *confianza* en los momentos de sentirse inútil. Es la experiencia de los apóstoles que vuelven a su antigua profesión de pescadores frente a la desilusión de la muerte de su Maestro (cf. Jn 21, 1 – 14). En la mirada de Dios Padre nadie es inútil y nada es en vano.

Los discípulos creían en su Maestro pero no habían entendido que Jesús es Dios mismo. Entonces, se hace necesario el desafío: “¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado” (Lc 24, 5 – 6). A veces la fe del creyente se queda enterrada en la tumba vacía sin hacer el salto de la resurrección: el Señor ha resucitado y la última palabra pronunciada es vida.

Día 35: Aceptación y Reconciliación

La Resurrección es la **aceptación** de Jesús por el Padre. “Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel”, dice Pedro en su discurso a la gente después de Pentecostés, “que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien ustedes han crucificado” (Hechos 2, 36). Es el gran sí del Padre sobre la vida, las opciones y el estilo de Su Hijo Jesús.

Por ello, la Resurrección es el **misterio central** del cristianismo, lo que da sentido a toda la vida de Jesús y lo que avala toda su enseñanza. San Pablo observa que si Cristo no hubiera resucitado, la fe sería totalmente vana (cf. 1 Cor 15, 17). Jesús no era tan sólo un buen hombre sino el mismo Dios encarnado. Esta es la experiencia vital y la afirmación central de la fe.

La Resurrección de Jesús constituye la razón de **esperanza** para el discípulo, porque “si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él, sabiendo que Cristo, una vez Resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre Él” (Rom 6, 8 – 9). Y Pedro recuerda que aquellos que creen en Dios por medio de Jesús, Aquel a Quien el Padre ha resucitado de entre los muertos y le ha dado la gloria, éstos tienen su fe y su esperanza puestas en Dios (cf. 1 Ped 1, 21).

Dios Padre ha **reconciliado** definitivamente la historia humana mediante la vida, la muerte y la resurrección de Su Hijo Jesús. Por consiguiente, la Buena Noticia es que Dios **acepta** al ser humano y a todo ser humano de manera plena e irrevocable. “Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!” (Rom 5, 10). “Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación” (2 Cor 5, 19).

La total aceptación divina permite la reconciliación. Dios ofrece esta posibilidad. Pero toca a la humanidad y a cada uno aceptar o rechazar este gran regalo. Es la invitación a **aceptar la aceptación** de Dios y vivir de manera consecuente con ella (vivir como reconciliado). Es una ocasión única para la reconciliación profunda con uno mismo. Evidentemente, no desaparece la tensión, pero ya no se vive en la contradicción existencial. Es la **tensión** de la falta de coherencia, pero dentro de un ambiente de profunda acogida y aceptación.

El ser humano ya no es el hijo del pecado (Adán) sino el hijo de la gracia (Cristo). Esta es la verdad más profunda pronunciada por Dios sobre el ser humano: “él que está en Cristo es una **nueva creación**: pasó lo viejo, todo es nuevo” (2 Cor 5, 17). Dios crea al ser humano pero también lo re-crea en el Hijo.

Cuesta **aceptarse** porque los límites ahogan. Esto trae una inseguridad muy grande que hace andar por las vidas vacilantes, edificando sobre arena. Nadie se acepta a sí mismo, si no es porque se siente antes aceptado por otro. El amor del Creador hacia la creatura hace de la auto-aceptación una posibilidad de autenticidad en la vida, porque no hay probar nada, ni aparentar lo que uno no es, sino simplemente aceptar lo que uno es y sentirse infinitamente acogido por el Creador.

Pero, entonces, ¿aceptarse se reduce a no hacer ningún esfuerzo y aprovecharse de las propias fragilidades? La sola pregunta es signo de no haber entendido el significado de la aceptación, porque aceptarse es aceptar ser creatura, aceptar que hay un Dios Padre que sabe más sobre uno que uno mismo, aceptarse es aceptar el plan de Dios, aceptarse es seguir al Hijo. Eso sí, la aceptación de Dios ofrecida a la humanidad también significa la mirada de misericordia y de compasión frente a las caídas para colocarse de nuevo en la senda del seguimiento de Cristo.

La Resurrección va unida siempre a la Pasión. La Resurrección no es un dulce después del mal rato. El dolor sigue porque la alegría no suprime ni niega el dolor sino que le da sentido y por eso lo **transforma**. Pasión y Resurrección no son dos momentos cronológicos, primero uno y después lo otro, sino la resurrección se hace presente en medio de la pasión.

Hay muchas alegrías que son pura evasión y huida, como una anestesia que hace olvidar el rato del dolor. No es éste el **gozo** cristiano. El gozo cristiano es un profundo sentimiento de **aceptación**, que conduce, si es auténtico, a una profunda aceptación también del otro. Es también un profundo sentimiento de **comunicación** para compartirlo con otros (de allí la importancia de las celebraciones sacramentales de los bautizos, los matrimonios, los funerales, etc.) porque se da el paso del simple mirar los acontecimientos a una comprensión más profunda de su significado. Es además un sentimiento de **paz** porque se posibilita la reconciliación con uno mismo y con el mundo. Es, por último, un sentimiento de **esperanza** en que Dios cumple sus promesas, porque el Señor está cerca y, por ello, no vale la pena agobiarse por nada (cf. Fil 4, 6). “Estén siempre alegres. Oren constantemente. En todo den gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de ustedes. No extingan el Espíritu; no desprecien las profecías; examínenlo todo y quédense con lo bueno” (1 Tes 5, 16 – 21).

“Estén siempre alegres en el Señor; les repito, estén alegres. Que su medida sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. No se inquieten por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión, presenten a Dios sus peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias. Y la paz de Dios, que supera todo conocimiento, custodiará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús” (Fil 4, 4 – 7).

Anexo 5: La puerta abierta

“Mira que *he abierto ante ti una puerta* que nadie puede cerrar” (Ap 3, 8).

Estas palabras del libro del Apocalipsis son una *invitación* a salir de los estrechos límites del propio entorno diario para hacer la experiencia liberadora, y a menudo vivificante, de lo que representa una vida de fe. *He abierto ante ti*: la fe es siempre un *don* que constituye una *llamada* permanente a *nuevos* descubrimientos.

La fe como la apertura de nuevos horizontes es un tema constante en la Biblia. Abraham, en su vejez, sale de su tierra y llega a ser padre de un pueblo (Gén 12); Moisés enfrenta al Faraón para liberar a su pueblo (Éx 5 – 12). A través de todos estos acontecimientos, crece en Israel el conocimiento experimental y la convicción de que el Señor no es sólo un Dios que promete y exige, sino que es también un Dios fiel. Esta *fidelidad* del Señor constituirá la espina dorsal de la fe de Israel y hará al pueblo capaz de esperar contra esperanza y de vencer.

La fe es siempre **una invitación a traspasar fronteras** porque abre una brecha en un horizonte cerrado. Es la visión de una perspectiva nueva que se ofrece cuando uno se encuentra en aprietos; es la llamada a salir cuando uno se siente enclaustrado.

La fe apela a superar los tristes *límites* del propio concepto de Dios. En lugar de la visión restringida y miope que se tiene de Él, la fe enseña su grandeza y trascendencia. La búsqueda de Dios es una continua peregrinación, un pasar permanentemente a una comprensión siempre nueva y cada vez más profunda de Dios y de su misterio insondable.

La fe abre también un *universo* que tal vez se haya cerrado, ayuda a comprender que el mundo no es una prisión, que la existencia humana no es un absurdo, porque ofrece una nueva perspectiva y un nuevo sentido a la vida y a todo cuanto existe. Este horizonte libera del desánimo, destrona los ídolos que esclavizan y libera de los valores falsos y artificiales.

La fe no se detiene en los confines de la vida sino que atraviesa las fronteras de la misma *muerte*. La fe hace comprender no sólo que Dios quiera que el ser humano viva, sino que desea además que la existencia humana supere el tiempo de una existencia terrena. Dios quiere que la persona humana viva para siempre. Dios mantiene no sólo en la vida sino también en la seguridad, incluso más allá de la muerte. El Dios de la fe es un Dios de vivos y, por ello, la vida no se entiende desde la muerte sino por el contrario la muerte desde la vida. “En cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no han leído aquellas palabras de Dios cuando les

dice: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es un Dios de muertos, sino de vivos” (Mt 22, 32).

La fe también ayuda a adquirir esa forma de ver a los *demás* que hace posible toda relación humana porque apoya una comprensión recíproca y a derribar los muros que separan; ayuda también a liberar del propio *pasado* permitiendo la posibilidad de un nuevo futuro (cf. 2 Cor 5, 17 – 18). La fe elimina el más pesado sufrimiento que ahoga al individuo y entorpece las relaciones interpersonales, porque libera del sentimiento de culpabilidad y lo transforma en una experiencia íntima de la fidelidad de Dios.

Pero la invitación más personal que la fe hace es la de superar los *propios* límites porque afirma en la seguridad de que uno puede cambiar, de que es posible la conversión, de una profunda re-orientación de toda la actitud ante la vida, de que un nuevo día es posible. No se está inmutablemente atados al estado en que se ha nacido ya que la fuerza de Dios Creador proporciona una liberación. Todo ser humano es condicionado pero no determinado.

La fe significa saberse aceptado por Dios tal como se es y que, si se es convencido de ello, también se puede aceptarse a uno mismo de igual modo. La auténtica aceptación de uno mismo es un acto de fe. Y aceptarse a uno mismo no significa resignarse a lo que hay y dejar las cosas como están. Por el contrario, la auténtica aceptación conduce a un cambio profundo desde la propia realidad, construir sobre lo sólido, porque el amor es un estímulo mucho mayor que la amenaza o la presión. Santa Teresa de Lisieux decía: “soy de tal naturaleza que el temor me hace retroceder; con el amor, no sólo avanzo, sino que vuelo” (Manuscritos Autobiográficos, A, folio 80).

Es posible ser santo aun sintiéndose inclinado a la sensualidad, a la envidia, a la mentira, a la mezquindad, ..., pero el primero movimiento consiste siempre en reconocerlo. Irritarse frente a los propios defectos o pretender ignorarlos sólo impide curarlos y sanarse. Creer que Dios acepta al individuo tal como es constituye un estímulo para reconocer la propia realidad y confiar en Su fuerza reconociendo la propia debilidad y necesidad de Él. Por el contrario, aceptarse con resignación, sin deseo de cambio, es signo de una mentira porque uno se acepta de verdad como creatura frente al Creador. Frente a Dios uno se acepta en su verdad más profunda, ser y vivir como hijo de Dios y hermano de los demás.

Franquear las fronteras significa emprender el camino del *seguimiento de Cristo*. Es el camino ya recorrido por Jesús y a través de Su muerte inauguró una vida nueva en la que ya no existen ni la angustia ni el sufrimiento ni la muerte. “He aquí que hago nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5).

Por consiguiente, **la fe se hace esperanza**. La esperanza es la consecuencia indispensable de una fe auténtica. La esperanza no es sólo prueba de la fe sino

también de la caridad. La esperanza da la medida de la fe y de la caridad. El pesimismo nunca es el fruto del Espíritu, pero, por otra parte, sería un error identificar la esperanza con el optimismo porque la esperanza se fundamenta en la fe mientras que el optimismo es simplemente un rasgo psicológico. El optimismo exagera los aspectos positivos de la vida, ignorando o minimizando sus aspectos negativos, mientras que la esperanza se fundamenta en el amor de Dios tal como se encarnó en la vida, muerte y resurrección de Jesús.

La esperanza *impide* la instalación, el dejar que las cosas sigan su curso, porque apunta hacia lo alto y jamás se contenta con lo ya alcanzado. Contrariamente al optimismo, la esperanza percibe con agudeza las deficiencias de la situación presente pero no se desanima y tampoco acepta componendas. La esperanza inspira en el amor evitando amarguras y fanatismo. En la Carta de San Pedro se exhorta a estar “siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que les pida razón de su esperanza. Pero háganlo con dulzura y respeto” (1 Pe 3, 15 - 16).

La esperanza implica *confiar* en la promesa de Dios. No se necesita la esperanza cuando se tiene ya la cosa al frente porque la esperanza no es la visión sino la espera confiando en la fidelidad de Dios a Su promesa. “Nuestra salvación es en esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues, ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero aguardar lo que no vemos, es aguardar con paciencia” (Rom 8, 24 – 25). Jesús confirma la fe de aquellos que tienen esperanza: “Dichosos los que no han visto y han creído” (Jn 20, 29). Porque “la fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven” (Heb 11, 1), a saber, la fe es el modo de tener ya lo que se espera y de conocer realidades que no se ven.

El compromiso para mejorar el mundo no se fundamenta básicamente en la convicción de la propia fuerza sino en la fe y esperanza de que para Dios todo es posible; aún más, que es en la propia debilidad donde mejor se despliega el poder y la fuerza de Dios. Es la experiencia de san Pablo: “Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza” (2 Cor 12, 9).

Pero la esperanza requiere de la *perseverancia*. La esperanza no es una caña movida por la más mínima brisa sino que debe estar anclada en la roca sólida, en el mismo Dios. Esto no significa que la esperanza excluye toda inquietud y toda agitación. La esperanza es la madre de la paciencia. La esperanza sabe esperar. Allí donde falta la esperanza, se experimenta una necesidad de movimiento y de sensaciones que se traduce en incontinencia verbal, curiosidad y una cierta agitación interna y externa. La auténtica esperanza conoce la inquietud del deseo pero desconoce la ansiedad de la impaciencia.

“Su caridad sea sin fingimiento; detestando el mal, adhiriéndose al bien; amándose cordialmente los unos a los otros; estimando en más cada uno a los otros; con un celo sin negligencia; con espíritu fervoroso: sirviendo al Señor; con la alegría de

la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad” (Rom 12, 9 – 13).

La **oración** alimenta la esperanza, haciéndola constante y firme. Toda la esperanza del discípulo está fundamentada en Jesús el Cristo, con quien, en la oración, el creyente va configurando su propia vida. Sólo Él da sentido pleno a la propia vida y, por ello, es preciso mantener una relación íntima y orante con Él.

El propio San Pablo es la prueba de que todo coopera al bien cuando se intenta de verdad amar a Dios. Él no se amargó frente a las decepciones, las dificultades y los sufrimientos; por el contrario, todo ello hizo de él un apóstol cada vez más entusiasta y generoso, que vivía en la esperanza y sabía transmitirla a los demás. “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?, como dice la Escritura: por tu causa somos muertos todo el día, tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto salimos vencedores, gracias a aquel que nos amó” (Rom 8, 35 – 37).

Lecturas bíblicas:

- Salmo 118: Dar gracias al Señor
- Jn 20, 11 – 18: Aparición a María de Magdala
- Jn 21, 1 – 18: Aparición a orillas del lago de Tiberíades
- Lc 24, 13 – 35: Los discípulos de Emaús
- Jn 20, 19 – 29: Los discípulos encerrados en el cenáculo
- Hechos 2, 14 – 41: Discurso de Pedro

Preguntas:

- 1.- ¿Encuentro sentido en mi vida y en lo que hago?
- 2.- ¿Recordar en mi vida las experiencias de Resurrección?
- 3.- ¿Realizo el oficio de consolador en mi trabajo ministerial?
- 4.- ¿Mi presencia es fuente de alegría para otros?

SEMANA 8: CONTEMPLAR PARA AMAR



Ignacio propone una contemplación, que él llama para alcanzar amor, con la que sugiere al ejercitante procesar, revisar, adecuadamente la experiencia que ha vivido durante los días de los ejercicios espirituales.

Petición de Gracia

Pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad. E E 233

Día 36: El Camino de los Ejercicios

A lo largo de los Ejercicios Espirituales, San Ignacio ayuda al ejercitante a emprender el camino de un encuentro profundo con Jesús el Señor. Este *proceso ignaciano* consiste básicamente en tres *experiencias*.

ρ El *sentido profundo* de la vida del ser humano. Es decir, la *verdad* sobre la propia vida como creatura de Dios (Principio y Fundamento). Al enfrentarse con su verdad fundante, el ejercitante reconoce la presencia del *pecado* como una falta de aceptación de su condición de creatura, un querer hacer las cosas de otra manera. Esta *tensión* entre la verdad propuesta y la mentira vivida se coloca bajo la mirada de Dios Padre quien ofrece su *misericordia* y su perdón. “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rom 5, 20). Así el ejercitante es invitado a profundizar en su proceso de conversión, renovando su vida de *servicio* y *eligiendo* según el plan de Dios. “No todo el que me diga *Señor, Señor* entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de Mi Padre” (Mt 7, 21).

ρ Este camino de conversión es el *seguimiento* de Cristo, ya que sólo Él es el camino que conduce al Padre. “A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, Él lo ha contado” (Jn 1, 18). “Si me conocieran a Mí, conocerán también a Mi Padre” (Jn 8, 19). Por consiguiente, la meditación y la contemplación de la *vida* de Jesús es esencial para aprender andar el camino a Su estilo. Esto significa la experiencia de la propia *desposesión* para dejar espacio a Dios en la propia vida. Es la experiencia del *misterio pascual*. No es cualquier seguimiento sino asumir los *critérios* del Hijo, buscando y eligiendo el *mejor* y el *mayor* servicio en la construcción del Reinado de Dios que es a la vez regalo divino y tarea humana.

ρ Si la primera experiencia es antropológica, la segunda es cristológica. El fruto de ambas experiencias es crecer en la total *disponibilidad* frente a Dios Padre, al estilo de Jesús, con la fuerza recibida del Espíritu. Es el “Toma, Señor, y recibe toda mi libertad”; es el “Tú Señor me lo diste, a Ti lo torno”. Es la experiencia de Pablo: “vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20). Es el hombre para los demás para que Cristo pueda seguir obrando la salvación en la historia, creando fraternidad desde aquellos que se encuentran marginados en Su nombre porque son sus predilectos.

El ejercitante, al hacer la experiencia de una *aceptación* profunda de parte del Padre, es invitado a aceptarse a sí mismo, su historia, su mundo. Pero esta aceptación profunda, si es auténtica, se averigua (se hace verdad) en la *devolución*: Tú me lo diste, a Ti lo devuelvo. Esta devolución se expresa en el *mayor* servicio.

Día 37: La Contemplación Ignaciana

En esta contemplación ignaciana se comienza con dos afirmaciones sobre el significado del **amor**: (a) el amor se debe poner más en las **obras** que en las palabras (cf. Jn 14, 21; 1 Jn 3, 18); y (b) el amor consiste en **comunicación** de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante.

En seguida se recomiendan cuatro puntos para la contemplación.

π Traer a la **memoria** los **beneficios recibidos** de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado de lo que tiene, y, por consiguiente, el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede según su ordenación divina. Con esto, reflexionar lo que de mi parte debo ofrecer y dar a su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas.

π **Mirar** como Dios **habita** en las creaturas, en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender; y así en mí dándome ser, animando, sensando, y haciéndome entender; asimismo haciendo templo de mí siendo creado a la similitud e imagen de su divina majestad. Con esto, también reflexionar lo que de mi parte debo ofrecer y dar a su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas.

π **Considerar** cómo Dios **trabaja** y labora por mí en todas las cosas creadas sobre la haz de la tierra. Así como en los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados, etc., dando ser, conservando, vegetando y sensando, etc. Con esto, también reflexionar lo que de mi parte debo ofrecer y dar a su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas.

π **Mirar** cómo todos los bienes y dones **descienden** de arriba, así como la medida potencia de la suma e infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descenden los rayos, de la fuente las aguas, etc. Después acabar reflexionando lo que de mi parte debo ofrecer y dar a su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas.

Esta contemplación afecta el significado y la vivencia del **tiempo** en la existencia de la propia vida, porque (a) el **pasado** se convierte en **memoria** de los beneficios recibidos; (b) el **presente** se hace ocasión de **reconocimiento** y de **comunicación** ya que Dios habita la creación y la historia, trabajando y laborando para la creatura; y (c) el **futuro** se transforma en una continua **entrega** divina, frente al cual el ejercitante está invitado a responder con todo lo que tiene y todo lo que es.

El fruto de esta contemplación es la entrega de la propia vida, confiando plenamente en el Creador.

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad,

*mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad,
 todo mi haber y mi poseer;
 Vos me lo distes, a Vos, Señor, lo torno;
 todo es Vuestro,
 dispomed a toda Vuestra voluntad;
 dadme Vuestro amor y gracia, que ésta me basta.*
 (Ejercicios Espirituales N° 234).

La experiencia que evoca el *me basta* de la oración revela un estado de **reconciliación** profunda en los niveles más básicos de la persona, de un tipo de satisfacción que es compatible con el auténtico deseo. La vivencia de un tener suficiente libera de la ansiedad y del centramiento en los propios pequeños deseos, que se basan en la inseguridad, porque permite dirigirlos hacia el Señor y la llegada de Su Reinado en la historia personal y la de la humanidad.

Es un momento privilegiado para la vida personal de fe, porque sitúa ante una **encrucijada**. Se puede optar por el camino del **desanimo** y del escepticismo, lamentando secretamente la frustración de los propios proyectos de perfección y ocultándola bajo toda clase de disfraces pseudo-espirituales o de expresiones cínicas.

Pero hay otra camino. Es el camino de quien ha recuperado una **segunda ingenuidad**, ha dejado de preocuparse por sus propios resultados y se ha abierto a la contemplación asombrada de lo que Dios es capaz de hacer si uno lo deja actuar. Es el camino de quien ha llegado a la constatación que viene de la sabiduría regalada por Dios: el proceso del seguimiento no es tanto hacer grandes cosas, cuanto consentir en estar **colocado con el Hijo** y dejar que Él continúa su obra de salvación y liberación mediante la vida de uno.

Día 38: Búsqueda y compromiso

Esta contemplación puede resumirse en la búsqueda del **rostro** de Dios en la creación como también en el compromiso de renovar el rostro de la tierra.

En los Salmos, la raza que pertenece a Dios es descrita como aquellos que **buscan** Su rostro (cf. Salmo 24, 6) y la creatura suplica a Dios para que no le oculte Su rostro (cf. Salmo 27, 8). Buscar el rostro de Dios significa ir buscando y descubriendo los distintos rasgos del amor del Padre, en la propia vida y en la historia, hasta poder reconstruir el rostro divino. Significa ir buscando activamente las distintas presencias de Dios en la sociedad, en los demás, en uno mismo.

Este trabajo de **reconstrucción** del rostro divino se debe a que todavía la imagen esta reflejada de manera borrosa como en un espejo (cf. 2 Cor 3, 18) y, por ello, hay que buscar la unidad en lo disperso, la verdad en lo aparente. De esa manera la historia de salvación se hace la salvación de la propia historia.

A veces la presencia de Dios se divisa en la ausencia debido a la presencia de todo aquello que contradice y entristece este rostro de Dios. Es la prolongación de la Pasión en la historia actual. Por ello, también es necesario **renovar** el rostro de la tierra (“et renovabis faciem terrae”), porque el amor agradecido se pone “más en obras que en palabras”.

La experiencia de la propia **liberación** compromete con la tarea de liberar. Liberar en el sentido de desenmascarar, sacando hacia fuera esta presencia de Dios se encuentra oculta en las personas, en las situaciones y en las instituciones. La creatura tiende hacia el Creador. Entonces, hay que ir liberando, limpiando, quitando la mentira del mundo y de las personas, para que cada día se vayan pareciendo más al Creador que las hizo **a su imagen y semejanza** (cf. Gén 1, 27).

“La ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es objeto de esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero esperar lo que no vemos, es aguardar con paciencia” (Rom 8, 19 – 25).

El descubrimiento que en la propia vida **todo es gracia** resulta por cierto profundamente liberador, pero también, y justamente por ello, desaparece cualquier motivo para dejar de servir y amar a Dios. No existe excusa para no

entregarse, por amor a Dios, en una vida de servicio en una actitud de total disponibilidad. Esta conclusión hace retornar al comienzo (al Principio y Fundamento) porque es una nueva manera de situarse frente a Dios, frente a los demás y frente a uno mismo. La relación de creatura y Creador se ha convertido en una relación de Padre e hijo en compañía del hermano mayor.

“Ustedes son mis amigos, si hacen lo que Yo les mando. No les llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a ustedes les he llamado amigos, porque todo lo que he oído a Mi Padre se lo he dada a conocer” (Jn 15, 14 – 15).
¿Busco el rostro de Dios y reconozco que todo es Gracia?

Día 39: Los brazos abiertos, y revitalizar la fe

En un pequeño pueblo alemán, a finales de la Segunda Guerra Mundial (mayo de 1945), había una pequeña capilla donde colgaba un gran Cristo crucificado. Durante aquellos meses, cada vez que sonaba la alarma aérea, todo el pueblo salía de sus casas para entrar en los refugios subterráneos, donde esperaban mientras duraba el bombardeo.

Una tarde, al terminar uno de aquellos bombardeos, los vecinos comprobaron que las bombas habían caído sobre la capilla del pueblo y que había quedado prácticamente destruida. Todo el pueblo se reunió para ayudar al párroco a retirar los escombros, con el fin de recuperar el sagrario, los cálices y lo que pudiera salvarse. Al apartar una gran masa de piedra, encontraron el crucifijo que no se había deshecho por completo. Únicamente se había quebrado por la parte más frágil de cualquier crucifijo: los *brazos*. Pero la talla estaba prácticamente entera

Allí mismo se sugirió hacer entre todos una colecta para restaurar el crucifijo y volver a dejarlo como estaba antes del bombardeo. Pero no tardaron en desechar la idea. Por eso, cuando se visita hoy ese pueblo, se puede ver una capilla moderna, muy distinta del anterior; pero al entrar en ella, se ve el viejo crucifijo tradicional, sin brazos, tal como salió del bombardeo.

Junto al crucifijo antiguo hay un pequeño letrero con una inscripción que dice: *Ustedes serán mis brazos*. Realmente, el cristiano está llamado a ser el brazo del Señor en la vida diaria. Y brazo significa un hombro donde la gente puede *apoyarse*; una mano dispuesta siempre a *dar*; un abrazo siempre dispuesto para *acoger*.

Revitalizar la fe

Una de las grandes necesidades del tiempo actual es la revitalización de la fe. Entusiasmarse con la fe, re-enamorarse con la Persona de Jesús, tiene una repercusión directa sobre la manera de relacionarse con los *demás* y la construcción de una *sociedad* más fraterna y más justa. La base de la opción por los pobres es la fe porque es al propio Dios a Quien se ve en el rostro del pobre y marginado. “En verdad les digo que cuanto hicieron a unos de estos hermanos míos más pequeños, a Mí me lo hicieron” (Mt 25, 40).

La fe auténtica se traduce en obras concretas. “No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre” (Mt 7, 21). “Todo el que cumpla la voluntad de Mi Padre Celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt 12, 50). En su último discurso, Jesús declara solemnemente: “Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Que, *como Yo* les he amado, así améense también ustedes los unos a los

otros. En esto conocerán todos que son discípulos míos: si se tienen amor los unos a los otros” (Jn 13, 34 – 35).

La fe exige las obras concretas, y las obras del discípulo son testimonio de la fe. “Brille su luz delante de los hombres, para que vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre que está en los Cielos” (Mt 5, 16). Las obras concretas hacen creíble la fe que se profesa y es desde la fuerza de la fe que se realizan las buenas obras.

Por ello, la crisis de la fe tiene consecuencias de largo alcance, porque afecta directamente al sentido de la vida, debilita el compromiso, hace intolerable el dolor y la desesperanza se extiende mucho más que en una sociedad en la que la existencia tiene un sentido.

Cuando la fe es débil o está ausente, la *soledad* se convierte en una amenaza mucho mayor. En una cultura impregnada de fe, las personas buscan soledad porque en ella pueden encontrar a Dios, y así ha sido siempre; pero cuando Dios ha muerto, la soledad se convierte en aislamiento. Ahora bien, el ser humano no puede vivir solo y por eso las personas se reúnen y discuten para escapar a su sensación de soledad. De hecho, parece que hoy se dialoga más que en otros tiempos pero que a la vez hay menos contactos verdaderos porque se busca al otro para escapar de uno mismo y no para comunicarse con el otro.

Cuando no hay fe ni sentido de lo espiritual, esta ausencia puede llevar a acentuar exageradamente la productividad y la eficiencia, hasta el punto de que una cultura orientada hacia Dios es reemplazada por una cultura orientada exclusivamente al *trabajo*. Esto conlleva mucho sufrimiento, ante todo, para los que son o se hacen incapaces de trabajar, pues se sienten inútiles, rechazados y frustrados. Pero también supone mucha miseria para los que trabajan porque muchas veces se sacrifican otros valores más importantes, como, por ejemplo, la familia. Hasta el mismo ministerio, debido a una sobrecarga de trabajo, puede llegar a perder su intuición primera y degenerarse en una simple profesión o ocupación.

Cuando el espíritu de fe y de oración se debilita, la *Iglesia* pierde una parte de su fuerza y de su dinamismo interior. Este estado de cosas conduce, a su vez, a una sobrestima de la exterioridad y a una esclerotización de las estructuras y de la institución; lo cual ocasiona a los individuos numerosos sufrimientos no evangélicos, prestando así un flaco servicio a la credibilidad de la Iglesia y reforzando el círculo vicioso de la crisis de la fe.

Las graves *injusticias* existentes en la sociedad guardan también estrecha relación con la debilidad de la fe porque cuando la fe es débil, la injusticia crece y se institucionaliza mucho más rápidamente ya que se cae con más facilidad a encerrarse en los propios intereses y desinteresarse por proyectos más fraternos. Por otra parte, la creciente falta de interés por los problemas sociales en los cristianos hace que la fe sea absolutamente inaceptable para el no creyente.

¿Cómo es posible creer en el amor y en la justicia cuando aquellos que hacen del amor y de la justicia el centro de su fe no los ponen en práctica?

Día 40: EL Agradecimiento

El agradecimiento crea una *actitud positiva* hacia la vida e inaugura un modo gozoso de *encontrar a Dios en todas las cosas*. Las personas agradecidas son seres agradables y hacen la vida – la propia y la de los demás – más feliz y más rica; por el contrario, las personas ingratas y amargadas hacen la vida – la propia y la de los demás – bastante miserable.

Jesús era una *persona agradecida*, mostrando su agradecimiento por las cosas de la vida, pequeñas y grandes: tanto por el vaso de agua de la samaritana como por la amistad que encontró en María, Marta y Lázaro. Pronunciaba una oración de agradecimiento antes de la comida (cf. Mt 15, 36; 26, 27) y también antes de resucitar a Lázaro de la tumba (cf. Jn 11, 41). Una y otra vez se señala que Jesús daba gracias al Padre (cf. Lc 10, 21).

El agradecimiento es el fruto de una *dependencia aceptada*. Su extrema opuesto es el orgullo que hace creer que sólo importa los logros personales y que todo se debe únicamente al propio esfuerzo. El agradecimiento reconoce que algo se *recibe* y, en consecuencia, la dependencia de otra persona que ha entregado. El agradecimiento es aceptar lo que otro entrega.

Hay personalidades independientes a las que les cuesta mucho admitir la dependencia sobre otros, la necesidad que tienen de otros. Sin embargo, todo lo que uno tiene y es lo ha recibido de otros: la lengua, el pensamiento, la fe, etc. El agradecimiento supone aceptar que uno no es el origen de su propio ser y de que necesita de otros para existir. El agradecimiento reconoce de un modo positivo lo que los demás hacen para uno y significan para uno.

Es necesario *aprender* a ser agradecido porque en cada uno pervive la tendencia de atribuirlo todo a uno mismo o a no apreciar las cosas. De hecho, admitir la propia dependencia exige una cierta *madurez*.

Un niño se alegra por un regalo sin preguntarse por su origen y tiene que ser educado a dar las gracias porque espontáneamente no se le ocurre hacerlo. Los niños reciben sin preguntar los regalos que reciben. Por otro lado, el adolescente comprende de dónde proceden las cosas pero frecuentemente encuentra dificultad admitir la dependencia, lo que conduce a un comportamiento reiteradamente inarmónico e incluso injusto, que puede herir realmente a los demás. Por último, el adulto ha aceptado sus limitaciones y, en consecuencia, es capaz de reconocer y aceptar con un corazón agradecido. El adulto descubre que los valores más importantes de la vida no se pueden comprar ni obtener a base del solo esfuerzo, porque lo que da profundidad y paz a la vida es el don, no tanto el logro: el amor, la fe, la oración, la fidelidad, la amistad, el perdón, la esperanza, la buena salud, etc.

El agradecimiento significa *confianza* en el otro. Si se recibe un regalo y se desconfía del donante, entonces simplemente no se disfruta de verdad y uno se pregunta qué significa el regalo: qué es lo que va a pedir la otra persona, cuál es la presión que está ejerciendo, etc. Por el contrario, cuando hay confianza, el agradecimiento celebra el vínculo que une al donante con el receptor, porque de alguna manera implica permitir la entrada de alguien en mi propia vida. Aceptar un regalo es aceptar al donante.

Pero no siempre se encuentra *el donante en el regalo* y, a veces, se ha perdido el sentido del regalo como algo de entrega hacia el otro. A veces se regala porque corresponde hacerlo pero responde más a una costumbre que a una acto intencional. Un ejemplo deja en claro la diferencia.

Cada jueves, una anciana de una residencia recibía un precioso ramo de flores de su hija. La madre estaba encantada y siempre ponía las flores en una mesa en el centro de la habitación y dejaba la puerta abierta, con la esperanza de que alguien reparase en las flores e hiciera algún comentario, pues eso lo daría la oportunidad de hablar de su hija. El día de su cumpleaños, su hija viajó para pasar el día con ella. La madre manifestó a su hija el gozo que producía recibir aquellos ramos de flores, porque ello significaba que su hija le recordaba constantemente. La hija, en el curso de la conversación, le confesó que del envío de las flores se encargaba una empresa especializada, a la que pagaba a través de un banco. El jueves siguiente, las flores llegaron como de costumbre. La madre colocó el ramo de flores sobre la mesa, pero esta vez dejó cerrada la puerta de su habitación porque el ramo había perdido parte de su significado ya que la donante estaba menos presente en el don.

El *creyente* puede experimentarlo todo como un don en que el donante está presente, de modo que las cosas, las situaciones y las personas adquieren una plenitud y llevan en sí mismas una riqueza y una referencia al Dador. Pero también se pueden mirar las cosas, incluso las personas, de un modo práctico y frío, evaluándolas en función de su utilidad y eficacia, sin pasar más allá.

También existe el peligro de perderse tan completamente en el don que *se olvide el donante*. Ser agradecido significa remontarse al origen de las cosas y acceder a su verdadero centro. El agradecimiento es expresión de la condición de creatura y transforma los acontecimientos en piezas de mosaico de la historia de amor de Dios con la humanidad, en instantes de la historia de la salvación. La persona agradecida es capaz de leer su historia como una de salvación.

Recibir un regalo *anónimo* es desconcertante, porque el sentido del regalo es saber quién está detrás de él. El agradecimiento supone estar consciente del propio valor frente al otro, pero a la vez es altruista al saber agradecer. El egocentrismo y el egoísmo son los auténticos enemigos de todo tipo de agradecimiento porque quien

no persigue más que su propio interés y centra su atención en sí mismo, nunca será una persona agradecida, como tampoco lo es quien se deja absorber completamente por el don hasta tal punto de olvidar al donante.

Ser agradecido significa no considerarse el centro del universo ni creerse ser merecedor de nada, sino es confesar que todo *se le debe a Dios*. El agradecimiento no ve realidades diferentes sino que ve las realidades de manera distinta. El agradecido es capaz de sacar fuerzas en los momentos difíciles porque es capaz de reconocer también lo positivo en los horizontes negativos. Una enferma de esclerosis múltiple, sentada en una silla de ruedas y con la mano izquierda completamente paralizada, es capaz de estar agradecida por poder usar todavía la mano derecha. Realmente, frente a la enfermedad de otras, uno cae en la cuenta de cuánto debe de estar agradecido por lo que suele tomar por supuesto.

La persona agradecida *no se minimiza a sí misma* porque esta actitud no tiene nada que ver con el complejo de inferioridad. No se puede estar al mismo tiempo descontento y agradecido. El verdadero problema no es el de ser objeto de reconocimiento sino el de dejar que éste revierta exclusivamente sobre uno mismo y no se extienda hasta la fuente última de todo bien. Una vez que se reconoce que todos los propios éxitos y logros tienen su origen en Dios, se podrá disfrutarlos plenamente sin ningún tipo de orgullo ni vanagloria. Es el canto del Magnificat (cf. Lc 1, 46 – 55).

La persona agradecida es una persona en *actitud constante de alerta*. El olvido, el no agradecer, es a veces consecuencia de un modo de vida egocéntrica. La disposición para agradecer abre la vida al otro y demuestra una sensibilidad que no tomar por supuesto las cosas. Una persona desagradecida lo experimenta todo como una carga y un deber, como una fatalidad y una coerción, como una amenaza y un desastre. El agradecimiento presenta una perspectiva distinta: abre espacios y libera.

El agradecimiento es mantener *una memoria en el corazón*. El agradecido recuerda y prepara el corazón para entregar. El agradecimiento implica receptividad, pero de ninguna manera pasividad, porque transforma el don en una tarea a realizar. En este mundo hay mucho sufrimiento y injusticia que son un llamado a trabajar pacientemente e incansablemente por una sociedad más fraterna. Para esta tarea, las personas agradecidas están mucho mejor preparadas porque reconocen también el mal que existe en ellos y se entregan con la confianza depositada en Aquél que es justo.

Lecturas bíblicas:

- Salmo 104: Esplendores de la creación
- 1 Jn 4, 7 – 5, 4: Fe y Caridad

- 1 Cor 12, 1 – 11: los Carismas
- Efesios 1, 3 – 14: el Plan Divino de Salvación

Sugerencia de la PAUSA IGNACIANA para la vida diaria:

La finalidad es **buscar y hallar a Dios en todas las cosas**, es decir, reconocer la presencia de Dios en la propia vida y a mi alrededor. Gradualmente, con práctica, llega a ser una manera de ver, comprender, querer, pensar, y actuar.

Por consiguiente, la pausa ignaciana no se reduce a ser un balance que se hace al final del día para enjuiciar lo bueno y lo malo. Tampoco se trata de compararse con un modelo imaginario de perfección que sólo sirve para frustrarse y desanimarse. La pausa ignaciana pretende ser una ayuda para crecer en la intimidad con Dios y su vivencia práctica en mi relación con los otros; como consecuencia también me doy cuenta de mis fallas pero sólo desde Él.

1.- Agradecer

- * Tranquilarse y ponerse en la presencia de Dios
- * Revivir el día sin emitir juicio: con quién estuve, qué hice, qué dije, qué me dijeron
- * Hacer consciente mis sentimientos: cuál es mi estado de ánimo, qué me molestó, qué me dio alegría, etc.
- * Doy gracias por todo

2.- Pedir perdón y perdonar

- * Delante del Padre misericordioso pedir perdón por mis inconsistencias
- * Perdonar a las personas que me han hecho daño, aunque sea sin intención
- * Agradecer a Dios por aceptar tal como soy (no por lo que hago o dejo de hacer)

3.- Acto de confianza en Dios

- * Abandonarme en las manos del Padre
- * Pensar en mis compromisos del día siguiente
- * Confiar en Él

Anexo 6: EL DON DEL PERDÓN

1.- ¿Por qué perdonar?

¿Quieren ser felices un instante? Vénguense

¿Quieren ser felices siempre? Perdonen (Henri Lacordaire)

La *importancia* del perdón en nuestras vidas se revela en el momento que consideramos las consecuencias de su ausencia:

- | perpetuar en sí y en los demás el daño sufrido
- | vivir con un resentimiento constante
- | permanecer aferrado al pasado

2.- ¿Qué es perdonar?

Perdonamos demasiado poco y olvidamos demasiado (Madame Swetchine)

Es preciso desenmascarar las falsas *concepciones* del perdón:

- | perdonar no es olvidar
- | perdonar no significa ignorar
- | perdonar requiere más que un acto de voluntad
- | perdonar no puede ser una obligación
- | perdonar no significa sentirse como antes de la ofensa
- | perdonar no exige renunciar a los propios derechos
- | perdonar al otro no significa disculparle
- | perdonar no es una demostración de superioridad moral
- | perdonar no consiste en traspasarle la responsabilidad a Dios

- ✓ Perdonar significa etimológicamente **dar en plenitud** y expresa una forma de amor hasta el extremo porque es amar a pesar de la ofensa sufrida.
- ✓ “Como el Señor les ha perdonado, así también hagan ustedes” (Col 3, 13). El Padre Nuestro (Mt 6, 9 – 13) más que una condición es un estilo de vida: tal como el Padre les perdona, aprendan ustedes también a perdonar (coherencia y consecuencia).

3.- El perdón auténtico

No sólo hay falsos perdones sino también falsos *motivos* para perdonar:

- | el perdón sólo puede practicarse en los casos de ofensas injustificadas
- | la herida se mide menos respecto a la seriedad objetiva de la ofensa que a la importancia de las expectativas, ya sean éstas realistas o no (expectativas desmesuradas)
- | transformar en un drama los pequeños problemas o desengaños pasajeros habituales
- | moviliza recuerdos del pasado y provoca una reacción en cadena, de tal manera que la ofensa del presente se percibe a través de la mirada asustada y amplificadora del niño que vive en el adulto
- | la incapacidad de perdonar tiene su origen en viejas heridas o frustraciones de la infancia

4.- El proceso de perdonar

Etapas del Perdón	
1.- Decidir no vengarse y hacer que cesen los gestos ofensivos	<ul style="list-style-type: none"> ▸ Renunciar a la venganza (el que se venga deberá cavar dos tumbas - proverbio chino) porque ▸ enfoca atención y energía hacia el pasado ▸ reaviva constantemente la herida ▸ entra en la misma dinámica del ofensor ▸ engendra profundo sentimiento de culpabilidad ▸ estar en perpetuo estado de temor y ansiedad a la espera de un contraataque ▸ juicio desvalorizador del otro se vuelve contra uno ▸ fomenta sentimientos de resentimiento, hostilidad, cólera conducentes al estrés.
2.- Reconocer la herida y la propia pobreza interior	<ul style="list-style-type: none"> ▸ Negación cognitiva: olvido de ofensa, falsas excusas para descargar responsabilidad al ofensor, perdón superficial para borrar conflicto ▸ negación emotiva: vergüenza al descubrir propia vulnerabilidad – sensación de debilidades expuestas públicamente sintiéndose amenazado por el ridículo/rechazo (distinguir culpabilidad, <i>he hecho mal</i> al violar un precepto que representa ideal personal/social, y vergüenza, <i>soy malo y no valgo nada</i>); cólera y venganza ocultan propia vergüenza al sentirse humillado; represión de agresividad puede conducir a autopunición (preferible sentirse culpable que avergonzado e impotente); adoptar actitud de poder/superioridad para no experimentar vergüenza; perfeccionista ético se obliga a perdonar porque así corresponde al modelo de virtud aprendido
3.- Compartir la herida con alguien	<ul style="list-style-type: none"> ▸ Tentación de reacción defensiva mediante el aislamiento y sentirse víctima/mártir ▸ reacción sana es compartir sufrimiento con alguien que sabe escuchar sin juzgar ni moralizar ni agobiar con consejos ni aliviar dolor con consejos superficiales ▸ compartir rompe soledad, hace revivir con calma, distancia y capacidad de relativizar ▸ en lo posible compartir ofensa con ofensor para que se dé cuenta o encomendarlo a Dios
4.- Identificar la pérdida para hacerle el duelo	<ul style="list-style-type: none"> ▸ Si no se celebra el duelo de lo perdido, no se podrá perdonar ▸ celebrar el duelo identificando bien la herida (otra manera no se puede curar) ▸ ofende más la propia interpretación de un hecho que el hecho en sí ▸ distinguir ente el <i>siempre</i> y esta ocasión <i>particular</i>, la plena responsabilidad y el conjunto de circunstancias ▸ sanar las heridas de la infancia porque a veces menor ofensa refleja traumas antiguos

<p>5.- Aceptar la propia cólera y el deseo de venganza</p>	<p>▸ Distinguir entre cólera (irritabilidad interior provocada por contrariedad) y odio/resentimiento (cuya finalidad es hacer daño al otro) ▸ cólera es espontánea y pasajera mientras resentimiento es voluntario y cultivado ▸ diversas formas de resentimiento (sarcasmo, odio, actitud despectiva, hostilidad sistemática, crítica reprobatoria ▸ cólera reprimida suele desplazarse hacia otros “objetos” inocentes; volverla contra uno mismo; disfrazarse de culpa, crítica rabiosa, cinismo frío, hostilidad enfadada; puede producir (a) en caso de manifestaciones excesivas de cólera, oclusión coronaria, artritis degenerativa, úlceras pépticas, (b) en caso de represión de cólera, enfermedades de piel, artritis reumática, colitis ulcerosas, y (c) en caso de excesivo autocontrol sin expresión de cólera, asma, diabetes, hipertensión y migrañas ▸ no existen emociones negativas en sí mismas porque son energías humanas positivas que exigen ser reconocidas, dominadas y utilizadas en el momento oportuno; por el contrario, cuando son reprimidas se vuelven anárquicas e incontrolables</p>
<p>6.- Perdonarse a sí mismo</p>	<p>▸ Momento decisivo porque esfuerzos para perdonar al otro son neutralizados por el odio hacia uno mismo ▸ bajo efecto de una gran decepción se tiende a auto-culparse ▸ tres fuentes básicas de auto-desprecio: decepción por no haber estado al altura del ideal, mensajes negativos recibidos de padres y personas significantes, y presencia de factores reprimidos y no desarrollados ▸ identificación con agresor para sobrevivir intentando escapar situación de víctima y asumir apariencia de autonomía; así se contamina por acción del agresor y se hace cómplice del propio ofensor persiguiéndose a uno mismo (contra uno mismo – soy tonto – o contra los demás – son tontos); de allí necesidad de perdonarse por identificación con ofensor ▸ si alguien es cruel consigo mismo, ¿cómo puede ser compasivo con los demás? ▸ perdonarse es aceptarse</p>

<p>7.- Comprender al ofensor</p>	<p>▸ Comprender no significa excusar sino descubrir su motivación y su persona ▸ imposible comprenderlo todo pero un mínimo entendimiento hace más fácil el perdón al encontrar algunas razones de conducta ofensiva ▸ perdonar con ojos abiertos para no reducir ofensor a la maldad personificada (fruto de obsesión) ▸ no juzgar evangélico dice relación a no condenarlo (Mt 7, 1) y recuerda mirada objetiva al establecer que hay fijarse en la propia viga antes de la mota en el ojo del otro (Mt 7, 3) ▸ condenar al ofensor puede ser auto-condena cuando lo que repruebo en otro es a menudo una parte de uno que se niega a reconocer porque en el fondo refleja falta de auto-aceptación ▸ mejor comprensión de antecedentes familiares, sociales, culturales ayudar a perdonar al otro sin justificar su conducta ▸ ayuda a descubrir intención positiva aunque mal expresada (humillar para corregir) ▸ si algunos hacen daño con buena intención, otros lo hacen sin querer ▸ comprender al ofensor es respetarle su dignidad humana porque cuanto más profunda es la herida más la tendencia a reducirlo a sus defectos y querer destruirlo (capacidad de creer en su crecimiento y corrección) ▸ comprender es aceptar que no se comprende todo</p>
<p>8.- Encontrarle un sentido a la ofensa en la propia vida</p>	<p>▸ Integrar ofensa en propia vida (¿qué he aprendido?) ▸ visión positiva ayuda a beneficiarse de ella sin encerrarse en auto-compasión ▸ el primer impacto es perturbación pero después es preciso construir ▸ folklore chino: el hijo de un granjero se rompió una pierna, los vecinos acuden para lamentar desgracia pero granjero no dice nada; más tarde llegan militares para reclutar a jóvenes del pueblo y no cargan con joven lisiado; vecinos acuden exclamando suerte del granjero ▸ ofensa conduce a conocerse mejor a uno mismo ▸ importante es apelar al potencial más excelso del hombre: el transformar una tragedia personal en victoria; un sufrimiento, en realización humana (Victor Frankl – prisionero en campo de concentración)</p>
<p>9.- Saberse digno de perdón y ya perdonado</p>	<p>▸ Se entra en horizonte espiritual donde no se trata tanto de hacer cuanto de dejarse hacer: la acogida de la gracia ▸ sin la experiencia personal de saberse perdonado no es posible perdonar ▸ en momento de saberse perdonado el Yo profundo se sabe unido a la fuente del amor e inseparable de ella (experiencia de Magdalena y Samaritana) ▸ obstáculos a la aceptación del perdón: creerse imperdonable por la enormidad de propias faltas; no creer en la gratuidad del amor porque todo tiene un precio; no sentir necesidad de él por ausencia de sentido ético; considerar culpabilidad como una laguna psicológica ▸ desafío consiste en aceptar recibir el perdón sin sentirse humillado o rebajado ▸ en definitiva quien no se ama y no se perdona tampoco puede amar ni perdonar al otro ▸ a la vez el amor y el perdón hacia uno mismo parecen irrealizables sin la misericordia del Otro ▸ por tanto, para ser capaz de perdonar es esencial saberse digno de perdón y perdonado</p>

10.- Dejar de obstinarse en perdonar	<p>‣ Desprenderse del orgullo sutil e instinto de dominación, dejando de buscarse a uno mismo, renunciar al deseo de perfección personal, superar el voluntarismo aceptando la ayuda de Dios ‣ mantener barco rumbo al perdón pero dejar de remar para ser llevado por brisa divina ‣ Jesús gritó: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34) ‣ perdonar setenta veces siete (Mt 18, 21 – 22) contradice opinión de Lamek de vengarse setenta y siete veces para introducirse en dinámica de gratuidad y actuar desde el ser perdonado por Dios</p>
11.- Abrirse a la gracia de perdonar	<p>‣ “Sed compasivos como su Padre es compasivo” (Lc 6, 36) ‣ examinar la propia imagen de Dios que se tiene y se vive (se puede hablar de un Dios misericordioso pero vivir bajo la imagen de un dios cruel y castigador, herencia de la infancia) ‣ ¿será el perdón divino condicionado por el perdón humano (cf. Mt 6, 14 – 15)? ‣ Dios asume la iniciativa de regalar el perdón pero no fuerza para acogerlo porque respeta la libertad humana ‣ Él perdona pero uno tiene que aceptar este perdón</p>
12.- Decidir replantear relación con ofensor	<p>‣ Perdón no es reconciliación en sentido de que no ha pasado nada ‣ no se puede exponerse nuevamente a sufrir vejaciones ‣ no se puede reemprender una relación de un pasado que ya no existe ‣ sólo queda profundizarla o replantearla ‣ en caso de desaparición del ofensor (p.e. muerte) puede ayudar gesto simbólico ‣ verdadera reconciliación en una relación implica cambios reales en comportamiento de ofensor y ofendido ‣ a veces una ruptura o separación no necesariamente niega el perdón cuando no existe otra alternativa</p>

5.- La dinámica del perdón

Actitud Previa:	
↗	↓
¿Por qué perdonar?	liberarse de falsos conceptos de falsos motivos corregir falsos motivos
<p>ACEPTAR: <i>“¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque éstas llegasen a olvidar, Yo no te olvidado” (Is 49, 15)</i></p>	<ul style="list-style-type: none"> ▸ Decidir no vengarse y hacer que cesen los gestos ofensivos ▸ Reconocer la herida y la propia pobreza interior ▸ Compartir la herida con alguien ▸ Identificar la pérdida para hacerle duelo <p>Lectura: Salmo 23 (<i>El Señor es mi Pastor</i>) Salmo 103 (<i>Él perdona</i>)</p>
<p>OPTAR <i>“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34)</i></p>	<ul style="list-style-type: none"> ▸ Colocar al frente la propia cólera y deseo de venganza ▸ Perdonarse a sí mismo ▸ Comprender al ofensor ▸ Encontrarle un sentido a la ofensa en la propia vida <p>Lecturas: Lc 6, 46 – 49 (<i>necesidad de obras</i>), Hechos 7, 55 – 60 (<i>actitud de Esteban</i>) y Mt 18, 21 – 35 (<i>perdón de las ofensas</i>)</p>
<p>PERDONAR <i>“Sean compasivos como su Padre es compasivo” (Lc 6, 36)</i></p>	<ul style="list-style-type: none"> ▸ Saberse digno de perdón y ya perdonado ▸ Dejar de obstinarse en perdonar ▸ Abrirse a la gracia de perdonar ▸ Replantear la relación con ofensor <p>Lecturas: Mt 6, 7 – 15 (<i>Padre nuestro</i>), Jn 8, 1 – 11 (<i>mujer adúltera</i>)</p>
<p>CELEBRAR: Lectura: San Lucas todo el capítulo 15</p>	

6.- A modo de conclusión

Con respecto a la parábola del *Padre misericordioso*, mal llamada del *Hijo pródigo* (cf. Lc 15, 11 – 32) porque el verdadero protagonista de la narración no es otro que el Padre, Henri Nouwen (1932 – 1996) cuenta que unas palabras de una amiga suya le impactaron profundamente:

“Tanto si eres el hijo mayor como si eres el hijo menor, debes caer en la cuenta de que a lo que estás llamado es a ser el padre. (...) Toda tu vida has estado buscando amigos, suplicando afecto; has estado interesado en miles de cosas, has rogado que te apreciaran, que te quisieran, que te consideraran. Ha llegado la hora de reclamar tu verdadera vocación: ser un padre que puede acoger a sus hijos en casa sin pedirles explicaciones y sin pedirles nada a cambio. Mira al padre de tu cuadro y verás lo que estás llamado a ser. Nosotros, en Daybreak, y la mayor parte de la gente que te rodea, no necesitamos que seas un buen amigo o un buen hermano. Lo que necesitamos es que seas un padre capaz de reclamar para sí la autoridad de la verdadera compasión. Mirando al anciano vestido con aquel manto rojo, sentía una profunda resistencia a pensar en mí de aquella forma. Me identificaba más con el joven derrochador o con el rencoroso hijo mayor. Pero la idea de ser como aquel anciano que no tenía nada que perder porque ya lo había perdido todo y sólo le quedaba dar, me abrumaba”².

El autor concluye con estas palabras:

“¡Era tan fácil identificarse con los dos hijos! Su desobediencia es tan comprensible y tan humana que el identificarse con ellos surge de inmediato. (...) ¿Pero que hay del padre? ¿Por qué prestamos tanta atención a los hijos cuando es el padre el centro, aquél con quien debo identificarme?”³.

“Si Dios es misericordioso, los que aman a Dios deberán ser misericordiosos. El Dios que Jesús anuncia y en cuyo nombre actúa, es el Dios de la misericordia, el Dios que se ofrece como ejemplo y modelo de comportamiento humano. Pero hay más. Convertirse en

² HENRI NOUWEN, *El regreso del hijo pródigo: meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*, (Madrid: PPC, 1997²⁰), pp. 27 – 28.

³ HENRI NOUWEN, *ibid.*, pp. 132 – 133.

el Padre celestial no es sólo un aspecto importante de las enseñanzas de Jesús; es el núcleo mismo de su mensaje. (...) La gran conversión a la que nos llama Jesús consiste en pasar de pertenecer al mundo para pertenecer a Dios (cf. Jn 17, 16 – 21)”⁴.

“El padre de Rembrandt es un padre que se ha ido vaciando de sí mismo por el sufrimiento. A través de muchas *muertes* se hizo completamente libre para recibir para dar. Sus manos extendidas no mendigan, no amarran, no exigen, no advierten, no juzgan ni condenan. Son manos que sólo bendicen, que lo dan todo sin esperar nada”⁵.

La necesidad de perdonar, por razones psicológicas y espirituales, inicia un camino donde uno se encuentra cara a cara con su propia fragilidad, y, entonces, mayor razón para confiar plenamente en Dios Padre.

Es la experiencia de Pablo cuando escribe: *Me contestó: te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad. Así que muy a gusto presumiré de mis debilidades, para que se aloje en mí el poder de Cristo. Por eso estoy contento con las debilidades, insolencias, necesidades, persecuciones y angustias por Cristo. Pues, cuando soy débil, entonces soy fuerte* (2 Cor 12, 9 – 10).

⁴ HENRI NOUWEN, *ibid.* pp. 135 – 136.

⁵ HENRI NOUWEN, *ibid.* p. 151.

Bibliografía

- Dolores Aleixandre RSCJ, *Compañeros en el camino: iconos bíblicos para un itinerario de oración*, (Santander: Sal Terrae, 1995).
- William Barry s.j., *Finding God in All Things: a Companion de the Spiritual Exercises of St. Ignatius*, (Indiana: Ave Maria Press, 1991).
- Piet van Breemen s.j., *As Bread is Broken*, (New Jersey: Dimension Books, 1974).
- Piet van Breemen s.j., *Transparentar la gloria de Dios*, (Santander: Sal Terrae, 1995).
- Piet van Breemen s.j., *Te he llamado por tu nombre*, (Santander: Sal Terrae, 1997).
- M. Cowan CSJ y J. C. Futrell s.j., *The Spiritual Exercises of St. Ignatius of Loyola: a Handbook for Directors*, (New York: Le Jacq Publishing, 1982).
- Juan Díaz s.j., “Ejercicios Espirituales 1995”, en *Revista Católica* 1107 (1995) pp. 183 – 229.
- Ignacio Iparraguirre s.j., Cándido de Dalmases s.j., y Manuel Ruiz Jurado s.j., *San Ignacio de Loyola: Obras Completas*, (Madrid: BAC, 1991, quinta edición).
- Jean Laplace s.j., *Diez días de Ejercicios: guía para una experiencia de la vida en el Espíritu*, (Santander: Sal Terrae, 1987²).
- Carlos María Martini s.j., *Promise Fulfilled*, (Canadá: St. Pauls, 1994).
- Carlos María Martini s.j., *Poner orden a la propia vida*, (Bogotá: San Pablo, 1997, segunda edición).
- Fidel Oñoro, *A la escucha del Maestro: iniciación a la lectura orante de la Biblia*, (Bogotá: CELAM, 1996).
- Karl Rahner s.j., *Meditaciones sobre los Ejercicios de San Ignacio*, (Barcelona: Herder, 1977).
- Florencio Segura s.j., *Ocho días de ejercicios según el método de San Ignacio de Loyola*, (Santander: Sal Terrae, 1992).

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, microfilme, offset, mimeografía, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor o autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual. Ley 23 de 1982.

©2018-2028

Fotografías del interior pertenecen a pixabay y al archivo del autor y éstas pueden ser reproducidas citando la fuente.

Primera Edición: Enero de 2018, Agotada en físico.

Segunda Edición Digital: 20 de abril de 2023.

Carátula y Edición: El Autor

Bogotá DC - Colombia

DEDICATORIA

A la Santísima Trinidad: PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO, fuente, origen y meta de toda Bondad, de toda Belleza, de toda Verdad, de todo Amor, de toda Justicia, de toda Misericordia.

A la Bienaventurada Siempre Virgen María por darle su Fe, Humildad y su Obediencia al Plan de Salvación,

A los santos Ángeles y a san Miguel, san Rafael y san Gabriel arcángeles, que nos enseñan a amar, adorar, cuidar la creación, reparar, y llevar a otros a Dios.

A las benditas ánimas del purgatorio.

A san José orante, humilde, soñador, custodio de la familia.

A san Antonio Abad, a san Agustín, los padres del desierto, san Benito, san Francisco de Asís, santa Clara de Asís, santo Domingo de Guzman, santa Catalina de Siena, san Antonio de Padua, santa Teresa de Avila, san Ignacio de Loyola, san Antonio María Claret, san Alfonso María Liguori, santa Teresita del Niño Jesús, Beato Carlos de Foucauld, sierva de Dios Martha Robin, san Pío de Pietrelcina, a Maryam de Belén, a Chiara Badano, a santa Rita de Casia, a san Charbel, a la Beata Madre Esperanza...

A mis papás, tíos, tías, primos, sobrinos y abuelos por su ejemplo de coraje, trabajo, estudio, integridad, fe, honestidad, justicia, disciplina, humildad y sencillez.

A mi gente linda, mi gente bella, mi gente Colombiana.

A todos los jesuitas de buen corazón que evangelizan el mundo.

A.M.G.D.